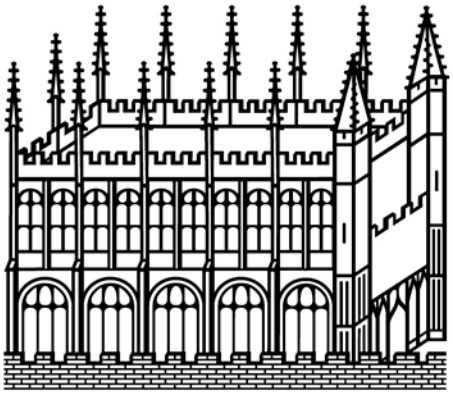


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

~~BSL 8366 A.1~~

REP. S. 1742
~~BSL 8358 A.9~~

# BIBLIOTECA UNIVERSAL

# BIBLIOTECA UNIVERSAL

## COLECCION

DE LOS

## MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO XIV

# ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

POR

## D. MARIANO JOSÈ DE LARRA (Fígaro)

TOMO PRIMERO

SEGUNDA EDICION

MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Madera, 8, bajo
1883

MADRID, 1883.—Imp. y lit. de E. Meseguer
Calle Real, núm. 1.

# CARTAS Á ANDRÉS NIPORESAS

POR EL BACHILLER

## D. JUAN PEREZ DE MUNGUIA

### 1.ª

*De las Batuecas este año que corre.*

Andrés mio: Yo pobrecito de mí, yo Bachiller, yo batueco, y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de region en region; yo hablador y careciendo de toda persona dotada de chispa de razon con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortesano y discreto!!! ¡Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Ahí van, pues, esas mis incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compaginadas,

derramándose á borbotones como agua de cántaro mal tapado.

«¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?»

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada más.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que ha de ser leido; empero más ardua empresa se mi figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amén, quien inventó el escribir! Dale con la civilizacion, y vuelta con la ilustracion. ¡Mal haya, amén, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mio, que aquí no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos á mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡Oh infeliz moderacion! ¡Oh ingenios limpios los que no tienen que enseñar! ¡Oh entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡Oh felices aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Gutenberg! ¿Qué genio maléfico te inspiró tu diabólica invencion? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, ni los griegos ni los romanos? ¿Y no vieron, y no dominaron?

¿Que eran más ignorantes dices? ¿Cuántos murieron de esa enfermedad? ¿Qué re-

mordimientos atormentaron la conciencia del *Omar*, que destruyó la biblioteca de Alejandría? ¿Que eran más bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecian, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡Oh felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

Mira aquel librero ricachon que cerca de tu casa tienes. Llégate á él y dile: «¿Por qué no emprende usted alguna obra de importancia? ¿Por qué no paga bien á los literatos para que le vendan sus manuscritos?—¡Ay señor! te responderá. Ni hay literatos, ni manuscritos, ni quien los lea: no nos traen sino folletitos y novelicas de ciento al cuarto; luégo tienen una vanidad, y se dejan pedir..... No, señor, no.—¿Pero no se vende?—¿Vender? Ni un libro: ni regalados los quiere nadie; llena tengo la casa..... ¡Si fueran billetes para la ópera ó los toros.....»

¿Ves pasar aquel autor escuálido de todos conocido? Dicen que es hombre de mérito. Anda y pregúntale: «¿cuándo da usted á luz alguna cosita? Vamos.....—¡Calle usted por Dios! te responderá furioso como si blasfemase; primero lo quemaria. No hay dos libreros hombres de bien. ¡Usureros! ¡Mire usted, dias atrás me ofrecieron una onza por la propiedad de una comedia extraordinariamente aplaudida; seiscientos reales por un Diccionario Manual de Geografía, y por un Compendio de la Historia de España, en cuatro tomos, ó mil reales de una vez, ó que entraríamos á partir ganancias, despues de haber hecho él las suyas, se entiende!!! No, señor, no. Si es en el teatro, cincuenta duros me dieron por una comedia que me costó dos años de trabajo, y que á la empresa le produjo doscientos mil reales en ménos tiempo; y creyeron hacerme mucho favor. Ya ve usted que salia por real y medio diario. ¡Oh! y eso despues de muchas intrigas para que la *pasaran y representaran*. Desde entónces, ¿sabe usted lo que hago? Me he ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scot, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper, que hablan de marina, y es materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene á dar por pliego de imprenta,

y el dia que no traduzco no como. Tambien suelo traducir para el teatro la primer *piececilla* buena ó mala que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta ménos; no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro á silbidos la noche de la representacion. ¿Qué quiere usted? En este país no hay aficion á esas cosas.»

¿Conoces á aquel señorito que gasta su caudal en tiros y carruajes, que lo mismo baila una mazurca en un sarao con su pantalon *colan y su clac*, hoy en traje diplomático, mañana en polainas y con chambergo y al otro arrastrando sable, ó en breve chupetin, calzon y faja? Mil reales gasta al dia, dos mil logra de renta; ni un solo libro tiene, ni lo compra, ni lo quiere. Pues publica tú algun folleto, alguna comedia..... Prevalido de ser quien es, tendrá el descaro de enviarte un gran lacayo aforrado en la magnífica librea, y te pedirá prestado para leerlo, á tí, autor, que de eso vives, un ejemplar que cuesta una peseta. Ni con eso se contenta; darálo á leer á todos sus amigos y conocidos, y por aquel ejemplar leerálo toda la córte, ni más ni ménos que ántes de descubrirse la imprenta, y gracias si no te pide más para regalar. Pregúntale «¿por qué no se suscribe á los periódicos? ¿Por qué no compra libros, ni fiados siquiera?—¿Qué quiere usted que haga? te replicará, ¿qué

tengo de comprar? Aquí nadie sabe escribir; nada se escribe: todo eso es porquería.» Como si de coro supiera cuantos libros buenos corren impresos.

Por allá cruza un periodista..... Llámale, grítale: «¡D. Fulano! Ese periódico, hombre, mire usted que todos hablan de él de una manera.....—¿Qué quiere nsted¿ te interrumpe; un redactor ó dos tengo buenos, que no es del caso nombrar á usted ahora; pero los pago poco, y así no es extraño que no hagan todo lo que saben: á otro le doy casa, otro me escribe por la comida.....—¡Hombre! ¡Calle usted!—Sí, señor; oiga usted, y me dará la razon. En otro tiempo convoqué cuatro sabios, díles buenos sueldos; redactaban un periódico lleno de ciencia y de utilidad, el cual no pudo sostenerse medio año; ni un cristiano se suscribió; nadie lo leia; puedo decir que fué un secreto que todo el mundo me guardó. Pues ahora con eso que usted ve estoy mejor que quiero, y sin costarme tanto. Todavía le diria á usted más..... Pero..... Desengáñese usted; aquí no se lee.—Nada tengo que replicar, le contestaria yo, sino que hace usted lo que debe, y llévese el diablo las ciencias y la cultura.»

Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuecos!

La mitad de las gentes no lee, porque

la otra mitad no escribe, y esta no escribe porque aquella no lee.

Y ya ves tú que por eso á los batuecos ni nos falta salud ni buen humor, prueba evidente de que entrambas ninguna falta nos hacen para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora, que viendo llorar á una su parienta porque no podia mantener á su hijo en un colegio, «calla, tonta le decia: mi hijo no ha estado en ningun colegio, y á Dios gracias bien gordo se cria y bien robusto.»

Y para confirmacion de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de éstos tuve no há mucho, en que todos vinieron á contestarme en sustancia una misma cosa, concluyendo cada uno á su tono y como quiera.

Aprenda V. la lengua del país, les decia, coja V. la gramática.—La *parda* es la que yo necesito, me interrumpió el más desembarazado con aire zumbon y de chulo; fruta del país: lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.

Escriba V. la lengua con correccion.—¡Monadas! ¿Qué mas dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿Si pasará por eso de ser vino?

Cultive V. el latin.—Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.

El griego.—¿Para qué, si nadie me lo ha de entender?

Dése V. á las matemáticas.— Ya sé sumar y restar, que es todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.

Aprenda V. física. Le enseñará á conocer los fenómenos de la naturaleza. — ¿ Quiere V. todavía más fenómenos que los que está uno viendo todos los dias ?

Historia natural. La botánica le enseñará el conocimiento de las plantas. — ¿ Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer, guisadas me las han de dar.

La zoología le enseñará á conocer los animales y sus..... — ¡Ay! Si viera V. cuántos animales conozco ya!

La mineralogía le enseñará el conocimiento de los metales, de los .. — Miéntras no me enseñe dónde tengo de encontrar una mina, no hacemos nada.

Estudie V. la geografía. — Ande V., que si el dia de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no geografía; ya sabrá el postillon el camino, que esa es su obligacion, y dónde está el pueblo adonde voy.

Lenguas. — No estudio para intérprete: si voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que es la lengua universal.

Humanidades, bellas letras.....—¿Letras? de cambio: todo lo demás es broma. — Siquiera un poco de retórica y poesía. — Sí,

sí, venga V. con coplas; ¡para retórica estoy yo! Y si por las comedias lo dice V., yo no las tengo de hacer: traduciditas del francés me las han de dar en el teatro.

La historia.—Demasiadas historias tengo yo en la cabeza.— Sabrá V. lo que han hecho los hombres.....— ¡Calle V. por Dios! ¿Quién le ha dicho á V. que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sabe uno lo que pasa en casa!

Y por último concluyeron: mire V., dijo el uno, déjeme V. de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos. — Mire V., dijo otro mi tio es general, y ya tengo una charretera á los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo más, sin necesidad de quemarse las cejas; para llevar el chafarote al lado y lucir la casaca no se necesita mucha ciencia. — Mire V. dijo el tercero, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de la sangre azul no han de ser médicos ni abogados, ni han de trabajar como la canalla... Si me quiere V. decir que don *Fulano* se granjeó un grande empleo por su ciencia y su saber, ¡buen provecho! ¿quién será él cuando ha estudiado? Yo no quiero degradarme. — Mire V., concluyó el último, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal cual letra; ya he logrado *me-*

*ter la cabeza* en rentas por empeños de mi madre; un amigo nunca me há de faltar, ni un empleillo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningun catedrático de Alcalá ni de Salamanca.

Bendito sea Dios, Andrés, bendito sea Dios, que se ha servido con su alta misericordia aclararnos un poco las ideas en este particular. De estas poderosas razones trae su orígen el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y del no saber es se cuela indispensable ese hastío y ese tedio que á los libros tenemos, que tanto redunda en honra y provecho, y sobre todo en descanso de la patria.

¿Pues no da lástima, me decia otro batueco dias atrás, ver la confusion de papeles que se cruzan y se atropellan por todas partes en esos países cultos que se llaman? ¡Válgame Dios! ¡Qué flujo de hablar y qué cáos de palabras, y qué plaga de papeles, y qué turbion de libros, que ni el entendimiento barrunta cómo hay plumas que los escriban, ni números que los cuenten, ni oficinas que los impriman, ni paciencia que los lea! ¿Y con aquello se han de mantener un sinnúmero de hombres, sin más oficio ni beneficio que el de literatos? Y dale con las ciencias y dale con las artes, y vuelta con los adelantos y torna con los descubrimientos. ¡Oh siglo gárrulo y len-

guaraz ¡Mire V. qué mina han descubierto!

! Qué de ventajas, Andrés, llevamos en esto á los demas! Muérense miserables aquí los autores malos, y digo malos, porque buenos no los hay; y lo que es mejor, lo mismo se han muerto los buenos, cuando los ha habido, y volverán á morirse cuando los vuelva á haber; ni aquí se enriquecen los ingenios pobres con la lectura de los discretos ricos, ni tienen aquí más vanidad fundada qne la que siempre traen en el estómago, pues por no hacerlos orgullosos nadie los alaba, ni los da qué comer. ¡Oh idea cristiana! Ni aquí prospera nadie con las letras, ni se cruzan los libros y periódicos en contínua batalla; aquí las comedias buenas no se representan sino muy de tarde en tarde, sin otra razon que porque no las hay á menudo, y las malas ni se silban ni se pagan por miedo de que se llegen á hacer buenas todos los dias. Aquí somos tan bien criados, y tanto gustamos de ejercer la hospitalidad, que vaciamos el oro de nuestros bolsillos para los extranjeros. ¡Oh desinterés! Aquí se trata mal á los actores medianos, y *peor á los mejores* por no ensoberbecerlos. ¡Oh deseo de humildad! No se les da sipuiera precio por no ahitarlos. ¡Oh caridad! Y á la par se exige de ellos que sean buenos. ¡Oh indulgencia ¡No es aquí, en fin, profesion el escribir, ni aficion el

leer; ambas cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida: que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo ménos tonto y mayorazgo.

¡Oh tiempo y edad venturosa! No paseis nunca, ni tengan nunca las letras más amparo, ni se hagan jamás comedias, ni se impriman papeles, ni libros se publiquen, ni lea nadie, ni escriba desde que salga de la escuela.

Que si me dices, Andrés, que se escribe y se lee, por los muchos carteles que por todas partes ves, diréte que me saques tres libros buenos del país y del dia, y de lo demás no hagas caso, que no es más ni mejor el agua de una cascada por mucho estruendo que meta, ni eso es otra cosa que el espantoso ruido de los famosos batanes del hidalgo manchego; despues de visto, un poco de agua sucia; ni escribe, en fin, todavía quien sólo escribe palotes.

Así que, cuando la anterior proposicion senté, no quise decir que no se escribiese, sino que no se escriba bien, ni que no fuese el de emborronar papel el pecado del dia, pecado que no quiera Dios perdonarle nunca, ni quiero yo negar la triste verdad de que no hay dia que algun libro malo no se publique, antes lo confieso, y de ello y de ellos me pesa y tengo verdadero dolor, como si los compusiera yo. Pero todo ese

atarugamiento y prisa de libros reducido está, como sabemos, á un centon de novelitas fúnebres y melancólicas, y de ninguna manera arguye la existencia de una literatura nacional que no puede suponerse siquiera donde la mayor parte de lo que se publica, si no el todo, es traducido, y no escribe el que sólo traduce, bien como no dibuja quien estarce y pasa el dibujo ajeno á otro papel al trasluz de un cristal. Lo cual es tan verdad, que no me dejaria mentir ni decir cosa en contrario todo ese enjambre de autorzuelos, á quienes pudiéramos aplicar los tercetos del Rey de Artieda:

« Como las gotas que en verano llueven,
Con el ardor del Sol, dando en el suelo,
Se convierten en ranas, y se mueven:
Con el calor del gran señor de Delo
Se levantan del polvo poetillas
Con tanta habilidad, que es un consuelo. »

Y más que me cuentes entre ellos, y por tanto me reconvengas, pues si me preguntas por qué me entremeto yo tambien en embadurnar papel, sin saber más que otros, te recordaré aquello de « donde quiera que fueres, haz lo que vieres. » Así, si fuese á país de cojos, pierna de palo me pondria; y ya que en país de autorcillos y traductores he nacido y vivo, autorcillo y traductor quiero y debo, y no puedo menos de ser,

pues ni es justo singularizarme y que me señalen con el dedo por las calles, ni depende además del libre albedrío de cada uno el no contagiarse de una epidemia general. Ni á nadie hagas cargos tampoco por lo de traductor, pues es forzoso que se eche muletas para ayudarse á andar quien nace sin piés, ó los trae trabados desde el nacer.

Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto á los demás, te diré que lo que no se conoce no se desea ni echa ménos: así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es orgullo de los hombres, que nos pone á todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por dónde vamos, y te citaré á este propósito el caso de una buena vieja que en un pueblo, que no quiero nombrarte, ha de vivir todavía, la cual vieja era de estas muy leida de los lugares; estaba suscrita á la *Gaceta*, y la habia de leer siempre desde la Real órden hasta el último partido vacante, de seguido, y sin pasar nunca á otra sin haber primero dado fin del anterior. Y es el caso que vivia y leia la vieja (al uso del país) tan despacio y con tal sorna, que habiéndose ido atrasando en la lectura, se hallaba el año 29, que fué cuando yo la conocí, en las *Gacetas* del año 23, y nada más; hube de ir un dia á visitarla, y preguntándola qué nuevas tenía al en-

trar en su cuarto, no pudo dejarme concluir; ántes arrojándose en mis brazos con el mayor alborozo y soltando la *Gaceta* que en la mano á la sazon tenía: « ¡Ay señor de mi alma, me gritaba con voz mal articulada y ahogaba en lágrimas y sollozos, hijos de su contento, ¡ay señor de mi alma! ¡Bendito sea Dios¡ que ya vienen los franceses, y que dentro de poco nos han de quitar esa pícara Constitucion, que no es más que un desórden y una anarquía!» Y saltaba de gozo, y dábase palmadas repetidas; esto en el año 29, que me dejó pasmado de ver cuán de ilusion vivimos en este mundo, y que tanto da ir atrasado como adelantado, que siempre que nada veamos ni queramos ver por delante de nosotros.

Más te dijera, Andrés, en el particular, si más voluntad tuviese yo de meterme en mayores honduras; empero sólo me limitaré á decirte, para concluir, que no sabemos lo que tenemos con nuestra feliz ignorancia, porque el vano deseo de saber induce á los hombres á la soberbia, que es uno de los siete pecados mortales, por el plano resbaladizo de nuestro amor propio; de este feo pecado nació, como sabes, en otros tiempos, la ruina de Babel, con el castigo de los hombres y la confusion de lenguas, y la caida asimismo de aquellos fieros titanes, gigantazos descomunales, que por igual so-

Ciertamente que no, y por lo ménos nada puede haber más silencioso. Aquí nada se habla, nada se dice, nada se oye.

¿ Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, ó no se oye porque no hay quien hable ? Cuestion es esa que dejaremos para otro dia, si bien cuestiones andan en esos mundos decididas, acreditadas y creidas más paradógicas que ésta. Empero conténtate por ahora con saber que no se habla: costumbre antigua tan admitida en el país, que para ella sola tiene un refran que dice: « Al buen callar llaman Sancho;» y no necesito decirte la autoridad que tiene en las Batuecas un refran, y más un refran tan claro como éste.

Llégome á una ocurrencia.—Buenos dias D. Prudencio; ¿ qué hay de nuevo ?— Tsí, calle V., me dice con el dedo en los labios. — ¿ Que calle ? — Así; y se vuelve á mirar en derredor. — Hombre, si yo no pienso decir nada malo. — No importa, calle V. — ¿Ve V. aquel embozado que escucha ?.....— Es un esp..... un sop... .—¡ Ah!— Que vive de eso. — ¿ Y se vive de eso en las Batuecas? — Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ese hay muchos; así que todos estamos reducidos aquí á no hablar; mírenos V. oscuramente envueltos en nuestras capas, hablando por dentro del embozo, desconfiando de nuestros padres y

de nuestros hermanos..... Parece que hemos cometido todos ó vamos á cometer algun delito..... Imite V. nuestro ejemplo, que en ello le va más de lo que parece.

¿ Hay cosa más rara? ¡Un hombre que vive de lo que otros hablan ! ¿ Y dicen que los batuecos no son industriosos para vivir ? . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Va á edificarse un monumento que podrá dar gloria á las Batuecas; el plan es colosal, la idea magnífica, la ejecucion asombrosa; pero hay un defecto, un defecto tambien colosal: me apresuro: yo le haré conocer, yo le haré desaparecer. — Señor D. Timoteo, traigo un artículo para V.: insértemelo V. en su miscelánea.—¡Ah! ¿Esto? Es imposible. ¡ Imposible ! Y me añade al oido:—Usted no sabe que el sujeto que ha propuesto el se llama D. Y. Z. — Bien pudiera llamarse así ese sujeto y corregirse el defecto. — Pero ese pariente del señor..... — ¿ Y no pudiera seguir siendo su pariente despues de desaparecer el defecto?—Cierto; no me entiende V.; es mal enemigo, y no me atrevo á insertarlo.

¡ Oh inagotable capítulo de las consideraciones! Por todos lados adonde nos volvamos para marchar, encontramos con la pared. Qué de elogios no merece esta noble mo-

deracion, este respeto á las personas que pueden entre los batuecos!

Encuéntrome con un escritor público.— Señor Bachiller, ¿qué le parecen á V. mis escritos?—Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen. — ¡Siempre ha de decir V. cosas!..... — ¡Y usted nunca ha de decir cosas! ¿Por qué no fulmina V. el anatema de la crítica contra ciertas obras que nos inundan? — ¡Ay, amigo! Los autores han descubierto el gran secreto para que no les critiquen sus obras. Zurcen un libro. ¿Son vaciedades? No importa. ¿Para qué son las dedicatorias? Buscan un nombre ilustre, encabezan con él su mamotreto, dicen que se lo dedican, aunque nadie sepa lo que quiere decir eso de dedicar un libro que uno hace á otro que nada tiene de comun con el tal libro, y con ese talisman caminan seguros de ofensas ajenas. Ampáranse como los niños en las faldas de mamá para que papá no les pegue.— ¿Por qué no pinta V. el desórden de nuestras costumbres y de nuestras?.....—¡Ah¡ ¿no conoce V. el país? ¿Yo satírico? ¡Si tuviera el vulgo la torpeza de entender las cosas como se dicen! Pero es tanta la penetracion de estos batuecos, que adivinan el original del retrato que V. no ha hecho. Dice V. que es ridículo el ser un *calzonazos*; y que es un pobre hombre todo

Juan Lanas, y sale un importante de estos que, á costa de tener reputacion, se conforman con tenerla mala, y exclama á voces: ¡Señores! ¿Saben ustedes quién es ese Juan Lanas de quien habla el satírico? Ese Juan Lanas soy yo: porque para eso de entender alusiones no hay hombres como los batuecos.—Hombre, ¿qué ha de ser usted? Si el autor no le conoce siquiera..... —No importa; apuesto mi cabeza á que soy yo; y os pone un cartel de desafío, y no hay sino dejaros matar, porque el es un necio.— ¿Quién es aquella *sultana del Oriente*? le dicen á V.—Cualquiera que se halle en ese caso, responde V. ¡Picarillo! le responden; sí, á mí con esas..... Esa es la X***.— Como sino hubiera más que una en Madrid. —Agrege V. á esto que la naturaleza reparte sus dones con economía, y dando fuerzas á aquel á quien negó el talento, corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote, encuentro siempre que puede traer peores consecuencias para la primera que para el segundo. — Bien, pues no sea V. satírico: sea V. justo no más. Cuando representan pésimamente una comedia, cuando cantan rabiando una opera, cuando es la decoracion mezquina, ¿por qué no levanta su voz? — Con gente del teatro nunca se las haya V. Cervantes lo

dijo. Nunca les falta algun campeon que defenderá su pleito, campeon formidable· Además, es ese un teclado en que no se ve más que el exterior: nunca se sabe quién le toca: detrás del retablo y de esas figuritas de pasta de Gaiferos y los moros, debajo del parche de maese Pedro está Ginesillo de Pasamonte que los mueve: ¡ay! no tome V. la defensa de la infeliz Melisendra, no desbarate las figuras, que si la mona se escapa al tejado, si rompe la ilusion, si destroza las muñecas, las pagará caras. Esa es, en fin, materia sagrada, y *nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan á prueba.* — Pero señor, nunca se ha ahorcado á nadie por decir que Fulano es mal cómico. — Lo que se ha hecho, señor Bachiller, y lo que se hará, mejor se está callado. — Se reclama, se apela.....—Señor Munguía, quiero contarle á V. un cuentecillo, y es caso ocurrido no há muchos meses en un lugarcito de las Batuecas.

Corríanse un dia de novillos, y contra la costumbre establecida en esos pueblos de salir enmaromado el animal, bien como debian andar por el mundo muchos animales de asta que yo conozco para que no hicieran daño, hubieron de determinarse á dejarle suelto por las calles. Capeábanle los mozos alegremente, y fué el caso que uno de ellos, más valenton que sus compatriotas,

en vez de sortear al novillo, se dejó sortear por él; notable equivocacion: enganchóle el asta retorcida de la faja que en la cintura traia, y aun no se sabe cuáles hubieran sido las vicisitudes del jaque á no haber acudido en su auxilio dos primos suyos, movidos de aquel impulso natural que todos tenemos de amparar á los que andan enredados con animales cornudos. Soltáronle en efecto. Pero como quiera que los novillos no valgan nada cuando no hacen alguna de las suyas, amotinóse en la plaza la parcialidad contraria á nuestro jaque, clamando que para eso no se sacaba el novillo, y el que no supiese torear la pagase, y que habia sido una mala partida meterse entre dos que riñen á su salvo: que aquello de ayudar al capeador habia sido una alevosía contra el toro; y aun es fama que algunos de los más leidos, que debia ser sobrino del cura, trató aquello de traicion semejante á la de Beltran Claquin, como se llama nuesto Mariana, cuando, volviendo lo de abajo arriba, dijo en Montiel: *ni quito ni pongo rey.* Como quiera qne fuese, creció la zambra, enronqueciéronse las voces, alzáronse los palos, y no se sabe en qué hubiera parado aquella nueva discordia de Agramante, á no haberse aparecido en medio de la confusion la divina Astrea, disfrazada en figura de alcalde, que el mismo diablo no la conociera, con

medio pino en la mano en vez de balanza, y sin venda, porque es sabido que el que no ve con los ojos abiertos excusa tapárselos para no ver; y á su decision prometieron resignarse todos. Alegaron las partes, escuchólas á entrambas aquel rustico Lain Calvo, que fué milagro que se cansó en oirlas para sentenciar ( aunque hay quien asegura que se durmió miéntras hablaron ), y dijo en conclusion alzando la voz estentórea:—*Señores, por la vara que tengo en la mano*, y tenia el tal medio pino que llevamos referido, *juro á bríos que me he enterado, aunque me este mal el decirlo: y condeno á los dos primos á una multa para mis urgencias, es decir, para las urgencias de la justicia, que soy yo, por haber quitado la accion al animal; y declaro que en lo sucesivo nadie sea osado á ayudar en funcion de esta clase á ningun mozo, por lo ménos hasta despues de la primera embestida, porque el primer golpe es de derecho del toro, y nadie se le puede quitar. Y Díos sea con todos.* Con cuya decision debió quedar el pueblo sosegado y usted convencido. ¿Me ha entendido V., señor Bachiller? Pregúntolo, porque si no me ha entendido ahora, excuso hacer más preguntas, que ya nunca me entenderá.

Así, pues, líbrese de la primera embestida, y no lo deje para la segunda; y desengáñese, que en las Batuecas si nos quita el

adular, nos quita el vivir; es preciso contentarse con decir en todo papel impreso que la comedia estuvo de lo lindo; que todos los actores, inclusos los que no la representaron, se sobrepujaron á sí mismos, que es frase que quiere decir mucho, aunque no hay un cristiano que la entienda; que la decoracion fué cosa exquisita; que el público anduvo acertado en aplaudirla; que la invencion última es el sumum del saber humano; que el edificio y que la fuente, y que el monumento son otras tantas maravillas; que aquella otra está planteada sobre las bases más sólidas y los auspicios más felices; que la paz y la gloria, y la dicha y el contento llegaron á su colmo; que el cólera no viene á las Batuecas porque describe triángulos acutángulos, y es cosa averiguada que todo el que describe esta figura al andar no puede pasar de cierto punto; entreverar un articulejo de volapiés, que esto á nadie ofende sino el toro; ingerir tal cual exámen analítico de la obra última entre si diré, si no diré lo que hay en la materia, tal cual anacreóntica, donde se le digan á Fílis cuatro frioleras de gusto, con su poco de acertijo, y algun sonetuelo de circunstancias, que es cosa que sabe como cada fruta en su tiempo, y en las demás materias ¡ chiton ! que las noticias no son para dadas, la política no es planta del país, la opinion es sólo

del tonto que la tiene, y la verdad estése en su pnnto. Además de que la lengua se nos ha dado para callar, bien así como se nos dió el libre albedrío para hacer sólo el gusto de los demás, los ojos para ver sólo lo que nos quieran enseñar, los oidos para sólo oir lo que nos quieran decir, y los piés para caminar adonde nos lleven.

Y á alguno conozco yo, señor Bachiller, que argüia á uno de estos que pregonan la felicidad presente; y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetia á cada punto ¿ con que estamos bien ? A lo que le fué respondido como respondió Bossuet al jorobado: *Para batuecos, amigo mio, no podemos estar mejor.*

Así ves, Andres mió, á los batuecos, á quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido de lengua, no acertar á darse mútuamente los buenos dias, tener miedo pazguatos y apocados á su propia sombra cuando se la encuentran á su lado en una pared, y guardándose consideraciones á sí mismos por no hacerse enemigos, sucediéndoles precisamente que se mueren de miedo de morirse, y que es la especie de muerte más miserable de que puede hombre morir. Bien como le sucedió á un enfermo á quien un médico brusista habia mandado no comer si queria evitar la muerte, que comiendo, segun decia, le amenazaba; el cual á poco

tiempo de este régimen dietético se murió hambre.

Por lo demás, querido Andrés, te confieso que trae muchas ventajas el no hablar, y no quiero citarte para convencerte, entre otros ejemplos, sino el pícaro resultado y la larga cola, que más bien parece maza que cola, que nos han traido aquellas palabras que se hablaron en los principios del mundo, esto es, las que dijo Eva la serpiente acerca del asunto de la manzana: trance primero en que empezó ya á hacer la lengua de las suyas, y á dar á conocer para qué habia de servir en el mundo. Sin lengua, ¿qué sería, Andrés, de los chismosos, canalla tan perjudicial en cualquiera república bien ordenada? ¿Qué de los abogados? Ni existiera sin lengua la mentira, ni hubiera sido precisa la invencion de la mordaza, ni entrara nunca el pecado por los oidos, ni hubiera murmuradores ni bachilleres, que son el gusano y polilla de todo buen órden. Con lo cual creo haberte convencido de otra ventaja que llevan los batuccos á los demás hombres, y de qué cosa sea tan especial el miedo, ó llámese la prudencia, que á tal silencio los reduce. Te diré más todavía: en mi opinion no habrán llegado al colmo de su felicidad miéntras no dejen de hablar eso mismo poco que hablan, aunque no es gran cosa, y semeja sólo el suave é

interrumpido murmullo del viento cuando silba por entre las ramas de los cipreses de un vasto cementerio; entonces gozarán de la paz del sepulcro, que es la paz de las paces. Y para que veas que no es sólo Dios el que desaprueba el hablar demasiado, como arriba llevo apuntado, te traeré otra autoridad recordándote al famoso filósofo griego (y no me hagas gestos al oir esto de filósofo ), que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar ántes de ensañarles ninguna otra cosa, que fué idea peregrina, y sería aquella cátedra lo que habria que oir, de donde concluyo, porque me canso, que cada batueco es un Platon, y no me parece que lo ha encarecido poco tu amigo,

El Bachiller.

P. D. Se me olvidaba decirte que á mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres batuecos! ¡Y ellos mismos se lo creian!

# CARTAS DE ANDRÉS NIPORESAS

## AL BACHILLER

### 1.ª

Mi querido bachiller: todas tus cartas he recibido, y no he contestado á ninguna, merced á esta pereza del país que nos tiene á todos poco ménos que dormidos; pero como quiera que me preguntes várias cosas que te pueden ser de alguna satisfaccion saber, iréte contestando por parte, ó como pueda, que ya sabes que en punto á coordinar mis ideas no soy fuerte, y en punto á expresarlas soy flojo. En cambio de las buenas prendas lógicas y oratorias que me faltan, encontrarás en mí una buena fé, á prueba del siglo XIX, más que mediana inocencia, sana intencion, y lo que vale más que todo, un respeto, que te ha de asombrar, á todas las cosas, y un miedo, que habrás de

conocer por muy saludable, á todas las personas.

Pongo párrafo aparte para elogiarte mi desconfianza, porque lo merece: ésta es tal, que desde pequeñito dieron en llamarme por apodo *Niporesas*: apodo que pasó á ser apellido, así como hay apellidos que pasan á ser apodos. Todo el mal de mi desconfianza está en vivir yo más de lo pasado que en en lo presente: es el caso que he sido tonto, le cual no es poca fortuna, porque hay otros que lo son todavía, y muchísimos que lo serán has taque se mueran; he sido tonto, es decir, que me han engañado muchas veces: de aquí procede que en el dia estoy reducido á no creer más que en Dios, porque en cuanto á creer en los hombres me voy con muchísimo tiento. Dejemos esto aquí, porque la materia es resbaladiza; y no quisiera que dieran tormento á lo que escribo.

Mucho me agrada cuanto me dices acerca de las Batuecas; son efectivamente muchas las ventajas que llevan á otros países, como dices muy bien en tus números, no sé cuántos, que esto es material: al fin es mi país, y tengo en eso fundada mi vanidad, aunque no hay un motivo. Convengo sobre todo contigo (núm. 6.º) en que á los batuecos no les falta más que hablar, que es precisamente lo mismo que suele decir un ami-

go mio de cierto sujeto que tú conoces, que es tonto y feo, y además pícaro, y un si es no es tartamudo.

Me parece con todo eso que este país promete: no há mucho tiempo que hubiera creido, si yo hubiera sido capaz de creer, como llevo dicho, que á la vuelta de un par de siglos ya no habria batuecos sobre la superficie de la tierra: en este supuesto pudieras haber arrojado por la ventana tu recado de escribir, porque hubiera llegado el caso de que tus desmedidas alabanzas hubieran venido á ser inoportunas; pero como acaso las volvamos presto á merecer, porque eso está en la posibilidad de las vicisitudes humanas, y todo se puede esperar de nuestro buen natural, te aconsejo que no borres todavía las Batuecas de tu mapa.

Te doy la enhorabuena porque ya te han abierto las universidades, quiero decir que dejarás de ser autor para volver á tus estudios.

Al fin te va en ello lo que va de ser tonto á no serlo, y lo que va de bachiller á licenciado ó doctor, porque supongo que te graduarás inmediatamente, cesando de escribir folleticos que no valen lo que pesan, y que te pueden pesar más de lo que te valen.

Me preguntas del estado de mi familia;

voy á informarte como pueda de la suerte de cada uno.

Antoñito está de enhorabuena: le concedieron la gracia de capitan con sueldo y todo, por los méritos de su padre, que hace ya cuatro años que está sirviendo á S. M. con cuarenta mil reales: con estos méritos le han hecho esta gracia al niño. Me alegrara que le vieras tan mono como está con sus dos charreteritas y su espadita, que parece un juguete. ¿Qué quieres? ¡En esa edad! ¡Ocho años! Nos llena la casa de pajaritas de papel; dice que son los enemigos, les corta la cabeza, y es una risa todo el dia con él. Ya puede un criado no servirle pronto; le da un palo, lo cual nos hace mucha gracia á todos, y nunca se le olvida decirle que tiene qué se yo cuántos miles de reales de sueldo. Su madre se le come á besos. Es de advertir que el señor capitan está ya en medianos, y muy adelantado en la gramática, de donde inferimos todos que ha de ser un gran militar.

Tambien está Miguel de enhorabuena, porque le han hecho nada ménos que teniente: verdad es que llevaba cuarenta y dos años de servicio, con haberse hallado en todos los encuentros de importancia que ha habido en ese tiempo, haber estado dos veces prisionero, y tener diez y siete heridas, y un ojo de ménos. ¿Pero qué es eso

comparado con una tenencia? Ello es que le han premiado ya, y que está que brinca de gozo. Él pretende pasar al regimiento donde es capitan Antoñito, todo por el placer de estar juntos. ¡Como son parientes! Y como le quiere tanto, suele decir que aunque teniente, de buena gana le enseñaria á ser capitan. No se puede negar que tiene Miguel un alma excelente. Como el otro es un chico, no hay duda en que podria aprovechar algunas leccioncillas de su tio.

A Juanito le hicieron jóven de lenguas: con este motivo ha tomado maestro de frances, y áun dice que le tomará de inglés, porque, eso sí, aunque ya está colocado, es muy racional y no se desdeña de aprender: dice que no parece bien en un jóven de lenguas no saber ninguna; en lo cual tiene alguna azon, y manifiesta ser muy despejado. Su ortuna le ha valido, porque se susurra que pretendian la plaza seis muchachos de mucho provecho, pero como dicen, no tenian nombre. Amigo, que se la busquen de otra manera, que no todos han de ser jóvenes de lenguas.

Frasco, á quien conoces, ha tenido más desgracia. Solicitó una plaza de vista de no sé dónde: entregó el memorial tal como á las cuatro y cuarto, porque supo que á las cuatro estaban agonizando al que la tenía,

y aunque en rigor todavía no habia muerto, debia de morir de allí á poco. Pero le dijeron que llegaba tarde, porque ya estaba dada. *¡Qué prontitud de demonios!* En vano alegó sus grandes conocimientos en la materia y la exactitud que tiene acreditada. La plaza de vista se la dieron á un buen señor, ciego por más señas, ó poco ménos: dicen que se habian compadecido de él porque se veia arruinado de resultas de una trabacuenta. ¡Cierto que ha sido una caridad! ¡Pobrecillo!

Jorge volvió, como que le cogió la amnistía de medio á medio; pero está rabiando: que queria que le hubiesen vuelto el destino que tenía hace diez años, es decir, cuando chiquito..... Mira tú quién se acuerda ya ahora de..... Es el caso que lo tiene otro.

Julianita hizo una muy buena boda: casó con un jóven muy despejado y rico. Por supuesto que tuvo habilidad para ocultarle que habia tenido un hijo de aquel otro querido que la obsequió cuatro años (hijo que tiene ocultamente en un colegio). El tal jóven tiene una índole excelente, y se hace querer de toda la familia; está loco con su boda. Dias pasados decia que se atrevia á poner las manos en la lumbre por la virtud de su mujer; mira tú si es atrevido. A propósito añadia que en su vida se hubiera ca-

sado con una viuda, porque él habia buscado siempre una mujer nueva para enseñarla á sentir, y se daba la enhorabuena de haberlo conseguido.

Me preguntas si he pretendido yo tambien alguna cosa; voy á responderte. Yo no pretendo ningun empleo, porque sé que no me le han de dar, aunque batueco. Ya me lo han ofrecido muchos, pero nunca ha cuajado. Ello sí, dicen que soy muy despejado, que cuente con ello, que espere un poco..... Ahora no es el momento oportuno ni ántes lo ha sido nunca; unas veces he llegado demasiado tarde y otras demasiado temprano. Mira tú si soy torpe; no parece sino que estudio con el mismo Barrabás. Sin embargo, tengo muchos protectores, y como soy útil para algunas cosas, y me lo aseguran tantas veces, podrá ser que llegue el caso de creer algun dia que me han de dar algo. Más te diré. A veces cuando oigo á alguno me lo llego á creer, como que me tengo de salvar, ayudándome Dios, que es sobre todo, y la penitencia y buena vida que tengo pensado hacer. Ya ves que en esta parte casi infrinjo el sistema de mi desconfianza.

Por lo demás no pretendo; pero no dejo de conocer que no hay cosa como tener oficina y sueldo, que corre siempre ni más ni ménos que un rio. Se pone uno malo, ó

me parece muy puesto en razon; cualquiera haria otro tanto. Este amigo, que debe su fortuna á un triste informe tuyo, es muy regular, si es agradecido, que te deslice en la mano la finecilla de unas oncejas.. .. No, sino ándate en escrúpulos y no las tomes; otro las tomará, y lo peor de todo, se picará el amigo, y con razon. Luego si él es el dueño de su dinero, ¿por qué ha de mirar nadie con malos ojos que se lo dé á quien le viniere á las mientes, ó lo tire por la ventana? Sobre que el agradecimiento es una gran virtud, y que es una grandísima grosería desairar á un hombre de bien, que..... Vamos..... bueno estaria el mundo si desapareciesen de él las virtudes, si no hubiera empleados serviciales ni corazones agradecidos.

Lo mismo digo acerca de que te va á pedir un favor una señora, acaso bien parecida, ó con alguna hija que lo es. ¿Cómo te niegas á oir á una señora que va con su hija? Era preciso tener entrañas de tigre. Yo te aseguro que éste sería para mí uno de los puntos en que nunca se quedaria rezagada mi galantería. ¡Jesús! ¡Una señora!

Agrega á esto que para ser oficinista, con saber darse tono, con hacer esperar á los hombres y á las feas en la sala de audiencia, diciendo el portero que el señor oficial está sumamente ocupado, con no co-

nocer á nadie al entrar y al salir, con ahuecar la voz, estirarse el corbatin y perder el expediente, ya está más que aprendido el oficio. No es decir esto que no los haya por otro estilo; pero ya tendria yo la curiosidad de ver algunos.

Luégo, hay hombres que no sirven para otra cosa entre nosotros, y son los más. —¿Qué ha de ser usted sino empleado? me decia dias pasados un ultra-batueco. ¿Querrá usted que en estas Batuecas, unas gentes acostumbradas á su oficina, y sus once, y su *Gaceta*, y su cigarro, vayan á enfrascarse en la cabeza media docena de ciencias y artes útiles, como las llaman, para vivir de otra manera que han vivido hasta ahora, sin el descanso de la mesada, ni los gajes de manos puercas? Bien sabe Dios que eso es tontería, porque yo y los que á mí se me parecen, que no son pocos, tenemos las cabezas, mejores que para ciencias y artes, para moldes de pelucas, y lo digo con vanidad. A buen seguro que mi padre y áun mi abuelo nunca supieron lo que era un libro; era todo lo más si sabian firmar, y el uno murió de ochenta y cinco años, y el otro de noventa; ni conocieron nunca lo que era dolerles una uña; y no le parezca á usted que eran unos pelagatos, porque fueron empleados toda su vida, tanto que se puede decir que les salieron los

dientes en la oficina, y cuando murieron el uno tenía una venera y el otro tenía dos.—

Y tenía razon el batueco. Ya ves tú, pues, que si no pretendo no es porque desconozca yo lo que lleva consigo un empleo. Yo no le encuentro á esta carrera más inconveniente que uno, y es que hay pocos empleos; si no ya tendria yo el mio; esta es nuestra desgracia, porque como las revoluciones, conforme han dado en hacerlas en el dia, no son sino cuestiones de nombre, todo el toque está en estos altos y bajos, en saber cuáles de unos ó de otros han de ser dueños del cotarro. Ello no hay sino diez empleos (que es el mal que nos aflige) y veinte pretendientes. Yo considero que todo estaba arreglado con que hubiera veinte empleos y diez pretendientes; ni yo sé cómo no han dado en esto, siendo una verdad que salta á los ojos.

Asómbrate, sin embargo: como hay hombres para todo, un batueco de estos que á ratos no lo parecen, me decia ayer, hablando de esto: «Los batuecos que quieren bien á su patria han de empezar por apartar el pensamiento de los empleos y quemar todos los memoriales hechos y por hacer: si el Gobierno necesita hombres, hombres buscará, pues ya sabe dónde están y bien conocidos son; al que no le busquen, que no se haga buscar él, sino que hinque el codo

y se aplique. Si hay un país en que pueda un hombre hacerse un bienestar por cualquier ramo de artes ó ciencias, es éste, donde hay de ellas tanta escasez. Pero si esperan á llamar buen gobierno á aquel que á cada vecino le dé veinte y cuatro mil reales de renta por su manifiesta adhesion, nunca le habrá para las Batuecas, porque el que más y el que ménos somos adictos, y muy adictos, á tomar la paga el último dia del mes, y aunque sea el primero del siguiente. Agregue usted á esto que el seguir en el carril de hasta ahora es desnudar á un santo para vestir á otro, y santo por santo, voto á bríos, que bien se está quien se está vestido. Sí, señor don Andrés; aquí no tendremos un principio de esperanza sino cuando conozcan todos la necesidad de no sacar más sangre de este cuerpo, ya desangrado; cuando tengan mis compatriotas ideas moderadas, un plan uniforme, una marcha prudente, ménos egoismo, ménos miedo, ménos partidos y colores, ménos pereza y holgazanería; cuando el cielo nos envie luz para ver y aplicacion para trabajar; cuando tengamos, en fin, el verdadero deseo de ser felices, que mucho lleva adelantado para serlo quien de veras lo desea, porque el cielo es tan bueno que querrá probablemente todo lo que nosotros de veras queramos.»

de alcanzar oraciones de ningun cristiano. Mira estas cosas muy despacio, y considera sobre todo que hay infierno. De esta verdad, si la fé no te respondiera, te responderia yo, que llevo este punto de creencia á tal extremo, que estoy para mí que no sólo le hay en la otra vida, sino en esta tambien debe haberle para más de uno, segun vehementes indicios que de ello tengo.

Es tanta la batahola de preguntas y confusion de encargos que en tu última carta reservada, y no vista del público, me diriges y encomiendas, que no sé si bastaré yo para dar completa satisfaccion á todas tus necesidades. Conténtate, pues, con lo que buenamente te pueda ir diciendo.....

Pasemos á tus largas preguntas y á tus interminables encargos.

Con respecto á la *Historia de España* que me pides, como me dices que ha de ser buena, no te la puedo enviar, porque no la he encontrado.

Me encargas que envié á tu sobrinito á las cátedras públicas de historia y geografía que supones temerarialmente que debe de haber en una córte como ésta; me añades que ya que tiene la fortuna de estar en el primer pueblo de la nacion, que aproveche esta feliz circunstancia para ilustrarse. Te ruego encarecidamente que ántes de hacerme estos encargos procures no ser tan lige-

ro en tus juicios, porque aquí no hay semejantes cátedras; lo que hay es una Academia de la Historia, y un despacho de mapas en la calle del Príncipe. Puede ser que sean estas las noticias que tengas, y como eres tan torpe, todo lo hayas confundido.

Soy de opinion que no aprenda taquigrafía, en atencion á que aquí no hay palabra que seguir.

Lo que sí debe aprender es el arte de tener siempre razon, es decir, la esgrima, por que andan muy en boga los desafíos de algun tiempo á esta parte; de suerte que ya en el dia es una vergüenza no haber estropeado á algun amigo en el campo del honor. Otra cosa no ménos importante. Es de primera necesidad que se vista de majo y eche un cuarto á espadas en cualquier funcioncilla de toros extraordinaria que entre señoritos aficionados se celebre, que sí se celebrará; con estas dos cosas será una columna de la patria, y un modelo del buen tono, segun los usos del dia. Y aun si pudiera ser tener pantalon *colan* y sombrero *clac*; si pudiera ser además que pasase la mañana haciendo visitas y dejando cartoncitos de puerta en puerta, la tarde haciendo ganas de comer y atropellando amigos en un caballo cuelli-largo y sin rabo, condicion *sine quâ non*, la prima noche silbando alguna comedia buena, y

la madrugada de *raout* en *raout*, perdiendo al ecarté su dinerillo y el de sus acreedores, sería doblemente considerado de las gentes del gran mundo, y atendido de las personas sensatas del siglo.....

Alguna obra de la biblioteca de las que me indicas está en lo reservado, y así te devuelvo tu encargo.....

Tampoco he encontrado una coleccion de trajes españoles de todas las épocas, porque no la hay. Me han preguntado si estás tú seguro de que anduviesen vestidos nuestros antepasados.

No se ha encontrado quien compusiera tu reloj; sabe más que tú y que todos nosotros; por más que ha querido el relojero gobernarlo, él no se ha dejado gobernar.

La laminita que quieres, no he hallado en Madrid quien la haga; dicen que es preciso hacerla sobre acero, y para obtener buen resultado me han asegurado que debes encargarla á París.

No he dado á encuadernar el libro consabido, porque como lo quieres lujoso y preciosamente encuadernado, y aquí no hay más que uno que lo sepa hacer, está muy atareado, sobre llevar muy caro, y así es cosa larga.

Si te corre prisa lo enviaré á Lóndres.

No he podido confiar tus comisiones á Domingo, ni á Pedro, ni á la Nicolasa: hanme sucedido á todos desgracias impensadas.....

Ya te puedes poner en camino, porque en esta semana pasada no ha habido más que dos robos de diligencias.....

Pero si vienes á pretender no vengas, que por ahora no tengo empeños que prestarte, y para traerte sólo contigo tus méritos, te puedes quedar con ellos por allá, que aquí nadie los ha menester.....

Vengas ó no vengas, lo que debes hacer es callar; supuesto que el mundo ha de ir siempre como va, haz lo que todos, y de lo que sabes saca partido, si es que no quieres olvidarlo, lo cual sería más seguro. Cuando las cosas no tienen remedio la habilidad consiste en convertirlas como son en provecho de uno. Déjate, pues, ya de habladurías, que te han de costar la vida, ó la lengua; imítame á mí, y escribe sólo de aquí en adelante cartas simples y serias de familia, como ésta, donde cuentes hechos, sin reflexiones, comentarios ni moralejas, y en las cuales nadie pueda encontrar una palabra maliciosa, ni un reproche que echarte en cara, sino la sencilla relacion de las cosas que natural y diariamente en las Batuecas acontecen; ó lo que sería mejor, ni áun eso escribas, que para que

esta habilidad no se te olvide, bastará que pongas semanalmente la cuenta de la lavandera.

ANDRÉS NIPORESAS.

# EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS

En prensa tenía yo mi imaginacion no há muchas mañanas (1) buscando un tema nuevo sobre qué dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya pedia conversacion, y acaso no la hubiera encontrado á no ser por la casualidad que contaré; y digo que no la hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas contendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un muchacho que ha recibido una educacion de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir esto, que sabe leer, aunque no en todos los li-

---

(1) Carnaval del año 1832.

bros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leidas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga y áun la suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero á fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que habia de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata: á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque éste es tal, que por la menor bagatela, sobre si lo miraron sobre si no lo miraron, pone una estoca-

da en el corazon de su mejor amigo, con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

Con esta exquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que más lugar ocupan en la córte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital, de qué sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera habia de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tan buen cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquin esta fragilidad y áun suele prevalerse de ella.

Las ocho serian y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia mi sobrino. —¿Mi sobrino? Pues debo ser la una.—No, señor, son las ocho no más.—Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pié, vestido y en mi casa á las ocho de la mañana.—Joaquin, tú á estas horas.—Querido tio, buenos dias.—¿Vas de viaje? —No, señor.—¿Qué madrugon es este?—¿Yo madrugar, tio? Todavía no me he acostado.—¡Ah, ya decia yo! — Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile; Francisco se ha ido á

casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme.—¿Seis no más? —No más.—No se me hacen muchos.—Tenía que engañar á seis personas. —¿Engañar? Mal hecho. —Querido tio, V. es muy antiguo.—Gracias, sobrino, adelante.—Tio mio, tengo que pedirle á V. un gran favor. —¿Seré yo la séptima persona? —Querido tio, ya me he quitado la máscara. —Dí el favor, y eché mano de la llave de mi gabeta. — En el dia no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repeticion de Breguet que me vió V. dias pasados?—Sí, que te habia costado 5.000 reales.—No era mia.—¡Ah! — El marqués de*** acaba de llegar de París, queria mandarla limpiar, y no conociendo á ningun relojero en Madrid le prometí enviársela al mio. —Sigue. —Pero mi suerte lo dispuso de otra manera: tenía yo aquel dia un compromiso de honor; la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos á Chamartin á pasar un dia; era imposible ir en su coche; es demasiado conocido.....—Adelante. — Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo..... á la sazon me hallaba sin un cuarto; mi honor era lo primero, además que andan las ocasiones por las nubes...—Sigue —Empeñé la repeticion de mi amigo. — ¡Por

tu honor!—Cierto.—¡Bien entendido! ¿Y ahora?—Hoy como con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y..... —Ya entiendo. — Ya ve usted, tio..... esto pudiera producir un lance muy desagradable.—¿Cuánto es?—Cien duros.—¿Nada más? No se me hace mucho.

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaba en inminente riesgo. ¿Qué podia hacer un tio tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos, Conté, pues, sus cien duros, es decir, los mios.—Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repeticion.—*Quand il vos plaira*, querido tio.

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño, digámoslo así, y comencé á sospechar desde luégo que esta aventura habia de producirme un artículo de costumbres.—Tio, aquí será preciso esperar.—¿A quién?—Al hombre que sabe la casa.—¿No la sabes tú?—No señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos. —¿Y se les confian repeticiones de 5.000 reales?—Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está. Este es el honrado corredor, y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podia seguir la huella del tiempo en una cara como la debe de tener el judío errante, se vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro

acuchillado con varios chirlos y jirones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que más parecian nacidos en aquella cara que efectos de encuentros desgraciados; mirar vizco, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruin sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocia, con más lodo que cordoban; uñas de escribano, y una pierna de dos que tenía, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servia á este de carga, y era de él sustentada, por donde del tal corredor, se podia decir exactamente aquello de que *Tripas llevan piés*; metal de voz, además, que á todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador.—¿Está eso, señorito? —Está; tio, dé.elo usted.—Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte.—Caballero, no hay cuidado.—No lo hará ciertamente; porque no lo daré. Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veia escapársele de las manos su repeticion por una etiqueta de esta especie;

pero me mantuve firme y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificacion que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *Cicerone*, más aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente:—Caballero, me dijo al oido, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de..... y otras frioleras por si usted gusta.—Gracias, honrado corredor. Llegamos por fin á fuerza de apisonar con los piés calles y encrucijadas á una casa y á un cuarto 4.°, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta.

No podré explicar cuán mal se avenian á estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desvan, las diversas prendas que de tan várias partes allí se habian venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diria dentro de sus límites ocurridas? ¿Qué el collar muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿Qué sería escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¡Qué diálogo pudiera trabajar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira! Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas

que dirigian toda aquella máquina á dos personas que muchos de las sociedades conocia, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharan con aquel comercio; avergonzáronse ellos algun tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupacion, y fulminaron una mirada de éstas que llevan en sí una larga reconvencion sobre el israelita que de aquella manera habia comprometido su buen nombre introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus ministerios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debia buscar la repeticion y contar el dinero: yo imaginé que aquel debia de ser lugar más á propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice: calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme á lo oscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y dí a mi observacion libre rienda que caminase por do más le pluguiese. Poco tiempo habria pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta, y un jóven vestido modestamente pregunta por el corredor.

«Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar y he seguido tus huellas. Ya estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso.—Ya le he dicho á V. que por ropas es imposible.—¡Un frac nuevo! ¡Una levita poco usada! ¿No ha de valer esto más de

16 duros que necesito?—Mire V., aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como V.; nadie parece á sacarlas y nadie da por ellas el valor que se prestó.—Mi ropa vale más de 50 duros: te juro que ántes de ocho dias vuelvo por ella.—Eso mismo decia el dueño de aquel sortú que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la.....—Pepe, te daré lo que quieras; mira, estoy comprometido; ¡no me queda más recurso que tirarme un tiro!» Al llegar aquí el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por 16 duros un jóven de tan buen aspecto. Quién sabe si no habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia..... iba á llamarle, pero me previno Pepe diciendo: ¡Mal hecho!—Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W.*** y estoy sin traje: he dado palabra de no faltar á una persona respetable. Tengo que buscar además un dominó para una prima mia, á quien he prometido acompañar..... Al oir esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera ménos poseido ya de mi ardiente caridad. —¡Es posible! Traiga V. una alhaja. —Ni una me queda; tú lo sabes: tienes mi reloj, mis botones, mi cadena... ¡Diez y seis duros!—Mira, con ocho me contento.—Yo no puedo hacer na-

da en eso; es mucho.—Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis y te daré ahora mismo uno de gratificacion..... —Ya sabe V. que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño... ¿A ver el frac? Respiró el jóven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que habia hecho.—Dentro de tres dias vuelvo por ello. Adios. Hasta pasado mañana. —Hasta el año que viene.—Y fuése cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oidos las pisadas y *le frioriture* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H.***, y en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitacion.—¡D. Fernando!—A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales.—¡Señora!—¿Me ha enviado usted esta esquela?—Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á V. ... es un hombre ordinario..... y como hemos dado ya más de lo que valen los adornos que tiene V. ahí..... —¿Pero no sabe V. que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle ó me muero del sofoco..... — Yo, señora..... —Necesito indispensablemente 1.000 reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis braceletes para es-

ta noche: en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de funcion; esta me han dicho decididamente que no tocarán si no les pago. El catalan me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará más miéntras no le satisfaga.—Si yo fuera solo.....—¿Reñiremos? ¿No sabe V. que esta noche el juego solo puede producir?. ... ¡Nos fué tan mal la otra noche! ¿Quiere V. más billetes? No me han dejado más que seis. Envie V. á casa por los efectos que he dicho. —Yo conozco..... por mí..... pero aquí pueden oirnos; entre V. en ese gabinete. Entráronse, y se cerró la puerta tras de ellos.

Siguióse á esta escena la de un jugador perdidoso que habia perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver á jugar. Dejó un reloj, tomó diez, firmó quince, y se despidió diciendo: «Tengo corazonada; voy á sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reloj.» Otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: algun empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses: algun necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y solo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que habia más de tres años

que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Despues de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venian por las alhajas; ayer se habian vendido. Juró y blasfemó el criado y fuése, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien más conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? Pero qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado, título, el título grande, y el grande Príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo ménos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo bien haya la vanidad!

En esto salia ya del gabinete la bella convidadora; habíase secado el manantial de sus lágrimas.

—Adios, y no falte V. á la noche, dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. —Descuide V.; dentro de media hora enviaré á Pepe, respondió una voz ronca y mal segura.—Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que despues de darme las gracias, se empeñó tercamente

en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H.**Z.

Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada habia oido, y asistí al baile.

Los músicos tocaron: las luces ardieron.

¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entónces el lujo que en ella tantas veces no habia comprendido.

Retiréme temprano, que no le sientan bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigia la palabra. Un *adios* bastante indiferente me recordó que aquel dia habia hecho un favor, y que el tal favor ya habia pasado.

Acaso habia sido yo tan necio como loco mi sobrino.

No era mucho, decia yo, que un jóven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la hu-

manidad, abrí un libro de poesía, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado.

# EL CASARSE PRONTO Y MAL

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenía otro, no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual habia recibido aquella educacion que se daba en España no hace ningun siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leia la vida del santo, se oia misa todos los dias, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el Domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entónces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las mu-

chachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algun libro de los prohibidos, ni ménos aquellas novelas que, como solía decir, á pretexto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educacion fuese mejor ni peor que la del dia; sólo sabemos que vinieron franceses, y como aquella buena ó mala educacion no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresion doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicacion con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebia vino, emigró á Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educacion tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del año cristiano á Pigault

Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que ántes por qué las tenía. Dijo que el muchacho se habia de educar como convenia; que podria leer sin órden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y qué se yo qué más cosas decia de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustracion, añadiendo que la religion era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fé, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre* y *madre* eran cosa de brutos, y que á *papá* y *mamá* se les debia tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respeto tanto ó más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupacion es la primera preocupacion de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le

habia dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de como no habia Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metia en cuestiones, y era hablador, y raciocinador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oia hablar todos los dias de aventuras escandalosas, y de los amores de fulanito con la menganita, y le pareció, en resumidas cuentas, cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una jóven, personita muy bien educada tambien, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los dias, una novela sentimental con la más desatinada aficion que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de piés y manos, y várias epístolas recíprocamente copiadas de la nueva Eloisa; y no

hay más que decir sino que á los cuatro dias se veian los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrian su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo á los criados, y por último, un su amigo, que debia quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia él y ella, que habian dado principio á sus amores porque no se dijese que vivian sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer despues á piés juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdaderamente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podia venir á parar aquella inocente aficion ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupacion y de sus luces, nunca habia podido desprenderse del todo de cierta aficion á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.ª, que hay despreocupados por este estilo; y 2.ª, que semos nobles, lo que equivale á decir, que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y ésta es una de las razones por qué estaba mi sobrinito desterrado á morirse de hambre si no se le hacía meter la cabeza

cion de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario; púsose el plan en ejecucion, y á los quince dias mi sobrino habia reñido ya decididamente con su madre; habia sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero, se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el dia; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veian más cada dia y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el dia feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algun dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron miéntras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes, y la niña no sabia más que acariciar á su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazourka, y Medoro, no sabía más que disputar. Ello, sin embargo, el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salia de mañana á buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con qué dar de comer á su mujer, le detenia hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posicion. Miéntras que Augusto

pasaba el dia léjos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren, pero en casa donde no hay harina, todo es mohina; las más inocentes expresiones se intepretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que, amortiguada, en ambos corazones ardia; se suceden unos á otros los reproches, y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no há mucho tiempo él mismo la inducia; á los contínuos reproches se sigue, en fin, el ódio.

¡Oh, si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros, que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles.

Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica: sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus piés son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideracion. Augusto no es, á los ojos de su esposa, aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazan, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido..... En fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero y les promete aún proteccion! ¡Qué movimiento en él! ¡Qué actividad! ¡Qué heroismo ¡Qué amabilidad ¡Qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡Qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡Qué asiduidad y qué delicadeza en acompañarla los dias enteros que Augusto la deja sola! ¡Qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra!.....

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer, que si hubiera escogi-

do un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seduccion y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa; sus hijos están solos.—¿Y mi mujer? ¿Y sus ropas?—Corre á casa de un amigo.—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policía, se informa. Una jóven de tales y tales señas, con un supuesto hermano, han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega, son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazon; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre, es un rayo que cae en la habitacion; un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre, y la adúltera, poseida del te-

rror y de la culpa, se arroja sin reflexionar de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crímen, y encerrándose, ántes que le sorprendan, en su habitacion, coge aceleradamente la pluma y apénas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

«Madre mia, dentro de media hora no existiré; cuidad de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos..... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener ántes más sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quiteis una religion consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crímen; harto cara pago mi falsa despreocupacion. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. Adios para siempre.»

Acabada esta carta se oyó otra detonacion que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino que, con el más bello corazon, se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada

hermana, despues de haber leido aquella carta, y llamándome para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

*Hijo..... despreocupacion..... boda..... religion..... infeliz.....* son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresion, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasion les tengo reservados.

# EL CASTELLANO VIEJO.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el órden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo dia para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato tenian adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que parecia el negarse grosería, ó por lo ménos ridícula afectacion de delicadeza.

Andábame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí várias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios, algun tropezon me recordaba de cuando en

cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiracion de los que á mi lado pasaban, me hacia reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho ménos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situacion de mi espíritu, ¿qué sensacion no deberia producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí) á un gradísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocia este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda habia creido hacérmele más que mediano, dejándome torcido para todo el dia, traté sólo de volverme para conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguio dándome pruebas de confianza y ca-

riño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. ¿Quién soy?—Un animal, iba á responderle; pero me acordé de repente de quien podria ser, y sustituyendo cantidades iguales, *Braulio eres*, le dije. Al oirme, suelta sus manos, rie, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena.— ¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?—¿Quién pudiera sino tú?....—¿Has venido ya de tu Vizcaya?—No, Braulio no he venido.—Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí. ¿Sabes que mañana son mis dias?—Te los deseo muy felices.—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos; pero estás convidado.—¿Á qué—Á comer conmigo.—No es posible.—No hay remedio—No puedo, insisto temblando.—¿No puedes?—Gracias.—¿Gracias?—Véte á paseo; amigo, como no soy el duque de F., ni el conde de P.....—¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? No es eso, sino que.....—Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos: en casa se come á la española; tem-

prano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobre mesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla. — Esto me consoló algun tanto, y fué preciso ceder; un dia malo. dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. — No faltarás si no quieres que riñamos. — No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaido, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado cojer. — Pues hasta mañana, y me dió un torniscon por despedida. Vile marchar como el labrador ve alejarse la nuve de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podian entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy léjos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono, pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo órden, que reune entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya

cicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado: no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un dia de dias en semejantes casas; vestíme sobre todo lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pié del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo: era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que ántes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los dias; no hablo del inmenso círculo con que guarnecia la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar y de que en invierno suele hacer más frio que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí el señor X., que debia divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, habia tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba opor-

tunamente comprometido para otro convite, y la señorita que tan bien habia de cantar y tocar estaba ronca en tal disposicion que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo.

¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

—Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mia.—Espera un momento, le contestó su esposa casi al oido, con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y.....— Bien, pero mira que son las cuatro.....—Al instante comerémos.....—Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

Señores, dijo el anfitrion al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos· ¡Ah! Fígaro, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero, quítate el frac, no sea que le manches.—¿Qué tengo de manchar? le respondí mordiéndome los labios. —No importa, te daré una chaqueta mia; siento que no haya para todos.—No hay necesidad.—¡Oh¡ sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá!—Pero, Braulio.....—No hay remedio; no te andes

con etiquetas; y en esto me quita él mismo el frac, *velis nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los piés y la cabeza; y cuyas mangas no me pemitirian comer probablemente. Díle las gracias: al fin el hombre creia hacerme un obsequio.

Los dias en que mi amigo no tiene convidados, se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando despues de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular y estar cómodos todos los dias del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalacion de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que se habia creido capaz de contener catorce personas que éramos en una mesa donde apenas podrian comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado, como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distincion, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas, que era

preciso enderezar á cada momento, porque as ladeaba la natural turbulencia de mi óven adlátere, y entre uno de esos hom-ores que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos ados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los dias, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques, como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

—Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el Anfitrion una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys; frase que creyó preciso decir. Necia afectacion es ésta, si es mentira, dije yo para mí; y si es verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella expresion más verdad de la que mi buen Baulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos y otros —Sírvase usted.—Hágame usted el favor. —De ninguna manera.—No lo recibiré. —Páselo usted á la señora.—Está bien ahí. —Perdone usted.—Gracias.—Sin etiqueta,

señores, exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamon; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura. Siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á éste otro y otros y otros; mitad traidos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los dias, por una vizcaína auxiliar, tomada al intento para aquella festividad, y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

—Este plato hay que disimularle, decia ésta de unos pichones; están un poco quemados.—Pero, mujer.....—Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! se puso algo tarde.—¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? —¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.—¡Oh, está excelente, exclamábamos todos dejándonoslo en el plato; excelente! —Este pescado está pasado.—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron

que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto!—¿De donde se ha traido este vino?—En eso no tienes razon porque es..... —Es malísimo.—Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle contínuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetian tan á menudo, servian tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas habia podido hacerse superior hasta entónces á las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.—Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenía.—¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Brulio, iremos á la fonda y no tendrás.....—Usted, señora mia, hará lo que.....—¡Braulio! ¡Braulio! Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor

delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresion concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales, que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los dias de dias?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenía hacia saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el dia; y el señor gordo de mi derecha habia tenido la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que habia roido; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se habia encargado de hacer la auptosia de un capon, ó sea gallo, que esto nunca se supo, fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás perecieron las coyunturas.—Este capon no tiene coyunturas, exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como

quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal, como si tuviera escama, y el capon, violentamente despedido pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente, como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa; levántase rápidamente á este punto el trinchador, con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa desciende como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término;

retírase atolondrada, sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado, que traia una docena de platos limpios y una salvilla para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusion.—¡Por San Pedro! exclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa.—Pero sigamos, señores, no ha sido nada, añade volviendo en sí.

¡Oh, honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dias! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí, las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; D. Leandro me hace probar de manzanilla exquisita, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea; por fin ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la con-

versacion, roncas ya las voces piden versos y décimas, y no hay más poeta que Fígaro. —Es preciso. — Tiene usted que decir algo, claman todos. — Désele pié forzado; que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pié: *A don Braulio en este dia.* — Señores ¡por Dios! — No hay remedio. — En mi vida he improvisado. — No se haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta. — No sale de aquí sin decir algo. Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonium.* Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle, ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros y que oye ya apénas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de dias de dias; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en

que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef* desaparezca del mundo el *beesfsteack*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos y beban, en fin, todos ménos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecacion mental, corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres ni la misma delicadeza cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que finjen acaso estimarse y respetarse mútuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentacion de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

TAYLOR INST. OXFORD

# VUELVA USTED MAÑANA

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal á la pereza; nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institucion ha cerrado y cerrará las puertas del cielo á más de un cristiano.

Estas reflexiones hacia yo casualmente no hace muchos dias, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que en buena ó en mala parte han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada é hiperbólica, de estos que ó creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos,

francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, ó que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imiginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son ladrones que los han de despojar los individuos de algun cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes á todos los países.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen á la primera ni segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana á esos juegos de manos sorprendentes é inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen despues de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetracion. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignoralas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre

nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendacion para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y áun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulacion industrial ó mercantil eran los motivos que á nuestra patria le conducian.

Acostumbrado á la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo, si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideracion, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle á que se volviese á su casa cuanto ántes, siempre que sériamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposicion, y fué preciso explicarme más claro. — Mirad, le dije, monsieur Sans-délai, que así se llamaba; vos venís decidido á pasar quince dias, y á solventar en ellos vuestros asuntos.—Ciertamente, me contestó. Qince dias, y es mucho. Mañana por la ma-

ñana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto á mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquel me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer dia se juzga el caso y soy dueño de lo mio. En cuanto á mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto dia ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas ó malas, y admitidas ó desechadas en el acto; y son cinco dias; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo, tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo á mi casa; áun me sobran de los quince cinco dias.—Al llegar aquí monsieur Sans-délai, traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educacion logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fué bastante á impedir que se asomase á mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rosto mal de mi grado.— Permitidme Mr. Sans-délai, le dije entre socarron y formal, permitidme que os convide á comer para el día

en que lleveis quince meses de estancia en Madrid.—¿Cómo?—Dentro de quince meses estais aquí todavia.—¿Os burlais?—No por cierto.—¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!—Sabed que no estais en vuestro país activo y trabajador.—¡Oh! los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores á sus compatriotas.—Os aseguro que en los quince dias con que contais no habréis podido hablar siquiera á una sola de las personas cuya cooperacion necesitais.—¡Hipérboles! Yo les comunicaré á todos mi actividad.—Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el Sr. de Sans-délai muy dispuesto á dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entónces, bien seguro de que no tardarian mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el dia siguiente, salimos, entrambos á buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitacion, declaró francamente que necesitaba tomarse algun tiempo, instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos dias. Sonreíme

y marchámonos. Pasaron tres dias; fuimos. —Vuelva usted mañana, nos respondió la criada, porque el señor no se ha levantado todavía.—Vuelva usted mañana, nos dijo al siguiente dia, porque el amo acaba de salir.—Vuelva usted mañana, nos respondió el otro, porque el amo está durmiendo la siesta.

Vuelva usted mañana, nos respondió el lúnes siguiente, porque hoy ha ido á los toros. ¿Qué dia, á qué hora se ve á un español? Vímosle por fin, y vuelva usted mañana, nos dijo, porque se me ha olvidado. Vuelva usted mañana, porque no está en limpio. A los quince dias ya estuvo; pero mi amigo le habia pedido una noticia del apellido Díez, y él habia entendido Díaz, y la noticia no servia. Esperando nuevas pruebas, nada dije á mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, habia sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba

momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo despues otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí; un sastre tardó veinte dias en hacerle un frac, que habia mandado llevarle en veintiçuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza á comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince dias para plancharle una camisola, y el sombrerero, á quien le habia enviado su sombrero á variar el ala, le tuvo dos dias con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistian á una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondian á sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

—¿Qué os parece de esta tierra, Mr. Sansdélai? le dije al llegar á estas pruebas.—Me parece que son hombres singulares.....—Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida á la boca.

Presentóse con todo, yendo y viniendo dias, una proposicion de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficacísimamente.

A los cuatro dias volvimos á saber el éxito de nuestra pretension.—Vuelva usted mañana, nos dijo el portero. El oficial de la mesa no ha venido, dije yo entre mí.

Fuímonos á dar un paseo, y nos encontramos ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Mártes era al dia siguiente, y nos dijo el portero: Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.—Grandes negocios habrán cargado sobre él, dije yo: como soy el diablo y áun he sido duende, busqué ocasion de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debia costar trabajo el acertar.—Es imposible verle hoy, le dije á mi compañero; su señoría está en efecto ocupadísimo.

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el expediente habia pasado á informe, por desgracia á la única persona enemiga indispensable de Mr. y de su plan, porque era quien debia salir en él perjudicado.

Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenía unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido

en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto el informe se cayó en la cuenta en la seccion de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondia á aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando, despues de tres meses, á la cola siempre de nuestro expediente, como huron que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso, al llegar aquí, que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro. —De aquí se remitió con fecha tantos, decian en uno.—Aquí no ha llegado nada, decian en otro.—¡Voto va! dije yo á monsieur Sans-délai; ¿sabeis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algun tejado de esta activa poblacion?

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta á los empeños! ¡Vuelta á la prisa! ¡Qué delirio!—Es indispensable, dijo el oficial con voz campanuda, que esas cosas vayan por sus trámites regulares.—Es decir, que el toque estaba como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos ó cuantos años de servicio.

Por último, despues de cerca de medio

que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir á los que sabian más que ellas.

Un extranjero, seguí, que corre á un país que le es desconocido para arriesgar en él sus caudales, pone en circulacion un capital nuevo, contribuye á la sociedad, á quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero; si pierde, es un héroe; si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearnos solos. Ese extranjero que se establece en este país no viene á sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y á la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo, sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado: toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera: sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido á dejar un capital suyo que traia, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo ménos tanto como el del

dinero; ha dado de comer á los pocos ó muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuido al aumento de la poblacion con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado á sí á los extranjeros; á su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de resplandor; á los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido llegar á ser una de las primeras naciones en muchísimo ménos tiempo que el que han tardado otras en llegar á ser las últimas; á los extranjeros han debido los Estados-Unidos..... pero veo por sus gestos de V., concluí interrumpiéndome oportunamente á mí mismo, que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto si V. mandara podríamos fundar en usted grandes esperanzas!

Concluida esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai.—Me marcho, señor Fígaro, me dijo: en este país no hay tiempo para hacer nada; sólo me limitaré á ver lo que haya en la capital de más notable.—¡Ay! mi amigo, le dije, idos en paz, y no querais acabar con vuestra poca paciencia: mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.—¿Es posible?—¿Nunca me

habeis de creer? Acordaos de los quince dias..... —Un gesto de Mr. Sans-délai me indicó que no le habia gustado el recuerdo.

*Vuelva V. mañana*, nos decian en todas partes, porque hoy no se ve.—Ponga usted un memorialito para que le den á usted un permiso especial.—Era cosa de ver la cara de mi amigo al oir lo del memorialito: representábasele en la imaginacion el informe, y el empeño, y los seis meses, y..... contentóse con decir: *soy extranjero*. ¡Buena recomendacion enre los amables compatriotas mios! Aturdíase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendia ménos. Dias y dias tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, despues de medio año largo, si es que puede haber un medio año más largo que otro, se restituyó mi recomendado á su patria maldiciendo de esta tierra, y dándome la razon que yo ya ántes me tenía, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres, diciendo, sobre todo, que en seis meses no habia podido hacer otra cosa si no volver siempre mañana, y que á la vuelta de tanto mañana, enteramente futuro, lo mejor, ó más bien lo único que habia podido hacer bueno, habia sido marcharse.

¿Tendrá razon, perezoso lector (si es

que has llegado ya á esto que estoy escribiendo), tendrá razon el buen Mr. Sansdélai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el dia de mañana á visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestion para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy: si mañana ú otro dia no tienes, como sueles, pereza de volver á la librería, pereza de sacar tu bolsillo y pereza de abrir los ojos para hojear las ojas que tengo que darte todavía, te contaré como á mí mismo que todo esto veo, y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza más de una conquista amorosa, abandonar más de una pretension empezada, las esperanzas de más de un empleo, que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco ménos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa ó necesaria, á relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el trascurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto á las once y duermo siesta, que paso haciendo quinto pié de la mesa de un café, hablando ó roncando como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que

cuando cierran el café me arrastro lentamente á mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce ó la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué, y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que há más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé *Vuelva usted mañana;* que todas las noches y muchas tardes he querido, durante todo este tiempo, escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz, diciéndome á mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: *¡Eh! ¡mañana le escribiré!* Da gracias á que llegó por fin esta mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!

# EL MUNDO TODO ES MASCARAS

## TODO EL AÑO ES CARNAVAL

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado á profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar á los necios y á los discretos, á los cuerdos y á los locos, á los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo á los dichosos y á los desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

. . . . . .

Animado con esta reflexion, cogí la pluma y ya iba á escribir nada ménos que un elogio de todo lo que veo á mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamacion en el país, para contentar á todo el que se me pusie-

ra por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habian de sospechar que dicho elogio era burla, y esta reflexion era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despechado y decidido á consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por más señas*, lo que basta para que se infiera si debe ser hombre entendido, y que este, registrando su *Novísima y sus Partidas*, me dijese para de aquí en adelante que es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme á buscar *co!ufas en el golfo*, ni el alma fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, á lo cual habia contribuido no poco el esfuerzo que habia hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, ó á lo que yo tengo por más cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, ú otros semejantes:

—*¡Vamos á las máscaras!* Bachiller, me

gritó.—¿A las máscaras?—No hay remedio; tengo un coche á la puerta: ¡A las máscaras! Iremos á algunas casas particulares, y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de sucricion.—Que te diviertas: yo me voy á acostar.—¡Qué despropósito! No lo imagines: precisamente te traigo un dominó negro y una careta.—¡Adios! Hasta mañana.—¿Adónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin tí no voy, y perderé la mejor ocasion del mundo.....—¿De véras?—Te lo juro.— En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré. De mala gana entré dentro de un ámplio ropaje, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: *¡cómo nos vamos á divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!*

Era el coche alquilon; á ratos parecia que andábamos tanto atrás como adelante, á modo de quien pisa nieve, á ratos que estabamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin á ser tan completa la ilusion, que temeroso yo de alguna pesada burla de Carnaval, parecia al viaje de don Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si despues de media hora de viaje estaríamos todavía á la puerta de mi casa,

ñana sin falta os vereis en la *Sarten*..... Dominó encarnado y lazos blancos.....— Bien.—¿Estás?—No faltaré.

¿Y tu mujer, hombre?—le decia á un ente rarísimo que se habia vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo.—Durmiendo estará ahora; por más que he hecho no he podido decidirla á que venga; no hay otra más enemiga de diversiones. —Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche?—No, hasta las cuatro.—Haces bien. En esto se habia alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras.—Nada ha sospechado.—¿Cómo era posible? Si salí una hora despues que él.....—¿A las cuatro ha dicho?—Sí.—Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada? —No hay cuidado alguno, porque..... Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de *¿me conoces? Te conozco*, etc., etc.

¿Pues no parecia estrella mia haber traido esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quevedo, que se parecia de noche á cuantos esperaban para pegarles?—¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta, asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfe-

cha. ¿Hace mucho que me buscabas?—No por cierto, porque no esperaba encontrarte.—¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde anoche! No he visto un hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fué haber convenido ántes en no darnos nuestros nombres, ni áun por escrito. Si no.....—¿Pues qué hubo?—¿Que habia de haber? El que venía con migo era Cárlos mismo.—¿Qué dices?—Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cogió. ¡Qué angustias!—¿Y cómo saliste del paso?—Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese?, le dije. Vamos á verle; será de algun enamorado: se lo arrebato, veo que empieza: «*Querida Anita*»; cuando no vi mi nombre respiré; empecé á echarlo á broma. ¿Quién será el desesperado? le decia riéndome á carcajada. —Veamos, y él mismo leyó el billete, donde me decias que esta noche nos veríamos aquí, si podia venir sola. Si vieras cómo se reia.—¡Cierto que fué gracioso!—Sí, pero por Dios, *don Juan*, *de éstas*, *pocas*.—Acompañé largo rato á mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude..... el lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talisman de mi impagable dominó.

Salimos, por fin de aquella casa, y no

pude menos de soltar la carcajada al oir á un máscara que á mi lado bajaba.—¡Pésia á mí! le decia á otro; no ha venido: toda la noche he seguido á otra creyendo que era ella, que hasta se ha quitado la careta. ¡La vieja más fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo á perder? Si don Cárlos lo cogió.....—Hombre, no tengas cuidado.—¡Paciencia! Mañana será otro dia. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta. —Hiciste muy bien.—Perfectísimamente, repetí yo para mí, y salimos riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algun contratiempo para mí. Yo me habia llevado la querida de otro; en justa compesacion otro se habia llevado mi capa, que debia parecerse á la suya, como se parecia mi dominó al del desventurado querido. Ya estás vengado, exclamé, ¡oh burlado mancebo! Felizmente yo al entregarla en la puerta habia tenido la prevision de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡Oh prevision oportuna! Ciertamente que no nos volveremos á encontrar mi capa y yo en este mundo pe-

recedero; habia salido ya de la casa, habia andado largo trecho, y áun volvia la cabeza de rato en rato hácia sus altas paredes, como Héctor al dejar á su Andrómaca, diciendo para mí: *allí quedó, allí la dejé, allí la ví por última vez.*

Otra casas corrimos: en todas el mismo cuadro: en ninguna nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos ó solícitos amantes; no soy de aquellos que echan de menos la accion en una buena cantatriz, ó alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy á buscar virtudes á las máscaras. Pero nunca llegué á comprender el afan que por asistir al baile habia manifestado tantos dias seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo: no entiendo todavía á don Jorge cuando dice que estuvo en la funcion, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda la diferencia estaba en él con respecto á las demas noches en ganar ó perder, vestido de moharracho. Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razon en que se fundan para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que vi buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar á quien embromar ni quien los embrome, que no bai-

lan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse á sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar á entender que tambien tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos á creer lo lo último cuando observamos que los más de éstos os dicen si los habeis conocido:—¡*Chiton*! ¡*Por Dios*! *no digais nada á nadie.* —Seguidlos, y os convenceréis de que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile..... nunca, empero, se les olvida salir los últimos decir al despedirse: *¿Mañana es el bai e en Solís?—Pues hasta mañana.*—¿Pasado mañana es en San Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!

Ya que sin respeto á mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaria pasar en silencio ántes de concluirlas la más principal que me ocurrió. ¿Qué mejor careta há menester D. Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los dias, y reza sus devociones; á merced de esta máscara que

tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba..... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso sólo se pone un rostro de carton sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco ha menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe tener! No puede abrigar vicio alguno.—Miradla por dentro, observadores de superficies: no hay dia que no engañe á un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos insufrible y altanera con su esposo: esa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña más que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué diferencia! ¡Qué prevision! ¡Cuán sumiso debe ser! No le escojas sólo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que le entrega su corazon. Su cara es tambien más pérfida que su careta; por ésta no estás expuesta á equivocarte, porque nada juzgas por ella; ¡pero la otra....!! imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y sólo puede ser un pérfido guía que te entrega á tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algun pesar

muy grande debia afligirme; pues nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos; el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía como un falto de pelo su *bisoñé*: la filosofía es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo, de ambas maneras se les figura á entrambos que ocultan á los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era: un pesar me afligia. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta córte; el contínuo traspirar el estar en pié la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar habian debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era la sazon mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de comun acuerdo nos decidimos á cenar lo más espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras á aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas á otras como si fuera de la puerta las esperase el más inminente peligro. Iban y venian los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya: apénas habia un plato de que disponer; pedimos, sin embargo, de lo que habia, y nos trajeron varios restos de manjares que

alguno que habia cenado ántes que nosotros habia tenido la prevision de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, segun decian nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida, salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salon de baile, y cansado ya de observar y de oir sandeces, prueba irrefragrable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambicion se limitó á conquistar con los codos y los piés un rincon donde ceder algunos minutos á la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginacion entre mil ideas opuestas, hijas de la confusion de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, segun dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginacion débil y acalorada del hombre á las visiones nocturnas y aéreas que vienen á tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo. Más de cuatro que

han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que á mí me aconteció, porque al fin, segun expresion de Terencio, *homo sum et nihil humani á me alienum puto.* No bien habia cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad; reinaba el silencio en torno mio; popo á poco una luz fosfórica fué abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fué acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso meteoro. Saltó un tapon con que venía herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió á quedar en la oscuridad. Entónces sentí una mano fria como el mármol que se encontró con la mía; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movia á mi lado, y una voz semejante á un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos: *Abre los ojos, Bachiller; si te inspiro confianza, sígueme;* el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de

su cigarro, y á su escasa luz reconocí brevemente á Asmodeo, héreo del *Diablo C - juelo.*—Te conozco, me dijo; no temas: vienes á observar el Carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! vén conmigo; do quiera hallarás máscaras, do quiera Carnaval, sin esperar al segundo mes del año.

Arrebatóme entónces insensible y rápidamente, no sé si sobre algun dragon alado, ó vara mágica, ó cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fué que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fué obra de un instante. Entónces vi al traves de los tejados, como pudiera al traves del vidrio de un excelente anteojo de larga vista.

Mira, me dijo mi extraño *cicerone.* ¿Qué ves en esa casa?—Un joven de sesenta años disponiéndose á asistir á una *suaré*; pantorrillas postizas, porque va de calzon; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasion, sobre todo, indestructible de que su figura hace conquista todavía.....

—¿Y allí?—Una mujer de cincuenta años.—Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos.—¿Qué es aquello?—Una caja de dientes; á la izquierda una pastilla de olor; á

la derecha un *polison.*—¡Cómo se ciñe el corsé! va á exhalar el último aliento.—Repara su gesticulacion de coqueta.—¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez!—Más de una ha deslumbrado tus ojos en algun sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

—¿Quién es aquel más allá?—Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que t ene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar á un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira como cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la car ta en llegando á tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: «venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Témis.» ¿No te parece ver al loco de Cervántes, que se creia Neptuno?

Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve á la vida tornará á las andadas. Á su cabecera tiene á un hombre bien vestido, un baston en una mano, una receta en la otra: ó *la tomas, ó te pego. Aquí tienes la salud,* parece decirle, yo *sano los males,* yo *los conozco;* observa con qué seriedad lo

dice; parece que lo cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo?—Sí.—Pues oye tambien el último ay del moribundo, que va á la eternidad, miéntras que el doctor corre á embromar á otro con su disfraz de sabio.

Vén á ese otro barrio.—¿Qué es eso?—Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas?—Sí—Míralas con este anteojo.—¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los dias que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

Mira una boda; con qué buena fe se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

. . . . . .

—¿Quién es aquél?—Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! *Yo sé ganar batallas*, parece que va diciendo.— ¿Y no es cierto? Ha ganado la de***—¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo.—Pero.....—No es lo mismo.—¿Y la otra de***?—La casualidad.—Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E.; él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos.

. . . . . .

—Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal á la calle, y verás las máscaras de balde. Sólo te quiero enseñar ántes de volverte á llevar donde te he encontrado, concluyó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte. Al decir esto pasábamos por el teatro. Mira allí, me dijo, á un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Neron, y de Otelo..... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree tambien. ¡Ya se vé! ni unos ni otros han conocido á aquellos señores. Repara, y ríete á tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué más sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquel dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú?—Sí; por más señas que esta mañana los vi en misa.—Pues míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo

tebano entero se van á cenar sin más acompañamiento, y dejándose á su patria entre bastidores, algun carnero verde, ó si quieres un excelente beefteck hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oir á Semíramis? – ¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis?—Sí; mírala; es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿Oiste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino, ya espira; á imitacion del cisne, canta y muere.

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡Asmodeo! grité. Profunda oscuridad; silencio de nuevo en torno mio.

—Asmodeo, quise gritar de nuevo: dispiértame empero el esfuerzo. Llena aún mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio; un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés..... ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra á la voz del Omnipotente en el valle de Josafat?..... Poco á poco vuelvo en mí, y asustando á un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, é

imitando las expresiones de Asmodeo, que áun suenan en mis oidos:

*El mundo todo es máscaras: todo el año es Carnaval.*

# LA POLÉMICA LITERARIA

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres, que funda sus artículos en la observacion de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si lo hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chistes en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, «es un payaso», exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en

sus renglones la indignacion contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, «es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesus qué entrañas! ¡Habrá pícaro que no quiere que escribamos disparates!» ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de éste y de aquél, formando su bello ideal de las calidades de todos? «¡Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don Fulano!» ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta. Y no se desgañite para decirle al público: «Señores: que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme.» ¡Tiempo perdido!—Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer.—Nada.—Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta. —¡Ni por esas!—Púsole la peluca, dicen, para desorientar; pero es él.—Que no se parece á don Cosme en nada.—No importa: es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme; y don Cosme, que es caviloso, es el primero á decir: «ese soy yo.» Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los críticos que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les

toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados si no creemos que ántes de llegar al último renglon han de haber encontrado nuestos perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosade las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con más fé que esperanza, á Santa Rita, abogada de los imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio ni ignorante, ni culto, ni trival; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las más, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que, por consiguiente, no comprometen al que las escribe..... Pero estoy para mí que no debia de hacer más caso de

por lo ménos, que está contra su uso. Con la vasta erudicion que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario.....

—¡Ay, amigo, le interrumpí, y que poco entiende usted de polémica literaria. En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

—¿Y qué falta hace para aclarar la cuestion al público saber quién sea el autor del artículo?

—¡Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinion de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

—Bueno: pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo

—Calle usted. Somos felices.

—Yo pensaba dar razones y probar.....

—No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

—Mucho; se pierde de vista.

—¿Tendra seis piés?

—Más, más: hágale usted más favor..... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestion de tabacos?

—¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero porque él es alto.

—¡Hombre!

—Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

—Sí, señor: en el año 97 escribió una comedia que no valia gran cosa.

—¡Bravo! Añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia.....

—Pero, señor, haremos reir al publico.....

—No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué más tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe á álguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinion nula?.....

—Algo, algo hay de eso.

—Pues bien, á él: la opinion: la verruga: duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entónces, y si el año 8 jugaba a la pipirijaina ó á la pata coja?

—¿Pero adónde vamos á parar?

—A la tetilla izquierda, señor: usted

no se desamine: ¿le coge usted en un plagio? El texto en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algun cuento? á contársele.

—¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

—No importa; usted hará reir, y ese es el caso .¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal; y usted es más: este es el modo.

—Pero, señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestion de tabacos?

—Y á usted qué le importa ni á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luégo que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderacion de usted en la cuestion presente; que se retira usted de la polémica; en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinion acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinion del adversario; y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fé y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atencion á que usted respeta mu-

cho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos si puede acerca del mayor número de suscriciones que reuno el periódico en que usted escribe, que es razon concluyente, y que le piquen á usted moscas.

—Señor Fígaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mútuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazme-reir del público..... y á mí me da vergüenza.....

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?.....y..... ¡voto va¡ Dijéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mio: látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre: aquí, amigo mio, las más son cuestiones de personas.—Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sólo le supliqué al salir por el umbral de

mi puerta.—Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: «Ahí va el cliente de Fígaro: ese es el del artículo»,—no lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original con ninguno.

# ¿ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS?

Hénos aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos.—Por otra parte, no son las costumbres el último ni el ménos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, sólo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos dias que la llegada inesperada á Madrid de un extranjero, antiguo amigo mio de colegio, me puso en la obligacion de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observacion sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oir diariamente los dichos y modales que son la moneda de nues-

tro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente á nuestros sentidos. Mi amigo no pudo ménos de abrirme el camino que el hábito tenía cerrado á mi observacion.

Necesitábamos hacer várias visitas: *¡un carruaje!* dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será más ligero: no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta córte, sobre todo de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes*, donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo sería el maldecido no se necesitaba saber más. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas despues ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con várias capas de polvo de todos los dias y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y áun yo tuve para mí que lo debian de sacar en los dias de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendria. Que las ruedas habian rodado hasta entónces, no se podia dudar; que rodarian siempre y que no harian rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestion: que el caballo habia vivido hasta aquel punto no era dudoso; que viviria dos minutos

más, eso era precisamente lo que no se podia ménos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosidad visual del espectador.

Cierto ruido desapacible de los muelles y del eje le hacia sonar á hierro como si dentro llevara medio Rastro.

Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servía, y entre la vida del caballo y la suya no se podia atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellon: por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ámbos entes irracionales se notaba, hubiera creido cualquiera que eran gemelos, y que no sólo habian nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir.

Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado un capricho de Goya.

Fué preciso conformarnos con este elegante mueble: subí, pues, á él, y tomé las riendas, después de haberse sentado en él mi amigo el extranjero.

Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchan, y fué á subir á la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar; mas ¿cuál fué mi admiracion, cuando siento bajar el

asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecia un espíritu desprendiéndose de la tierra? Y ¿qué dirán ustedes que era? Que el birlocho venia sin barriguera; y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, á manera de balanza, vino á tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit.*

Esto no es conmigo, exclamé; bajamos del birlocho, y á pié nos fuimos á quejar y reclamar nuestra señal á casa del alquilador.

Preguntamos y volvimos á preguntar, y nadie respondia, que aquí es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal enacarado como el birlocho: expúsele el caso, y pedíle mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mi.—¿Qué tiene usted que pedirle á ese birlocho, y á esa jaca sobre todo? me dijo echándome á la cara una interjeccion expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Despues de semejante entrada nada quedaba que hablar.—Véale usted despacio, le contesté sin embargo.—Pues no hay otro, siguió diciendo; y volviéndome la espalda: ¡A París por gangas! añadió.—Diga usted, señor grosero, le repuse, ya en el colmo de la có-

lera, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que tambien se han de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aquí para servir, ó para mandar al público? Pudiera usted tener más respeto y crianza para los que son más que él.—Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país.—Nadie es más que yo, don caballero ó don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ¡ahí, en el bolsillo de mi chaqueta debo de tener uno!—Y al decir esto, salió una mujer y dos ó tres mozos de cuadra, y llegáronse á oir cuatro ó seis vecinos y catorce ó quince curiosos transeuntes; y como el calesero hablaba en majo y respondia en desvergonzado, y fumaba y escupia por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razon al calesero, y le aplaudia, y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir: en fin, sólo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba á hacernos pasar el concurso que allí se habia reunido.

¿Entre qué gentes estamos? me dijo el extranjero asombrado. ¡Qué modos tan re-

ros se usan en este país!—Oh, es casual, le respondí algo avergonzado de la inculpacion, y seguimos nuestro camino.

El dia habia empezado mal, y yo soy supersticioso con estos dias que empiezan mal; acaban peor.

Tenía mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle á una oficina de policía.—¡Aquí verá usted, le dije, otra amabilidad y otra finura.

La puerta estaba abierta, y naturalmente nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos:—¡Eh! ¡Hombre! ¡adónde va usted! Fuera.—Este es pariente del calesero, dije yo para mí; salimos fuera, y sin embargo esperamos el turno.—Vamos dentro: ¿qué hacen ustedes ahí parados? dijo de allí á un rato para darnos á entender que ya podíamos entrar.

Entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debian contestar al saludo, se pidieron mútuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y á una indicacion mia para que nos despachasen, en atencion á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios:—Tenga usted paciencia, respondió uno, que aquí no estamos para servir á usted.—A ver, añadió dentro de un

rato: venga eso; y cogió el pasaporte y lo miró.—¿Y usted quién es?—Un amigo del señor.—¿Y el señor? algun francés de estos que vien n á sacarnos los cuartos. Tenga usted la bondad de prescindir de insultos y ver si está ese papel en regla.—Ya le he dicho á usted que no sea insolente si no quiere usted ir á la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veia dispuesto á hacer un disparate.—Amigo, aquí no hay más remedio que tener paciencia. —¿Y qué nos han de hacer?—Mucho y malo.—Será injusto.—¡Buena cuenta! Logré por fin contenerle.—Pues ahora no se le despacha á usted; vuelva usted mañana. —¿Volver?—Vuelva usted y calle usted.—Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevia á mirar á la cara á mi amigo.—¿Quién es ese señor tan altanero? me dijo al bajar la escalera, y tan fino y tan..... ¿Es algun príncipe?—Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nacion: como está empleado se cree dispensado de tener crianza.

—Aquí tiene todo el mundo esos modales segun voy viendo.—¡Oh! no; es casualidad. *C' est drôle*, iba diciendo mi amigo, y yo diciendo: ¿Entre qué gentes estamos?

Mi amigo queria hacerse un pantalon y le llevé á casa de mi sastre.

Esta era más negra: mi sastre es hom-

bre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta, me suele dar dos palmaditas ó tres, más bien que ménos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, á veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba á los dos alternativamente; mi sastre se reia, yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres ó todos los sastres son caballeros.

Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en dárnoslo encendido él mismo de su boca, cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes. —Era por la mañana; la fatiga y el calor nos habian dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes.—¡Sorbetes por la mañana! dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla. ¡Que si quieres!—¡Bravo! dije para mí. ¿No presumia yo que el dia habia empezado bien?—Pues traiga V. dos vasos pequeños de limon.....—Vaya ¡hombre! anímese V.; tomelos V. grandes, nos dijo entónces el mozo con singular franque-

za, si tiene V. cara de sed.—Y V. tiene cara de morir de un silletazo, repuse yo ya incomodado; sirva usted con respeto, calle y no se chancee con las personas que no conoce y que están muy lejos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez ó doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de más allá y se hombreaba con todos: todos eran unos. ¿Entre qué gentes estamos? repetia yo con admiracion. ¡*C' est drôle*! repetia el francés. —¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusion de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demás casos que de este género en aquel bendito dia nos sucedieron? Recapitule el lector cuántos de éstos le suceden al dia y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversacion. Vaya V. á comer á una fonda, y cuente V. con el mozo que ha de servirle como pudiera V. contar con un comensal. Él le bordará á V. la comida con chanzas groseras;

él le hará á V. preguntas fraternales y amistosas... él... Vaya V. á una tienda á pedir algo.—¿Tiene V. tal cosa?—No señor; aquí no hay.—¿Y sabe V. dónde la encontraria?—¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay.—¿Se puede ver al señor de tal? dice V. en una oficina.—Y aquí es peor porque ni siquiera contestan *no*: ¿ha entrado V.? Como si hubiera entrado un perro. —¿Va V. á ver un establecimiento público?—Vea V. qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué grosería.— Sea V. grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle y le manosee y empuerque su tabaco, y se le vuelva apagado. ¿Tiene V. criados? Haga V. cuenta que mantiene unos cuantos amigos; ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de V.; hablan cuando habla V., y hablan ellos..... ¡Señor! ¡señor! ¿entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

Mi francés habia hecho todas estas observaciones, pero no habia hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es

el país de las anomalías: así que, al concluirse el dia, amigo, me dijo yo he viajado mucho: ni en Europa, ni en América; ni en parte alguna del mundo he visto ménos aristocracia en el trato de los hombres éste es el país adonde yo me vendria á vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando á París voy á publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país más dispuesto á recibir.....

—Alto ahí, señor observador de un dia, dije á mi extranjero interrumpiéndole: adivino la idea de V., las observaciones que ha hecho V. hoy son ciertas: la observacion general empero que de ellas deduce usted es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que sólo se podian explicar entrando en pormenores que no son del momento: este es desgraciadamente el país ménos dispuesto á lo que V. cree, por más que le parezcan á V. todos unos. No confunda V. la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad; las causas son, no obstante, diferentes; esa franqueza, esa aparente confusion y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba; es el de una sociedad que empieza: porque yo llamo empezar.....

—¡Oh! sí, sí entiendo.

— ¡*C' est drôle*! ¡*C' est drôle*! repetia mi francés.

—Ahí verá V., repetia yo, entre qué gentes estamos.

# LOS CALAVERAS.

## ARTÍCULO PRIMERO.

Es cosa que daria qué hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el orígen de la voz *calavera* en su acepcion figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designacion del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepcion picaresca es de uso moderno. La especie, sin embargo, de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibíades era el *calavera* más perfecto de Aténas; el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar no hizo en eso más que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto;

César, marido de todas las mujeres de Roma, hubiera pasado en el dia por un excelente *calavera*; Marco Antonio, echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podia ser más que un *calavera*; en una palabra, la suerte de más de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*.

Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se veria probada aquella verdad, y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarian una clave de muy verosímil, y sencilla explicacion en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por más mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relacion puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*.

¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error.

Áun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para pocas cosas se necesita más talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehuso esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así sólo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defiendo se harán cargo de lo difícil que me seria darme á entender valiéndome, para designarlos, de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerian, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendria á ser inútil la descripcion que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, más ó ménos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creido en alguna mujer, quién no se ha dado malos ratos algun dia por ella, quién no ha presta-

do dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa, en fin?....

Todos los somos; pero así como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los más, así sólo se llama *calaveras* á aquéllos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas, empero, un tipo comun de donde parten, y en rigor sólo dos son las calidades esenciales que determinan su sér, y que las reunen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.º El *calavera* debe tener por base de su sér lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los más; entiéndase esto bien; *talento natural*, es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, ó de extensa instruccion, sería lastre demasiado pesado que se opondria á esa ligereza, que es una de sus más amables cualidades.

2.º El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprension*. No se

interprete esto tampoco en mal sentido. To do lo contrario. Esta *poca aprension* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, más para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinion, saliendo de él más depurados. Es un espectáculo cuyo telon está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y adios teatro. Sabido es que con mucha aprension no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprension*, son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da *calavera*.

Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamás.

Sería tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educacion ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversacion va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á

su existencia; la querida, que es manola, condicion *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quítame allá esas pajas le da honrosa supultura en un cuerpo humano.

Sus manos siempre están ocupadas: ó empaqueta el cigarro, ó saca la navaja ó tercia la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo.

Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí.

¡Ay del que mire á su Dulcinea!

¡Ay del que le tropiece!

Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, más le valiera no haber nacido.

Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se perece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*: así es que éste le ve con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da á mí*, en *qué se me da á mí*, pára en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladron en su condicion generosa: da y no recibe; puede ser homicida, y nunca asesino.

Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilizacion, y su cuna, su edad,

su educacion, su profesion, su dinero le subdividen despues en diversas castas.

Las principales son las siguientes.

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo más diez y ocho.

Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa.

Miéntras que sus compañeros más laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer balitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro.

A pesar de eso, el dia del exámen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetía con osadía las cuatro voces tercas que habia recogido aquí y allí, y se llevaba el premio.

Su carácter resuelto ejercia predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos.

Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servia de blanco ó de pelota, se distinguia de los demás sombreros como él de los demás jóvenes.

En canarval era el que ponia las mazas á todo el mundo, y áun las manos encima si tenia la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacía pasar á otro por el culpable, ó sufria en el último caso la pena con valor,

y riéndose todavía del feliz éxito de su travesura.

Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser a go en el mundo, comienza á descubrir desde su más tierna edad el gérmen que encierra.

El número de sus hazañas era infinito.

Un maestro habia perdido unos anteojos, que se habian encontrado en su faltriquera: el rapé de otro habia pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrian bufando los corredores con gran risa de los más juiciosos; la peluca del maestro de matemáticas habia quedado un dia enganchada en un sillon, al levantarse el pobre Euclídes, con notable perturbacion de un problema que estaba por resolver.

Aquel dia no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro habia volado; y como sus padres se convencieron de que no habia forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle.

De aquí fecha la libertad del *lampiño*.

Es el más pesado, el más incómodo: careciendo todavía de barba y de reputacion, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar

la pública atencion, privado él de medios, le es forzoso afectarlos.

Es risa oirle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro, sacar el reloj como si tuviera que hacer: contar todas sus acciones del dia como si pudieran importarle á álguien, pero con despejo, con soltura con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenía una cita: á las diez se vino á encargar el billete para la ópera, porque hoy daria cien onzas por un billete; no puede faltar.

¡Estas mujeres le hacen á uno hacer tantos disparates!

A media mañana se fué al billar; aunque hijo de familia, no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que más suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobremanera.

El billar es su elemento; los intervalos que le deja libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mujeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazon femenino.

A veces el *calavera-lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de véras, mejor; entónces está de enhorabuena.

Empieza asimismo á fumar, es más cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste.

Va por la calle deseando que álguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entónces está comprometido, y hay de fijo un desafio; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-lampiño.*

Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los jefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una charretera, y si se encuentra, ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temeron,* que es el gran *calavera.*

Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma más de lo que hubiéramos querido, y de aquello que para un periódico convendria: ¡tan fecunda es la materia!

Por tanto, nuestros lectores nos concederán algun ligero descanso, y remitirán al

número siguiente su curiosidad si alguna tienen.

## ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSION.

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temeron.*

Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entónces es paisano: pero no existe entre uno y otro más que la diferencia del uniforme.

Verdad es que es muy esencial, y más importante de lo que parece; el uniforme ya es la mitad.

Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella.

Pero por un contraste singular el *calavera-temeron*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este traje es uniforme en él.

Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce

Otras veces el *calavera* se coloca en el confin de la acera, y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso á su camino.

Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él, y le da un pisoton; el otro entónces le dice; *perdone usted*: y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos.—Pepe exclama: *¿cuándo has vuelto? ¡Sí, tú eres!*—Y lo mira: el hombre, todo aturdido, duda si es un conocido antiguo..... y tartamudea..... Fingiendo entónces la mayor sorpresa: ¡Ah! usted perdone, dice retirándose el *calavera*: creí que era usted un amigo mio.....—No hay de qué.—Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa más parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma á la ventanilla.—¿Quién es?—Dígame usted, pregunta el *calavera*, ¿tendria usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera*

asirle de las narices al traves de la rejilla, diciéndole:—Retirese usted; la noche está muy fresca; y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta.—¿Quién? pregunta de allí á un rato un hombre que sale al balcon medio desnudo.—Nada, contesta: soy yo, á quien no conoce, que no queria irme á mi casa sin darle á usted las buenas noches.—¡Bribon! ¡insolente! si bajo.....—A ver cómo baja usted: baje usted: usted perderia más; figúrese usted dónde estaré yo cuando usted llegue á la calle. Con que buenas noches: sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto el *calavera* cria á su alrededor constantemente una pequeña córte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: éstos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire más decido, el sombrero más ladeado, la corbata más *negligé*: sus hazañas son más sérias; éste es aquel que se reune en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el cam-

morato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía ó el crímen más hediondos.

Vale más ser cura carlista de buena fe.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes.

No necesitamos describirla ni dar razones de nuestro fallo.

Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue á las bellas, y se roza entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin órden, sin casa, sin método..... el jóven, al fin, tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas, el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza supultar en su ruina la planta inocente que nace á sus piés: sin embargo, éste es el único á quien cuadraria el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *mujer-calavera*.

La mujer con *poca aprension*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto la hermosea; cesa de ser mujer para ser hombre; es la confusion de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza: ¿qué deja para nosotros? La mujer reprimiendo sus pasiones,

puede ser desgraciada, pero no es lícito ser *calavera*.

Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Despues del *calavera-temeron* hablaremos del *seudo-calavera*.

Éste es aquél que sin viveza y sin valor verdadero, es esfuerza para pasar por *calavera*: es género bastardo, y pudiérasele llamar, por lo pesado y lo enfadoso, el *calavera-mosca Rien n' est beau que le vrai*, encierra toda la crítica de esa apócrifa casta.

Dejando, por fin, á un lado otras várias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro con un ligero bosquejo de la más delicada y exquisita, es decir del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilizacion, el emblema del siglo XIX.

Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introducion en ella, ha recibido una educacion esmerada; dibuja con primor y toca un instrumento; filarmónico nato dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre la más graciosa ó la más sentimental: más de una mala cantatriz le es deudora de su boga: se rie de los actores

españoles y acaudilla las silbas contra el verso: sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia: por el sonido se le encuentra: reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso más crítico, y del cual se va temprano: reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* á asestar su doble anteojo á la vanda opuesta.

Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temeron*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa.

Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pié: habla el francés, el inglés y el italiano: saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres: sabe casi de memoria á Paul de Kock, ha leido á Walter Scot, á D'Arlincourt, á Coeper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-le-Brun, mienta á Ariosto y habla con desenfado de los Poetas y del teatro.

Baila bien y baila siempre.

Cuenta anécdoctas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa y tiene *salidas*.

Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*.

Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales: en los casos en que

él se ha visto, sólo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello.

Cuando ha dicho una gracia tiene el singular tino de marcharse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresion es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él: ¡*Qué cabeza*! ¡*es mucho fulano*!

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; peró de él es de quien se dice: ¡*Cosas de fulano*! y el hombre que llega á tener *cosas*, es indefendiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una mujer, cuando otro es insolente, él es sólo atrevido, amable; las bellas que se enfadarian con otro, se contentan con decirle á él: *¡No sea usted loco! ¡Qué calavera! ¿Cuándo ha de sentar us'ed la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿ cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser más loco todavía.

Dichoso aquél á quien llaman las mujeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el Cupido de las demás, *l'enfant gaté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad; trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos; mariposa ligera, vuela de flor en flor. Tiene algun amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, sólo toma su valor de su curso y circulacion, y por consiguiente no se adhiere á una mujer sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podria hacer de ella? El estancarse sería perecer; se creeria falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algun escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una mujer arruinada por él, es un mérito contraido para con las demás.

El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mujeres: por el contrario, las mujeres son las víctimas del *calavera*.

Dígasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de éste es la edad misma, una posicion social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras.

Semejante entónces al sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que vengan en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces con crecidos intereses, las letras que él contra sus antecesores girara.

Sólo una observacion general haremos ántes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*.

Nos parece que éstas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente, á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* de *genio*, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre.

Supóngase que Cristóbal Colon perece víctima del furor de su gente ántes de encontrar el Nuevo Mundo, y que Napoleon es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecia: la intentona de aquél y la insubordinacion de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido más que dos *calaveras*.

Por el contrario, en el dia están sentados en el gran libro como dos *grandes hombres: dos genios.*

Tal es el modo de juzgar de los hombres sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla.

Y ¿por qué?.....Porque tal es la *opinion pública.*

# YO QUIERO SER CÓMICO

**Anché io son pittore.**

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no ha muchos dias tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillon, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones eligiria para un artículo que me correspondia ingerir aquel dia en la Revista.

Queria yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocia toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás.

No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque miéntras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendenc as por una sátira más ó ménos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogeria por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un jóven que me queria hablar indispensablemente.

Pasó adelante el jóven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él, y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa.

—¿Es usted el redactor llamado Fígaro?

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo á pedirle un favór..... ¡Cómc me gustan sus artículos de usted!

—Es claro..... Si usted me necesita.....

—Un favor de que depende mi vida acaso..... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto..... siendo el favor de tanto interés para usted.....

—Yo soy un jóven.....

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro.....

—¿Al teatro?

—Si, señor..... como el teatro está cerrado ahora.....

—Es la mejor ocasion.

—Como estamos en Cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearia que usted me recomendase.....

—¡Bravo empeño!—¿A quién?

—Al ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el ayuntamiento?

—Es decir, á la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré á usted.....segun algunos, esto no se sabe..... pero..... para cuando se sepa.

—En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene.....

—Sin embargo, como yo quiero ser comico.....

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor.....

—Por eso: yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pié en una corporacion.

—Ya le entiendo á usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

— Lo que usted ve.....para hablar, las gentes me entienden.....

—Pero la gramática, y la propiedad, y.....

—No, señor, no.

—Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latin, y habrá estudiado humanidades, bellas letras.....

—Perdone usted.....

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

— Perdone usted, señor. Nada, nada ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leido una sola línea de eso, ni he oido hablar tampoco..... mire usted.....

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectacion todas las letras de una palabra, y decir unas veces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferiencia* por *diferencia*, *háyamos* por *ha-*

*yamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caractéres históricos.....

—Nada, nada, no, señor.

—Perfectamente.

—Le diré á usted.....en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre á la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; segun..... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más maderno ó del dia, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacon y media en los padres.

—¡Ah! ¡ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galan ó á la dama, segun el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter historico?

—Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle á uno... además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros.....

—¡Ah! ya.....usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no.....

—No es gran cosa; pero eso no es esencial.

—¿Y de educacion, de modales y usos de sociedad, á qué altura se halla usted?

—Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administracion; me echaron por holgazan, y me quiero meter cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer.....

—Y tiene usted razon.

—Todo lo hace el apunte, y.....por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté á ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazon humano.

—Escasamente.

—¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros y mandaré con mucho imperio.....

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicacion, mandan poco y sin dar gritos.....

—Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa!

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo; si hago un papel de Juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi baston de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas.....

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.....

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos..... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de piés y lengua, vueltas rápidas y habla ligera..... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático ó descoyuntado; y aun-

que el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intencion marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «allá va esto para ustedes.»

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que esta la reservo para las grandes solemnidades. Pero áun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequin.....

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes monólogos, gracias á parlamentos de intencion ó lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y áun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apun-

tador. Si se descuida se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relacion del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oir á un mismo tiempo dos ejemplares en un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relacion se dice cualquier tontería, y el público se la rie. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

—Ya sé ¡ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más comun que añadir.....

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! en comedias caseras. He alborotado con el García y el Delincuente Honrado.

—No más, no más; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa

lo que es, ó por el verso mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresaliente? ¿sabrá usted decir de los periodistas de quién son ellos para?.....

—Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los dias. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comian los hombres bellotas y pacian á su libertad por los bosques, sin la distincion del tuyo y del mio. Usted será cómico ,en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

FIN.

# ÍNDICE


| | Páginas. |
|---|---|
| Cartas á Andrés Niporesas, por el bachiller D. Juan Perez Munguía. | 5 |
| Cartas de Andres Niporesas al Bachiller. . . . . | 33 |
| Empeños y desempeños. . . . . | 53 |
| El casarse pronto y mal. . . . . | 67 |
| El castellano viejo . . . . . | 80 |
| Vuelva Vd. mañana . . . . . | 97 |
| El mundo todo es máscaras; todo el año es carnaval. . . . . | 113 |
| La polémica literaria. . . . . | 133 |
| ¿Entre qué gentes estamos?. . . | 143 |
| Los calaveras. . . . . | 155 |
| Yo quiero ser cómico. . . . . | 179 |

# BIBLIOTECA UNIVERSAL

MADRID
Imp., lit. y est. de LA BIBLIOTECA UNIVERSAL
Calle Fuencarral, 137.
1884

# MODOS DE VIVIR

## QUE NO DAN DE VIVIR

### OFICIOS MENUDOS

---

Considerando detenidamente la construccion moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas ó carerras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás; los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles; los militares, que venden la suya con la expresa condicion de matar á los otros; los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones á valores de bolsa: los nacidos propietarios, que viven de heredar; los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc.; y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su número en los pueblos grandes

su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga más familia—; el que vende *alpiste* para *canarios*, el que pregona *pajuelas*, etc., etcétera.

Pero entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la trapera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre á la madrugada, y áun más comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La trapera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante tambien á la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así á los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atencion á que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decia, sacando de cada parte sólo el jugo que necesita. Repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas: registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto á muchas personas de más decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es, en realidad, su sexto dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entónces, por un sentimiento simultáneo, por una relacion simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su

gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La trapera, por tanto, con otra educacion sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: hé ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargad el gancho, hacedlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene á llamar á todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita á la meditacion, á la contemplacion de la muerte, de que es viva imágen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar á la trapera con la muerte: en ella vienen á nivelarse todas lasjerarquías: en su cesto vienen á ser iguales como en el sepulcro Cervántes y Avellaneda: allí, como en un cementerio, vienen á colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda: allí se reunen por única vez las poesías, releidas, de Quintana, y las ilegibles de A.***: allí se sondea Calderon y C.***: allá van juntos Moratin y B.*** La trapera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas reguaque turres*. Ambas echan tierra sobre el hombre

le puso el gancho en la mano, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana.

¡Ay! ¡infeliz de la que nace hermosa!

Llena, por consiguiente, de recuerdos de grandeza, la trapera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor á los trapos, no es á los de la trapera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Vez aquel amante, que cuenta diez veces al dia y otras tantas á la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él: ni un favor, ni una distincion, alguna mirada de cuando en cuando..... algun..... nada. Pero ni una contestacion de su letra á sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daria la vida por un harapo de su señora.

¡Ha! ¡mundo de dlor y de trastrueques! La trapera es más feliz. ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo!!! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera: por fin, sale, y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato! esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos á su misma vista,

el pelo que le sobró á Amelia del peinado aquella mañana, una apuntacion antigua de la ropa dada á la lavandera, todo de su letra (la cosa más tierna del mundo), y una gola de linon hecha pedazos..... ¡Una gola!!! Y acaso el borrador de algun billete escrito á otro amante.

Alcánzala, busca; el corazon te dirá cuáles son los afectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo á suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la trapera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa así nuestra felicidad á nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripcion á la trapera entre todos los demás menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, é íntimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera, es indudablemente, el del *zapatero de viejo*.

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavacion subterránea, las más veces sin luz ni pavimento. Al rayar el alba, fabrica, en un abrir y cerrar de ojos, su taller en un ángulo (si no es lúnes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banqueta, una vasija de

barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra más pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menaje*; el cajon de las leznas á un lado, su delantal de cuero, un calzon de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Ántes de extender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado á la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada; cualquiera al verla creeria que quiere decir: «*aquí se estropean botas.*»

No puede establecerse en un portal sin prévio permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazon tan duro para negarse á sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente; la del segundo, en vista de esa primera proteccion, no quiere chocar con la señora condesa: los demás inquilinos no son siquiera consultados. Así es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero, al cabo, el encono pasa; sobre todo, considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero, á lo ménos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra á la casa como un alga á las rocas; es tan inherente á ella como un balcon ó una puerta; pero se parece á la hiedra y á la mujer: abraza

para destruir. Es la víbora abrigada en el pecho; es el raton dentro del queso. Por ejemplo: canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora á que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola ó acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla ó alguna puerta con tiento cuando sube tal ó cual caballero: ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinacion del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicoleos á toda criada que sale y entra, y se granjea, por tanto, su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el anteojo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado ó criada que va á un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y á qué hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va á la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen

hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie escapa. Para darle más extension, es siempre casado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistenta*; es conocida por tal en el barrio. ¿Se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama á la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa á lavar, á coser, á planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La mujer del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reunen y hacen fondo comun de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él, sobre cualquier friolera, la pega una paliza, y hasta el dia siguiente. Esto necesita explicacion: los cortesanos, en general, no se embriagan más que el domingo y el lúnes, algun dia entre semana, las pascuas, los dias de santificar, y por este estilo; el zapatero de viejo es el único que se embiaga todos los dias. Esta es la clave de la paliza diaria: el vino que en otros se sube á la cabeza, en el zapatero de viejo se sube á las espaldas de la mujer, es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos, que enredan en el portal, ó sirven de pequeños nudos á la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, mujer, hermana ó acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *observe usted quién entra y quién sale de mi casa.* A la vuelta ya sabe quién debe sólo decir que ha estado, *ó habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento.....* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que, sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolucion, despreocupado, superior á las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente á dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galan no puede entrar en la casa, y es preciso que álguien entregue las cartas; el zapatero es hombre de bien, y por tanto no hay inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede..... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte los acreedores y los que persiguen á su mujer de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega, ó si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazon tan firme para no aficionarse sino á los que más pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí á poco sale de la taberna de enfrente,

# EN ESTE PAIS

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas, que nacen en buen hora y que se derraman por toda una nacion, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caida de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oidos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escena y en cambio de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico, un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin intenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la

muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolucion.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago que son, perderse en lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase, empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; éstas sirven en las revoluciones á lisonjear á los partidos y á humillar á los caidos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condicion del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo, se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padron de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores; los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

*En este país*..... esta es la frase que todos repetimos á porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos, ¡en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla *¡cosas de este país!* que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nacion? No creo que pueda ser éste su orígen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarian realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginacion ó de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razon de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusion de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresion. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca á una transicion, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavia el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que á una jóven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazon, sin embargo, ó la naturaleza, por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo gérmen y cuyos medios de satisfaccion tiene en sí misma, si bien lo desconoce toda-

vía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivia, y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco ántes el encanto de su ignorante existencia.

Este es, acaso, nuestro estado, y éste, á nuestro entender, el orígen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos, para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos á otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y áun nuestra ánsia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que, teniendo apetito, desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará ó no se verificará más tarde. Sustituyamos sabiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razon en decir á propósito de todo: *¡Cosas de este país!*

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de

don Periquito, ese petulante jóven, cuya instuccion está reducida al poco latin que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustracion que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salon del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué, no ha mucho tiempo, objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitacion mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desórden, de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

—Este cuarto está hecho una leonera—me dijo; —¿Qué quiere usted? en este país.....—Y quedó muy satisfecho de la excusa que á su natural descuido habia encontrado.

Empeñóse en que habia de almorzar con él, y no pude resistir á sus instancias; un mal almuerzo, mal servido, reclamaba indispensablemente algun nuevo achaque, y no tardó en decirme:—Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo á nadie; hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate

Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente *beefsteak* con todos los adherentes de un almuerzo á la *fourchette*; y que en París los que pagan ocho ó diez reales por un *appartement garni*, ó una mezquina habitacion en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.

Mi amigo Periquito es hombre pesado, como los hay en todos los países, y me instó á que pasase el dia con él; y yo, que habia empezado ya á estudiar sobre aquella máquina como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente, á pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que habia tenido más empeños que él.—¡Cosas de España!—me salió diciendo al referirme su desgracia.—Ciertamente—le respondí sonriéndome de su injusticia—porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendia habia sido dado á un hombre de más luces que él.—¡Cosas de España!—me repitió.

Sí, porque en otras partes colocan á los necios, dije yo para mí.

Llevóme en seguida á una librería, despues de haberme confesado que habia publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habian vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: «ni uno».

¿Lo ve V., Fígaro? me dijo ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente, le contesté yo, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

Desengáñese usted: en este país no se lee, prosiguió diciendo.—Y usted, que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos? le pregunté, sin embargo.

—No, señor; en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese *Diario de los Debates*, ese *Times!!!*

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto á periódicos, buenos ó malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas

que hermosean contínuamente este país, y clamaba: ¡qué basura! en este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pié torpemente en un charco. «¡No hay limpieza en España!» exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo.—¡Ah! ¡país de ladrones! vociferaba indignado. Porque en Lóndres no se roba; en Lóndres, donde en la calle acometen los malhechores á la mitad de un dia de niebla á los transeuntes.

Nos pedia limosna un pobre.—¡En este país no hay más que miseria! exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro, y —¡oh qué horror! decia mi don Periquito con compasion, sin haberlos visto mejores en su vida: ¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café.—No entremos. ¡Qué cafés los de este país! gritaba.

¡Se hablaba de viajes.—¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede viajar! ¡qué posadas! ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezon de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos

á mirar atrás, ó no preguntan á sus papás acerca del tiempo que no está tan distante de nosotros, en que no se conocia en la córte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no habia más camino en España que el del cielo; en que no existian más posadas que las descritas por Moratin en el *Sí de las Niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo Pródigo, ó las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrian más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartian á naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar á tragos la representacion de las comedias de figuron y dramas de Comella; en que no se conocian más óperas que el Malboroug (ó Mambrú, como dice el vulgo), cantado á la guitarra; en que no se leia más periódico que el *Diario de Avisos*, y en fin..... en que.....

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelven á mirar atrás porque habrian de poner un término á su maledicencia, y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos, sin embargo, de explicar nuestra idea claramente, mas que á los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence,

# EL HOMBRE-GLOBO

La física ha clasificado los cuerpos, segun el estado en que los pone el mayor ó menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos y gaseosos. Así el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez, y gas en el de la ebullicion. Es ley general de los cuerpos la gravedad ó la atraccion que ejerce sobre ellos el centro comun; es natural que esta atraccion se ejerza más fuertemente en los que reunen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen; que éstos, por consiguiente, tengan más gravedad específica, y ocupen el puesto más inmediato al centro. Así es que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un rio: un gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en contínuo movimiento para obedecer á la ley que le obli-

ga á buscar el puesto, variable, que corresponde al grado de intensidad que adquiere ó que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae; este mismo cuerpo puesto al fuego, se dilata, y cuando se evapora y se gasifica, sube.

No trato de instalar un curso de física; lo uno, porque dudo si tengo la bastante para mí, y lo otro, porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella más que yo; no hago más que sentar una base de donde partir.

Igual clasificacion á esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer en los hombres en particular. Probaremos.

Hay hombres sólidos, líquidos y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Sólo el contacto de la tierra puede sostener su vida; es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raíz*, el *hombre-patata*: arrancado el terron que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensacion, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita extraordinariamente; empuja casi hácia abajo el suelo que le sostiene; está con él en contínua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes á la legua: su frente

achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio peso le abruma, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, ajena de él, le conmueve, produce un són confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él tambien tiene su alma particular; es su grado de calórico, pero tan poca cosa, que no desprende luz; es un fuego fátuo entre otros fuegos fátuos, sirve para confundirle y extraviarle más; el *hombre-sólido*, por lo tanto, en religion, en política, en todo, no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamás se encenderá: falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra: es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demás cuerpos, á los cuales impide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene á los demás que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto, en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sóli-*

*dos* no habria tiranos; y como aquéllos son eternos, éstos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, á quien se fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entónces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdria llamar ojos de la tierra á las grietas que produce un volcan. Ni más ni ménos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empellon; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace, yo creo que al nacer no hace más que variar de forma); del café donde le pusieron á servir sorbetes; del callejon donde limpia botas; del buque donde carga las velas ó les toma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares; de la esquina donde carga baules; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento adherido siempre á los demas instrumentos.

El *hombre-líquido* fluye, corre, varia de posicion; vuela á ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico; serpentea de contínuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolucion, él es el empujado; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente

que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo, aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni si hace, al correr, daño ó provecho, así el *hombre-líquido*, al moverse, no es más que un instrumento ménos imperfecto, que subleva instrumentos más ignorantes; pero lleno ya de pretensiones, mete ruido, desafia al cielo, enuncia una voz, produce eco. Esta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto; la piedra no suena sino cuando la impelen á rodar; el agua murmura sólo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así tambien, va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo; el golpe dado ya en el líquido encuentra resistencia, produce hondas, imprime movimiento. Hé aquí otra observacion. El golpe dado al pueblo simplemente es sólo perjudicial para él: el que se da en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre-líquido* tiene un alma ménos compacta, y en ella más grados de calórico, pero alma de imitacion; como todo líquido, remeda al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porcion toma la que puede. El *hombre-líquido* es la clase media; le conocerán ustedes tambien al momento; su movimiento contínuo le delata; pasa de un empleo á otro,

va á ocupar los vacíos de las vacantes; hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la córte; pero, por fin, como todo líquido, encuentra el mar, donde se para y se encarcela; no le es dado correr más. Hoy es arroyo, mañana rio caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer; rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve á caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-líquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo, al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formacion de la tercera se neceeita un grado altísimo de calórico, hay regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

Hé aquí nuestra desgracia; siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado á adquirir la competente dilatacion, se alza por sí solo donde quiera que está, y se sobrepone á ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos hasta llegar á la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculos para él, porque si pudiera haberlos, rompería, como el vapor, la caldera, y escaparia. Ponedle en una aldea; él vencerá la distancia y llega-

rá á la capital; tirará el arado, pondrá un pié en el *hombre-sólido*, otro en el *líquido*, y una vez arriba: «*Yo mando*, exclamará, *no obedezco*.» Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este principio general de física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* á primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapon de una botella de Champagne. Pero para dar al gas una forma no hay más medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, más natural que el que demos á esta especie el nombre de *hombre-globo*: sólo así podemos hacerle perceptible á nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos, desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la direccion, emprendido y malogrado últimamente en París: todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente más ligeros que otros; pero no todos se habrán parado á considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro país de la perfeccion de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podia elevarse el *hombre-globo* entre nosotros era sumamente limi-

tada: los que más se habian podido separar del suelo habian hecho consistir todo su esfuerzo en llegar á los escalones del trono, y si un *hombre-globo* llegaba á ser entonces ministro, habia hecho toda la ascension que se podia de él esperar: uno solo conocieron nuestros físicos más experimentados que consiguió remontarse en aquella época hasta las más altas cornisas del coronamiento del real palacio; pero, sea por falta de direccion una vez en el aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas, una ráfaga violenta bastó para romper el globo, y el aire se lo llevó hasta caer, todo agujereado, á orillas del Tíber, donde yace todavía mal parado: culpa acaso tambien de no haber hecho uso del para-caidas, aunque, como dice muy bien don Simplicio de Bobadilla, *para-caidas* no hay *como un globo roto*.

Pero cuando posteriormenie se han visto en casi todos los países elevarse muchos á alturas desmesuradas y mantenerse más ó ménos tiempo en ellas, no se concibe nuestra casi total ausencia de *hombres-globos* que se elevan verdaderamente, sino atribuyéndolo á desgracia del país mismo. Los Estadas-Unidos tuvieron un *hombre-globo* que subió cuanto pudo, y manejando diestramente su válvula, descendió cómo y cuando le plugo; de Francia hicieron mil su ascension, que están todavía en altura, haciendo la admiracion de los espectadores; la Suecia mira uno en su pináculo to-

davía; y si el mayor de todos fué á parar hasta Santa Elena, es preciso confesar que hay descensos gloriosos, como retiradas honrosas.

Ahora bien, observemos al *hombre-globo* en nuestro país. El año 8 empezaron á quererse henchir multitud de mongolfieras; pero estábamos indudablemente al principio de la invencion, y no debieron de tener gas mejor que el humo de paja, porque los unos dieron al traste con su globo en el estrecho, los otros quisieron sostenerse en tierra firme, pero han ido poco á poco deshinchándose, y una ráfaga ha acabado con unos, otra con otros.

El año 30 quisieron repetir el experimento; pero, por lo visto, no habian aprendido nada nuevo: no contaron nuestros *hombres-globos* con el aire del Norte, que los envolvió, pegó fuego á unos que cayeron miserablemente donde pudieron, y arrebató á otros á caer de golpe y porrazo en países remotos y extranjeros. Raro fué el que cayó suavemente. Pero adelanto positivo para la ciencia do hubo ninguno.

Hé aquí, sin embargo, á nuestros *hombres-globos* probando de nuevo otra ascension; pero escarmentados ya nuestros antiguos y derretidos Icaros, tienen miedo hasta el gas que los ha de levantar: y, en una palabra, nosotros no vemos que suban más alto que subió Rozzo. Para nosotros todos son Rozzos.

Vean ustedes, sin embargo, al *hombre-*

*globo* con todos sus caractéres. ¡Que ruido ántes! *¡La ascension! Va á subir. ¡Ahora, ahora sí va á subir!* Grama fama, gran prestigio. Se les arma el globo; se les confia: ved cómo se hinchan. ¿Quién dudará de su suficiencia? Pero casi todos nuestros globos, mientras están abajo, entre nosotros, asombra su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; á la altura apénas de palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre-globo* no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y, por supuesto, en llegando arriba, no hay direccion, ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar direccion á este globo!

Entre tanto el *hombre-globo* hace unos cuantos esfuerzos en el aire, un viento le lleva aquí, otro allá, descarga lastre..... ¡inútiles afanes! al fin viene al suelo: sólo observa que están ya más duchos en el uso del para-caidas: todos caen blandamente, y no léjos: los que no se apartan van á caer al Buen-Retiro.

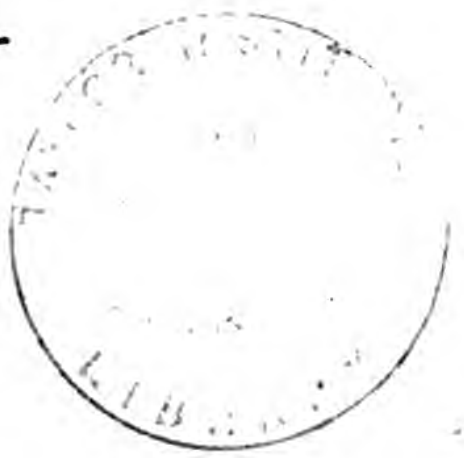
Pero, señor, me dirán, ¿y ha de ser siempre esto así? ¿No les basta á esos hombres de experiencias? ¿Serán ellos los últimos que se desengañen de sí mismos?

Hé ahí una respuesta que yo no sabré dar. Yo no veo la ciencia desesperada, creo que acaso habrá por ahí escondidos otros *hombres-globos*; pero si los hay, ¿por qué no obedecen á las leyes de la naturaleza?

Si su gas tiene más intensidad, ¿cómo no se elevan por sí solos, cómo no se sobreponen á los otros?

Esta investigacion me conduciria muy léjos. Mi objeto no ha sido más que pintar el *hombre-globo* de nuestro país· un artículo de física no puede ser largo: si fuera de política sería otra cosa. Haré mí última deduccion, y concluiré: los Rozzos que hasta ahora han hecho pinitos á nuestra vista, parece que ya se han elevado cuanto elevarse pueden. ¡Otros al puesto, experimentos nuevos! Si por el camino trillado nada se ha hecho, camino nuevo.

Esto la razon sola lo indica. Si hay un *hombre-globo*, que salga, y le daremos las gracias; mas cuenta con engañarse en sus fuerzas: recuerde que primero hay que subir, y luego hay que dar direccion: y, como dice Quevedo: «*ascender á rodar es desatino; y el que desciende de la cumbre, atajа*»; observe que puede sucederle lo que á los demás, que conforme se vaya elevando se vaya viendo más pequeño. Si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejemos el *para-caidas*.



# UN REO DE MUERTE

Cuando una incomprensible comezon de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco á los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de murmuracion, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas seudo-filantrópicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro, á esa muchedumbre en contínuo movimiento, á esa sociedad donde sin ensayo ni prévio anuncio de carteles y donde á veces hasta de balde y en balde se presentan tantos y tan distintos papeles,

Descendí á ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquél: porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caida y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crímen entronizado á veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al ménos: *aquello es falso*; *es pura invencion*; *es un cuento forjado para divertirnos;* y en el mundo es todo lo contrario, la imaginacion más acalorada no llegará nunca á abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse á acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirle; allí se le va á ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupacion es un rey; cada hombre un tirano; y de su cadena no hay medio de librarse: cada individuo se constituye en eslabon de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros, sin embargo, peor el uno que el otro, vino á desalojarme una frase que lo ocupa todo. La política. ¿Quién hubiera leido un ligero bosquejo de nuestras costumbres, torpe y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando

en el gran telon de la política escenas, si no mejores, de un interes ciertamente más próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la faccion, y todos volvimos la cara á mirar de donde partia el tiro: en esta nueva representacion, semejante á la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta *multiplicarse al infinito*, vimos un faccioso primero, y luego vimos *un faccioso más*, y en pos de él poblarse de facciosos el telon. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome á una parte y otra, dí la cara á dos enemigos; al faccioso de fuera, y al justo medio, á la parsimonia de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo en cinta y dió á luz lo que habia mal engendrado; pero tras éste debian venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debia trastornar á su padre. Nació la censura, y héme aquí poco ménos que desalojado de mi última posicion. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento: respétole y le obedezco; hé aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano, es á saber, que no altere el órden: es bueno tener entendido que en política se llama *órden* á lo que existe, y que se llama *desórden* este mismo *órden* cuando le sucede otro *órden* distinto; por consiguiente, es perturbador el que se presenta á luchar contra el órden existente con menos fuerzas que él; el que

se presenta con más, pasa á *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*. Yo nunca alteraré el órden probablemente, porque nunca tendré la locura de creerme por mí solo más fuerte que él: en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para más adelante, porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona; pero al paso que no los escribiré, porque se toy persuadido de que me los habian de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia, al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre á mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones más avanzadas. Ahora bien, espero que despues de esta prévia inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle: digo esto, porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende más veces de su asunto y de la predisposicion feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado á esta sola, considérome débil y escribo todavía con más miedo que poco mérito, y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repeticion

diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente á considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que, en mi sentir, no debieran parecérnoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal cual manera porque de tal ó cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razon; pero esta es la gran dificultad que hay para hacer reformas: hé aquí por qué las leyes difícilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres: hé aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan: hé aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre á un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto; volvamos á él. Ese hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad, al aplicarla, no hace más que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanacer resuena por las calles del gran pueblo, y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo á un trozo de poesía romántica.

*Para hacer bien por el alma*
*Del que van á ajusticiar.*

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; ese grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del ser que va á morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel dia. No sabemos si algun reo de muerte habrá hecho esta singular observacion, pero debe ser horrible á sus oidos el último grito que ha de oir de la *coliflorera* que pasa atronando las calles á su lado.

Leida y notificada al reo la sentencia, la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religion se apodera de él como de una presa ya segura; la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales trascurren allí para él: gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad, sin embargo, se abre paso al traves del corazon en tan terrible momento; y es raro el reo que pasada la primera impresion, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trate de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre

hasta en el momento en que se niega entera á él, injusticia por cierto incomprensible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad, al exigir valor y serenidad en el reo de muerte, con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educacion; cada cual obedece á sus preocupaciones hasta en el momento de ir á desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educacion, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente á su instinto, á su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religion en sus primeros años, y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oidos, y pasa maquinalmente á sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazon á Dios, y éste es todo lo menos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado á medias, que ensordeció á la voz del deber y de la religion; pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la contínua afectacion de despreocupado en que vivió, y duda entónces y tiembla. Los que el mun-

do llama impíos y ateos, los que se han formado una religion acomodaticia, ó las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor; y en esos reos, en quienes una opinion es la preocupacion dominante, se han visto las muertes más serenas.

Llegada la hora fatal, entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales é irreligiosas, que momentos ántes componian juntamente con las preces de la religion el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmeute dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que, vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado, atado de piés y manos, sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente, es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del transito. Lss ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre. «¿Qué espera esa multitud? diria un extranjero que desconociese las costum-

bres. ¿Es un rey el que va á pasar, ese sér coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un dia solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosea esta nacion? —Nada de eso. Ese pueblo de hombres va á ver morir á un hombre.—¿Dónde va? —¿Quién es?—¡Pobrecillo!—Merecido lo tiene.—¡Ay! si va muerto ya.—¿Va sereno?—¡Qué entero va!

Hé aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que le situacion del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desórden: la otra mitad es obra de la tropa, que va á poner órden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo verem s una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace, por cierto, el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre á la plazuela de la Cebada, mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignacion y de desprecio. No quiero entrar en la cuestion, tan debatida, del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse á sí propia: siempre resultaria ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atrevería á rebatir ese? Pienso sólo en la sangre ino-

cente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un sér que, como el hombre, no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazon desnuda manifiesta que el reo es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir, indudablemente, que no hay idea positiva ni sublime que el hombe no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginacion, el reo ha llegado al patíbulo: en el dia no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo: esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los carneros de Casti, á quienes su amo proponia, no si debian morir, sino si debian morir cocidos ó asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que habia llegado el momento de la catástrofe: el que sólo habia robado acaso á la sociedad, iba á ser muerto por ella: la sociedad tambien da ciento por uno: si habia hecho mal matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos. El reo se sentó, por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj: las doce y diez minutos: el hombre vivia aún.... De allí á un momento, una lúgubre campanada de San

Millan, semejante al estruendo de las puertas de la eternidad, que se abrian, resonó por la plazuela, el hombre no existia ya: todavía no eran las doce y once minutos. —«La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»

su objeto castigar simplemente, como escarmentar; no se propone por fin destruir al criminal, sino el crímen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones; su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa, ¿qué derecho usa? El derecho del más fuerte. Apoderada del sospechado agresor, es fuerza, ántes de aplicarle la pena, verificar su agresion, convencerse á sí misma, y convencerlo á él. Para esto comienza por atentar á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detencion prévia es una contribucion corporal que todo ciudadano debe pagar cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligacion de aligerarla, de reducirla á los términos de indispensabilidad, porque, pasados éstos, comienza la detencion á ser un castigo; y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenacion. En el intervalo que trascurre desde la acusacion ó sospecha hasta la aseveracion del delito, la sociedad tiene, no derechos, pero necesidad de tener al acusado; y supuesto que impone esta contribucion corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente ó culpable La cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno ni privacion que no sea indispensable, ni mucho menos influir mo-

ralmente en la opinion del detenido.

De aquí la sagrada obligacion que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detencion, bien montadas y bien cuidadas, y la más sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los dias del mes de Marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvian las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crímen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de accion, devoraba la existeneia de los corrillos: el juego, nutricion de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, más que en ninguna parte en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos; el juego, símbolo de la solucion misteriosa y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve

la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos dias existiau en esa cárcel dos hombres: Ignacio Argumañes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad: y desde el momento en que aquella á que pertenecian parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del más fuerte sobre la frente del más débil. Hé aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que, olvidando la proteccion que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso, al sentar el pié en el patio de la cárcel, se ve insultado, acometido, robado por los seres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido exclama: «Éstoy fuera de la socie»dad; desde hoy *mi ley es mi fuerza, ó la* »*que yo me forje aquí.*» He aquí el resultado del desórden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su proteccion? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo las delitos cometidos dentro de aquel Argel, efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existian allí; dos barateros; dos seres que se creian con derecho á imponer leyes á los demás, y á re-

tirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, rey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesion; éste defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas, *¿quieres parte?* le dice, *pues gánala.* He aquí al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo, que confia su derecho á su brazo.

El dia va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve á la madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico, los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debia oir acabar la salve: un segundo trascurre apenas, y con el último acento del cántico llega á los piés del Altísimo el alma del un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo, antes de juzgarte, con esa cárcel inmunda que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato,

tus semejantes la conquisteis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y éntre en mi composicion el elemento popular: llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿No ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿No ves que me falta el alma, que es la inteligencia del sér, y que sólo puede resultar del complemento y armonía de lo que tengo y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo? ¿No ves que no soy la sociedad, sino un mónstruo de sociedad? Y ¿de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿No lo autorizas todo sufriéndolo todo?»

Y el baratero: «Porque no sé todavía que hago parte de tí, ¡oh sociedad! porque no comprendo.....»

Y la sociedad: «Pues date prisa á comprender y á saber quién eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa á dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.»

Y el baratero: «Mi dia llegará, ¡oh falsa sociedad! ¡oh sociedad incompleta y usurpadora! y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los mios, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán á leer. ¡Hágase, en el ínterin, la voluntad de la fuerza: ahorca á los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores á los señores que se baten

en duelo, y en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!»

Y el baratero debia morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se baten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley merece la pena; y ¡quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender; y como su dia no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad; y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

TAYLOR INST. OXFORD

# LA NOCHE-BUENA DE 1836

# YO Y MI CRIADO

---

## DELIRIO FILOSÓFICO

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diria que en dia 24 nací. Doce veces al año amanece, sin embargo, dia 24: soy supersticioso, porque el corazon del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razon creen los amantes, los casados y los pueblos á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un dia 24 bueno. El dia 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia; y á imitacion de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el dia 23 me prevengo para el siguiente dia de sufrimiento y de resignacion; y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no

romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra supersticion: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree..... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese, á lo ménos, oye la verdad?

El último dia 23 del año 1836 acababa ds espirar en la muestra de mi péndola; y, consecuente en mis principios supersticiosos, ya estada yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil, hasta que al fin, por la mañana, vino con paso de intervencion, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El dia anterior habia sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazon que el dia 24 habia de ser *dia de agua*. Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frias, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal, que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por mili-

ciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparacion exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusion. Ora volvia los ojos á los cristales de mi balcon: veíalos empañados y como llorosos por dentro; los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal. Así se empaña la vida, pensaba: así el frio exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre; así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazon. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos.....

Haré merced á mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado, aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo; al menos no está obligado á pensar; puede fumar, puede leer la *Gaceta!*

¡Las cuatro! ¡La comida! me dijo una voz de criado, una voz de entonacion servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é in-

voluntariamente iba á exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer;» porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer; ¡pero los criados de los filósofos! Una idea más luminosa me ocurrió: era dia de Navidad. Me acordé de que en sus famosaturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podian decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: esta noche me dirás la verdad. Saqué de mi gaveta unas monedas: tenian el busto de los monarcas de España. Cualquiera diria que eran retratos; sin embargo eran artículos de periódíco. Las miré con orgullo, y come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes. Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel sér que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional, sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocia su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y me planté en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco dias ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al

pueblo le han dicho: hoy es un aniversario: y el pueblo ha respondido: pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble. ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestion. ¡Miserable humanidad, destinada siempre á quedarse más acá ó á ir más allá!

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo, nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. ¡Sublime misterio!

¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos, dice, el hombre; no dice: reflexionemos. El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Par ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la Plaza, tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao; figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y estenuada: una mano seca y roida llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro en-

tero se dirigia á los bulliciosos liberale de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencion y la culpa; aquélla, agria y severa; ésta, indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traidos de distintas provincias para la colacion cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro: el telon se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representacion en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. Hé aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza. Ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al dia siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la baca-

nal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenacion en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los dias? Pero mi criado me espera en mi casa, como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé; y el asturiano ya no es un hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo: su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno: las manos se confundirian con los piés, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitacion de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á uno y á otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; tambien tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos; ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle

entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edicion hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del dia 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil; exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí. ¡Oiga! está ébrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondon á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bo canada de aire colada por la puerta al abri$^{r}$ me, cerró la de mi habitacion, y quedam$^{o}$s dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado á los piés de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera,

buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y raciocinó: Misterios más raros se han visto acreditados: los fabulístas hacen hablar á los animales; ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algun tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto, sin embargo, á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho. Tal me ha pasado; yo no escribo para los que dudan de mi veracidad. El que no quiera creerme puede doblar la hoja. Esto se ahorrará tal vez de fastidio; pero una sola voz salió de mi criado, y entre ella y la mia se estableció el siguiente dialogo:

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamacion. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á tí, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí? pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las no-

ches? ¿Por qué esa distraccion constante y esas palabas vagas é interrumpidas de que sorprendo todos los dias fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por que te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal, la justrcia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oido, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasion que su verdugo le ha propinado. ¡ Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado, y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazon. Tú acaso eres de esos criminales, y hay un acusador dentro de tí; y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oir al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de tí para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes, en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasion y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazon humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y ¡qué tormento no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harias reir á costa de un amigo, si amigos hubiera; y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillacion, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¡A mí quién me calumnia! ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastanse á cubrir mis necesidades; á tí te paga el mundo co-

cerraba la caja? En tanto la *Noche-buena* era pasada, y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguia llamando *Noche-buena*.

# ARTÍCULOS POLÍTICOS

# ARTÍCULOS POLÍTICOS

## LAS CIRCUNSTANCIAS

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la causa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza ó mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo-todo en las circunstancias, que, dice, le han traido á menos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos dias, cuando recibí una carta, que, por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna á este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pedem litterœ* á mis lectores. Decia así la carta:

«Señor Fígaro.—Muy señor mio: A usted, señor Figaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su experiencia, pues le imagino á usted, por sus escritos, hombre de esos que han vivido más de lo que les queda que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue á los humanos, y una desgracia en el mundo que se asemeja á la desgracia mia. Soy un ver-

algun favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieran las circunstancias. Víme solo en el mundo, y en ocasion en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las Córtes de Cádiz, recogiéndome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinacion de circunstancias, caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado, es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado á general, segun mis servicios, que á otros fajaron haciéndoselos muy flacos á la patria; pero era yerno de un diputado: quitáronme las charreteras, envolviéronme en la comun desgracia, y las circunstancias me llevaron á Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo no queria ir. Allí hice la vida de presidiario y de mal casado, que cualquiera de estos dos dogales por sí solo bastara para acabar con un hombre. Ya ve usted que yo no tenia la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien, contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigian entonces las circunstancias para prosperar, no sólo no me emplearon, sino que me cantaron el *trágala*. Irritéme: el cielo es testigo que yo no habia nacido para periodista; pero las circunstancias

me pusieron la pluma en la mano. Hice artículos contra aquel gobierno; y como entonces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí varias estocadas de unos cuantos aficionados que se andaban haciendo motines por las calles. Esta fué la corona de laurel que dieron las circunstancias á mi carrera literaria. Escapéme, y fuí á reunirme con los de la fé: dijéronme allí que las circunstancias no permitian admitir en las filas á un hombre que habia sido marido de la hija de un diputado de las Córtes de Cádiz; y no me ahorcaron por mucho favor.

»No pudiendo vivir como realista, fuíme á Francia, donde, en calidad de liberal, me colocaron en un depósito, con seis cuartos al dia. Vino, por fin, la amnistía, señor Fígaro. ¡Eh! gracias á una reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí; tengo talento; mis luces son conocidas; soy útil..... Pero ¡ay! señor Fígaro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos; las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegara hacerme visible para el poder, acaso lograria: sus intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ujieres que parapetan y defienden la llegada á los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay

tantos que niegan por negar!—Cien memoriales he dado; otras tantas espaldas he visto.—«Deje usted; veremos si estas circunstancias se fijan», me dicen los unos.—«Espere usted, me responden los otros: ¡hay tantos pretendientes en estas circunstancias!»—Pero, señor, replico yo, tambien es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

»Esta es, señor Fígaro, mi posicion: ó yo no entiendo las circunstancias, ó soy el hombre más desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debia haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre ajeno de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced á las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias.=De usted, señor Fígaro.=Eduardo de Priestley, ó el hombre de circunstancias »

No puedo menos de contestar al señor de Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio; si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias, en no saber que mientras haya hombres, la verdadera circunstancia es intrigar, estar bien emparentado, lucir más de lo que se tiene, mentir más de lo que se sabe, calumniar al que

no puede responder, abusar de la buena fe, escribir en favor y no en contra del que manda, tener una opinion muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinion que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres, mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos, cultivar la amistad de las bellas, cono terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes afuera, y eso de las cosas que puedan servir.....

Pero, Santo Dios, gritará un rígido moralista. ¡Qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios!!!—Fígaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Fígaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmendar, ni á variar el corazon humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen á los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen á su placer, ó, tomándolas como vienen, sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son, por consiguiente, las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las más veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

# LAS PALABRAS

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan: un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto á lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Bufon y Valmont de Vaumare, me dijesen qué animal, por animal que sea, habla y escucha. Hé aquí precisamente la razon de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista: y hé aquí precisamente la de su inferioridad, segun pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted á un leon devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al leon), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse á la fiera sobre la inocente

# CARTAS DE FÍGARO
## Á
# UN BACHILLER SU CORRESPONSAL

---

### PRIMERA.

Ya no sé si se acordarán todos los suscritores de nuestro decano periódico de aquel Fígaro condenado á provocar su sonrisa eternamente, tenga él ó no humor de divertirse á sí ó á los demás. Pero sí puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado más de nosotros que nuestra ilustrada junta sanitaria de surtir de medicinas á Madrid. Al menos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos durante tan largo silencio. Este ha sido un aficionado á nuestro papel, encerrado, segun se nos dice, en una de los

más recónditos rincones de esta monarquía, á trozos regenerada, á trozos oprimida todavía por el oscurantismo, alimaña tan de moda de algun tiempo á esta parte en periódicos y alocuciones. Fírmase el *bachiller*, y dirige al Sr. Fígaro exclusivamente su carta, reducida á un sin fin de preguntas acerca de las circunstancias, á las cuales contestaríamos privadamente, á no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro bachiller lo principal, como se usa en el país, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha á que escribe, ni el modo de ponerle el sobre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar á sus manos la respuesta, y siendo, por otra parte, demasiado atentos para dejar á nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que á todo el mundo oyen y á ninguno contestan, nos decidimos á insertar en nuestro gacetin estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga á contraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalan, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta; cantidad que, si bien no era para perdida, debia conside-

rarse como tal, por la dificulted de hacer la remesa á tanta distancia ó de girar una letra de tan módico importe. Escribíale, pues, en vista de esto, el aprovechado clérigo catalan: «Muy señor mio: Con respecto á la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de ésta á buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de V. su afectísimo capellan el cura de.....»

Ahora bien; hé aquí nuestra contestacion al incógnito corresponsal. Mucho me huelgo, señor bachiller de este pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobremanera la falta que nota de escritos mios en la Revista; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos, en primer lugar, no han de ser artículos de decreto que se fragüen á un dos por tres y á salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luego ó de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca ó mucha reputacion que perder. Por otra parte; acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad de imprenta, apénas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si á esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color,

para lo cual tenemos que esperar á que lo tome primero el Gobierno, con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa; no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de más prisa y trascendencia.

Además, aunque los partes oficiales y los relatos de las sesiones en sustancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan, por consiguiente, las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced á esas causas que yo escribo tan despacio, que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano, no parece sino que estoy organizando la Milicia Urbana, tomando providencias contra algun motin.

Por lo demás, aquí, segun usanza antigua, todo va como Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina á pasos agigantados hácia el fin para que aquel Señor la crió, que es su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores próceres, que es manto azul rastrero, segun las venerandas leyes del siglo XIV, exceptuando el terciopelo que no alcanzaron aquéllos estamentos, si bien aquí entra el modificar aquellos venerandos usos segun las necesidades del dia: verdad igualmente aplicable al calzon de casimir, media de seda, hebilla y tahalí, de que nada dicen Pero Lopez de Aya-

la, ni Zurita, ni el Centon, pero que constituyen con la gola altibaja y demas este nuevo antico-moderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro y su enagüilla de glasé. Dicen que cuesta mucho, pero más ha costado llegar á ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas podra formar una idea aproximada; y por ende verá que es bonito, y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales de procerazgo, ha de ser curioso el ver á esos señores vestidos y hablando, todo á un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced como todas las vísperas de alboroto, que, segun parece, va á ser el pan nuestro de cada dia, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan bigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el órden y la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar pelillos á la mar. Por esas medidas conocerá vuesa merced que aquí no nos dormimos en las pajas.

Tal vez habrán dicho en ese villorrio que está el cólera en Madrid. Lo que es aquí nadie lo sabe de oficio; lo que hay no es el cólera, sino una enfermedad reinante y sospechosa; tanto que esas malditas sospechas han llevado á muchos al cementerio, en fuerza, sin duda, de lo cavilosos. Pero si dicen á vuesa merced que mueren tan-

tas y cuantas gentes al dia, no lo crea; al dia no muere nadie, porque si así fuese habria parte sanitario, si es que no le dan por no haber sanidad maldita de que darle. En consecuencia, si el mal está en Madrid, la autoridad lo tiene callado, así que nadie lo sabe.

Tres cosas, sin embargo, van mejor todos los dias sin que se eche de ver: la libertad, la salud y la guerra de Vizcaya. ¡Tal es la reserva con que se hacen estas cosas!

¿Se sabe algo por ahí, señor bachiller, de D. Cárlos? Por acá todos convenimos en que está en Lóndres, en Francia y en Elizondo á un mismo tiempo, así como están de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir á Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y no epidémico, y epidémico y no contagioso. En cuanto al modo de curarlo, ya averiguado, llenos están los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles y de métodos curativos. Volviendo á D. Cárlos, dicen que el Gobierno sabe de fijo dónde pára; pero vaya Vd. á preguntárselo.

Por acá no se encuentra un procurador, ni un cajista de imprenta, ni un médico, ni un limon, ni una sanguijuela por un ojo de la cara; pero para eso se encuentran mendigos á pedir de boca, basura en las calles á todas horas, y una camilla al volver de cada esquina.

¡Ah! Se me olvidaba; el discurso de la

corona ha gustado generalmente; es tan bueno que es de aquellas cosas que no tienen contestacion; á lo ménos, hasta ahora, nadie se la ha dado. Se asegura, sin embargo, que la están pensando á toda prisa.

Díceme que viene vuesa merced á Madrid. Si está pronto á presentar sus cuentas á Dios, venga cuanto antes. Si viene á pretender, ó ha tenido empleo y ha sido emigrado en tiempo de la Constitucion, no hay para qué. Si es carlista puede venir seguro de adelantar algo, que carlistas, y muchos, encontrará en buenos destinos, que le favorezan: preguntaráme, tal vez, si no les quitan; ¿para qué, si andando el tiempo ellos se irán muriendo? Si viene á oir las discusiones estamentales, en buen hora, por lo que respecta al Estamento de Procuradores: pues en el de Próceres han encaramado al público en un caramanchon estrecho y *cortilargucho*, segun dice la *Pata de cabra*, como si no quisieran ser oidos. Se está allí tan mal como en el teatro de la Cruz ó en un concierto de guitarra. Han arrinconado igualmente en un ángulo del techo á los taquígrafos, de tal suerte que parecen telas de araña.

Muy alto piensan hablar si desde allí les han de seguir la palabra.

No sé si me dejo algo á qué contestar; si así fuese, en otra carta irá, pues á la hora que es, ando de prisa, por tener que formar una lista de los señores procuradores que no han llegado aún, y otra de los

cordones sanitarios inútiles que hay en España, que cogerá algunos pliegos.

Quedo, pues, rogando, señor bachiller, que los facciosos de las gavillas que hace un año se están destruyendo todos los dias completamente, no intercepten por esas *veredas* esta carta, y que la Administracion de correos, tan bien montada en este país, no la incomunique para diligencias propias, ó no se la mande por América, así como recibimos, por qué sé yo dónde, la correspondencia de Francia, merced á las victorias no interrumpidas que nos tienen expedita la carretera principal.

De vuesa merced, señor bachiller, atento servidor.

*P. D.* No se le importe á vuesa merced un bledo de las venidas de D. Cárlos á este país, pues que la cuádruple alianza está contratada para su conduccion fuera de la Península, cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir, coja vuesa merced el texto y verá como nada hay tratado, además de que mal pudiera la cuádruple alianza sacarle de la Península si él no viniera.

---

SEGUNDA.

¿Querrá creer vuesa merced, señor bachiller, que han encontrado malicia en la primera carta que le escribí, y cuya publi-

cidad de ninguna manera he podido evitar en esta córte? De todo tiene la culpa el empeño que manifiesta de no tener nombre conocido, ni domicilio sabido, precisamente en unos tiempos en que las cosas todas se vuelven nombres. ¿No repara vuesa merced como una cosa se llama *regeneracion*, otra *reformas*, otra *estamentos*, aquella de más allá *libertad*, esotra *representacion nacional*? ¿Qué más? Cosa hay que se llama *seguridad individual*, y *ley*, y...

¿Qué le costaba á vuesa merced ponerse un nombre, y más que vuesa merced no sea nada en sustancia tampoco? Así evitaríamos el que se anduviese todo el mundo leyendo lo que le escribo y murmurando de ello de corrillo en corrillo, ni más ni menos que si yo dijera todo lo que hay que decir, ó todo cuanto en el caso me ocurre?

Pera en esta carta, que será la última, yo le juro á vuesa merced por la racional libertad de que gozamos (y es todo un juramento), que quiero que me hagan Ministro, si me consiento á mí mismo la más leve chanza sobre cosa de gobierno, ó que por lo menos lo parezca. No sino ándeme yo en chanzas, y bregue con el censor, y prohíbame el escribir más á mis amigos, que será arrancarme el alma, sólo porque él reciba sueldo del Gobierno é instrucciones, y yo del Gobierno ni quiera lo uno ni necesite lo otro, y préndanme bonitamente, y quédense con el *por qué* por allá y...

No señor; si vuesa merced quiere divertirse con mis cartas, dígame quién es, y le escribiré en sesion secreta; todo lo más que puede suceder es que abran la carta; pera entonces ya, señor bachiller, que la prohiban. Esta, pues, sobre ser la última, no encerrará reflexion ni broma alguna, tanto por las razones dichas, cuanto porque Dios sabe, y si no, lo sé yo, que no tengo para gracias el humor: en punto sobre todo á gobierno, haré la del loco con el podenco: «Quita allá que es gobierno.» Hechos no más en adelante: y si á los hechos lisa y llanamente contados les encuentra malicia, no estará en mí, sino en los hechos ó en el que los leyere; entonces malicia encontrarian hasta en una fusion cordial del Estamento y del Ministerio.

Corren voces de que un Ministro va á hacer dimision, pero no lo crea vuesa merced, esas son bromas; lo mismo están diciendo hace dos meses de otro, y pasa un dia, y pasa otro dia, y en resumidas cuentas, no pasan dias por él.

En el Estamento de Próceres ya sabrá vuesa merced que la contestacion al discurso del trono fue cosa muy bien escrita; fué un modelo de lenguaje y de elegancia castellana, es uno de los trozos más correctos que posee la lengua.

De la de Procuradores nada tengo que contar á vuesa merced, si no es que en este momento no es oportuno que use el bombre el dón de la palabra con que le

distinguió su Divina Majestad de los demás animales. Lo que urge, por ahora, es que cada uno calle lo que sepa, si es que no lo quiere decir en un tomo voluminoso, que entonces, como nadie lo ha de leer, debe el hombre ser libre; pero decirlo todas las mañanas en un periódico, eso no. El dón de la palabra es como todas las cosas; repetido diariamente cansa.

Los jurados no son para este momento; no hay cosa peor que jurar, y si es en vano peor que peor. En eso va de acuerdo el partido ministerial con el padre Ripalda. Se ha convenido por ahora en que los españoles somos muy brutos para decir lo que pensamos, y más para que nos juzguen en regla.

Sabrá vuesa merced como se ha determinado que la legislacion nuestra no es absurda.

¿Querrá vuesa merced creer que se ha lucido la Cataluña? Los señores Procuradores por aquella provincia se han plantado con 29. Llegaban á Martorell el 28, habiendo salido de Barcelona el 22, que es caminar; al llegar allí supieron lo del cólera, por más que aquí no se lo contamos á nadie, y oficiaron diciendo que eso no era regular: efectivamente, es más fácil que vaya la nacion toda á Martorell, que no que venga todo Martorell á la nacion. ¡El uno, figúrese vuesa merced, que ya iba de aquí escamado de lo de Vallecas! Eso de representar ha de ser donde á uno le

coja, porque andarse de ceca en meca para dar representaciones nacioneales, eso fuera ser Procurador de la legua. Si la patria tiene urgencia que se la pase; más vale un mal Procurador de Cataluña que cuatro buenas patrias. Un Procurador catalan, á imitacion de Garcia del Castañar, no dará por todas las grandezas de la córte ni un dedo de Martorell.

Ya sabe vuesa mereed como estaban presos dos individuos sobre lo de aquella grandísima conspiracion que dicen que ha habido; como no les han encontrado delito, los han desterrado uno á Badajpz y otro á Zaragoza: parece que han representado, pero sus representaciones son como las de Cataluña, que nadie las oye.

Segun los datos sanitarios que ahora nos da la *Gaceta Médica*, resulta que sin haber habido cólera en Madrid, como ya dije á vuesa merced, han muerto de él unas 4.000 personas y pico, sin que se pueda sabèr cuál es el pico. Por ahí verá vuesa merced si la enfermedad es traidora.

Ha de saber vuesa merced que en Madrid son los cordones sanitarios y las medidas de aislamiento la cosa más mala del mundo. Por eso no se han usado. Pero á catorce leguas de Madrid no hay cosa mejor. Así es que en Segovia se separa al enfermo de su familia, se lleva á ésta á una barraca, se tapian las casas y las calles, se queman las ropas, ¡qué se yo! ¡Hay enfer-

medad más rara y más variable! Parece un periódico. ¡Aquí epidémica! ¡Allá contagiosa! ¡Válgame Dios!

¡Mire vuesa merced el telegrafito y el consulito de Bayona y las cartas de Lóndres! Ahora salimos con que es D. Cárlos el que está en Navarra. Créase vuesa merced despues de cónsules, y de telégrafos, y de cartas de Lóndres.

¡Ah! ¿Sabe vuesa merced quién es ministerial?... *La Abeja*. Aquella *Abeja*... En una palabra, *La Abeja*.

¿Sabe vuesa merced quién es el petiódico de la oposicion? *Lo Revista*. Ello nos cuesta un ojo de la cara. El Gobierno, de resultas, ha recogido cuantas suscriciones y auxilios prestaba; hasta ha habido persona que ha devuelto su ejemplar particular sin leerle, que ha sido lástima. Desde entonces parece que ha tenido mano de santo, poque la suscricion sube que es un contento. ¡Cómo ha de ser! Ya sabe vuesa merced que somos buenos cristianos. Así es que lo llevamos con bastante resignacion.

Perdone vuesa merced, porque he oido llamar á mi puerta. Acaso vengan á prenderme ó á llevarme á Zaragoza. Así como así no debo estar muy cuerdo. Por lo tanto, señor bachiller, felicidades, y póngase un nombre. Cuando la misma *Revista* se ha puesto el suyo, bien podrá conocer que no es tiempo ya de andarse con anónimos y secretitos.

*P. D.* ¿Ha leido vuesa merced el *Pobrecito hablador?* Yo le publicaba en tiempo de Carlomarde y de Zea: ahora, como tenemos libertad racional, probablemente no se podria publicar.

# SEGUNDA CARTA

# DE UN LIBERAL DE ACA

## A UN LIBERAL DE ALLÁ.

---

Sin duda será cosa que te asombre, querido Silva Carballo d'Álburquerque, recibir mi segunda carta antes que la primera. Ya se ve, acostumbrados ahí en Portugal á proceder lógicamente y empezar siempre par el principio, me tratarás de loco, si es que no me tratas de ministerial. Pero te has de hacer varios cargos. En primer lugar, no en todas partes hay las mismas costumbres. En España solemos empezar por lo último, dejándonos lo principal en el tintero, y pensar que yo solo me he de salir del camino trillado, es pedir peras al olmo, ó, lo que es lo mismo, liberalizar á un Ministerio; es buscar cotufas en el golfo; más claro, por si no entiendes este refran,

es buscar una sentencia de muerte en causa carlista.

Ni yo veo la necesidad de empezar siempre por el principio, sobre ser esta cosa que á cualquiera le ocurriria, y aquí no somos cualquiera: el empezar por lo último tiene la singular ventaja, que á tí no te habrá ocurrido, de aparecer las cosas acabadas desde luego. Las naciones se manejan como los sonetos, los cuales, si han de ser buenos, no hay poeta mediano que no los empiece por el último verso. Ágrega á esto, que de hacer las cosas mal, resulta otro beneficio, cual es el de poderlas enmendar, y así lo que no va en el libro va en la fé de erratas. A cuyo propósito viene de perilla el recordarte el cuento de nuestro D. Bartolomé, acerca del mal pintor que queria blanquear, y luégo pintar su casa, y á quien un inteligente aconsejaba que mejor le estaria para su gloria pintarla primero y despues blanquearla.—En segundo lugar has de saber que mi primera carta fué malamente interceptada: y no es decir que te la enviase yo por Vizcaya, lo cual hubiera sido grave error geográfico, sino por el conducto de este malhadado periódico, que perdone la censura. Pero es de advertir, amigo, que un periódico es en el dia, en punto á interceptaciones, una verdadera Vizcaya. Es más fácil casi llevar un pliego al general en jefe, aunque no se sepa dónde pára, que hacer llegar al público un mal artículo. Verdad es que, si

hemos de hablar claro, es más fácil saber dónde está el público que dónde está Rodil: ya ves que no te lo pondero poco. Cada periódico dice que lo tiene en su casa; pero en realidad, el público es como la libertad, que todos dan en decir que la tenemos, y ninguno la ve.

Interceptada, pues, mi primera carta, ¿qué otro recurso me queda que escribirte la segunda? Si yo no fuera tan escrupuloso, bien pudiera llamar segunda á la primera; pero yo, amigo, como Boileau, *J'appele un chat un chat et Rollet un fripon.*

Y así me dejáran, como llamaria otras muchas cosas por su nombre: que á creerme autorizado como el ministerio de lo Interior á mudar los nombres á las cosas, ya puedes imaginarte que no sería por mis cartas por donde empezaria.

Vamos á otra cosa; ¿no hay facciosos en Portugal, querido Silva? ¿Hay país más raro? ¿Cómo podeis vivir sin facciosos? ¿De qué hablais, pues? ¿A quién perseguis? ¿De qué llenais vuestra *Gaceta?* ¿Vivis sin partes oficiales, sin sorpresas? Raro me habian dicho que era Portugal, pero no tanto.

Dolorosa me ha sido la muerte de vuestro D. Pedro, muy dolorosa, más por aficion que le tenía, que por creer que os fuese necesario. Sin ir más lejos, aquí no hemos tenido D. Pedro, y nos hemos pasado sin él: verdad es que tambien nos pasamos sin otras cosas. ¿Es posible que en

Portugal nadie tiene miedo á los liberales? ¡Lo que va de un clima á otro! Lo mismo sucede con esto que con las tarántulas, que en tierra de Tarento son ponzoñosas, y en países más frios no; por acá los liberales son tremendos, así es que les tenemos, no diré un miedo cerval, pero sí un miedo ministerial. Si el liberal, sobre todo, ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial: los liberales buenos son los que no han emigrado, ni se han estado aquí, y los que no necesitan comer para vivir. Los demás llevan siempre la anarquía en el bolsillo. En Portugal por el contrario, los temibles eran los miguelistas; aquí no, aquí los carlistas son, como si dijéramos, de casa..... pero baste en este punto.

Por las *Gacetas*, dices, conoces que lo de Vizcaya va bien; yo lo creo: un señor procurador bien informado ha dicho no há mucho en el Estamento que el año pasado tenía la faccion unos dos mil hombres, y que en el dia cuenta veinte mil; me parece, pues, que no puede ir mejor; la faccion parece deuda del Estado segun crece.

Preguntarásme de dineros; en eso sí que estamos bien: ya sabes por la mucha filosofía que has estudiado, que no es más rico aquel que tiena más dinero, sino aquel que tiene menos deseos. Por esta regla de eterna verdad, ¿qué nacion más rica que la nuestra? Aquí nadie desea más de lo que tenemos: ¡mira tú si nos contentamos con

poco! En realidad no falta casi nada, porque no falta más que dinero. Pero esto se compondrá, Dios y un empréstito mediantes.

Por las discusiones del Estamento te enterarias de cómo la España no está bastante civilizada, en una palabra, bastante madura para instituciones más anchas. Pero si no está madura para eso, lo está en cambio para otras cosas. Para pagar lo que se ha comido y lo que no se ha comido; para reconocer sus deudas y las ajenas está en toda su sazon. Se desgaja del árbol. En punto á deudas está al nivel de las naciones más cultas. Efectivamente, si es señal de madurez en la fruta el estar caida, convengamos en que nuestra patria está más que madura; está pasada.

Con respecto á caminos no hay otra novedad, si es que eso se puede llamar novedad, que el seguir los más de ellos interceptados, incluso el de las reformas. A bien que siempre nos queda expedito el del cielo, que es el gran camino, y por el cual caminamos á pasos agigantados con toda la paciencia de buenos cristianos: los demás, en realidad, más son veredas que caminos.

A propósito de veredas, ya sabrás que han nombrado á Mina para la guerra de Vizcaya. Mina hará una carrera rápida con este Gobierno. Un año ha tardado no más en ser empleado. Otro año más y sabe Dios adónde llegará.

El Estamento de Próceres tuvo antes de

ayer una sesion; es probable que tenga otras.—Sabrás como ya se emplean por todas partes los hombres de talento. No se da un solo destino que no sea al mérito.

La Milicia Urbana ya se ha reunido, no sólo una vez, sino que creo que ha sido hasta dos. Se dice que si dará ó no dará un poquito de servicio las tardes de los dias de fiesta en el teatro. Con esto ya verás qué paso lleva Zumalacárregui.

El cólera sigue haciendo en algunas provincias más estragos que un reglamento de censura.

Mucho me alegro de que en Portugal seais tan libres y tan felices. Aquí es enteramente lo mismo.

Hasta otra, querido Silva.—El Liberal de acá.

# PRIMERA CONTESTACION

## DE UN LIBERAL DE ALLA

### Á UN LIBERAL DE ACA

---

Dices, querido liberal casteçao que me asombrará el recibir tu segunda carta antes que la primera. Te equivocaste, amigo, como es estrella vuestra en todas ocasiones: á mí en hablándoseme de ese país no me asombra nada. Hubiéramos antes parecido cosa rara haber recibido tus cartas por su órden. Ya por acá sabemos que en punto á *cartas* no jugais muy limpio.

Pero en fin, he recibido la segunda, á propósito de lo cual te diré que vengan ellas, y vengan como y cuando puedan que yo luego las ordenaré, como Dios me diere á entender, á semejanza de aquel que no sabiendo más de ortografía que mu-

chos gobernantes de gobierno, enviaba juntos en la posdata gran número de comas y signos de puntuacion, añadiendo á su corresponsal: *por lo que hace á los puntos y las comas*, ahí van todos juntos para que V. se entretenga en ponerlos en su lugar, que yo ando de prisa.

Nótase en toda tu carta cierto mal sabor de ironía, capaz de dar vahidos al más duro de cabeza, si se les diese á ciertas cabezas duras algo de algo. Por el rey D. Sebastian te juro que no entiendo por qué os quejais tanto los liberales casteçaos, ¿Teneis vosotros vencedores y vencidos? Claro está que no; porque aunque los facciosos en algunas partes hasta ahora han podido más, se les debia contar lo que de dos que habian reñido decia un chusco, al preguntarle quién de los dos habia podido más.—*Claro está*, respondió, *que el que cayó debajo, puesto que tuvo al otro encima.*

Ellos han podido más, porque en realidad siempre os tienen encima.

Insisto, por otra parte, en que no hay vencedores ni vencidos, como dice vuestro ministerio; para convencerse de lo cual basta echar una ojeada á los puestos respectivos que ocupaban el año 32 Calomarde y los suyos, y á los que ocupan en el dia sus sucesores: esas mudanzas no han sido haber vencedor ni vencido, sino finura de Calomarde, que ha renunciado generosamente su sillon á los que maudan en el dia.

Convengamos en que es un gran consuelo para uno que lo pasa mal, decirle al oido: lo pasa V. mal, pero hágase V. cargo de que no hay vencedores ni vencidos, que te roben al volver de una esquina, que te salga una lupia en medio de la frente, ó una joroba en medio de las espaldas, nada te debe de importar; porque sin esos vencedores y vencidos no hay felicidad posible en la tierra, como lo hallarás escrito en todos los filósofos. Ahora con vencedores y vencidos marchas por tu camino como un coche con sus ruedas. Despachaos, pues, los liberales casteçaos á vencer á álguien, y si los carlistas no se dejan vencer, venceos por el pronto á vosotros mismos, que ese será el vencimiento que esos señores querrán dar á entender como necesario para que todo entre en caja, sobre ser esa clase de victoria la más agradable á los ojos de Dios.

Y aunque no tuvierais en cada desgracia que os sucede el gran consuelo de reflexionar que no hay vencedores ni vencidos, no veo yo la causa de tanta afliccion. Que está el Pretendiente en Vizcaya..... y bien: ¿y qué es el Pretendiente? Segun una feliz expresion de un diputado francés, traducida y arreglada para vosotros por un amigo tuyo y mio, nada: un faccioso más.

Que se ha aumentado la faccion; que tenía dos mil hombres el año pasado, y que este tiene veinte mil, como me dices en tu segunda carta. Pero ¿qué es eso, amigo

mio? Bien contado, nada: diez y ocho mil facciosos más.

Que os dió gran dolor lo de Carondelet: ¡oh almas apocadas! ¿Y qué eso bien mirado? Nada: una sorpresa más.

¡Ay amigo, las cosas son como se quieren ver! Filosofemos un momento. Quiero suponer que volviéramos al año 32, que es todo lo peor que os podria suceder. ¿Y bien? A los ojos de la poesía, ¿qué sería esto? Nada; diez años más de despotismo y que te ahorcasen á tí, por ejemplo. ¿Y qué sería esto comparado con la inmensidad del universo? Nada; un ahorcado más en el mundo.

Que no teneis dinero..... ¿y qué es eso? Nada: una miseria más. Que no teniendo un cuarto, habeis reconocido todo lo anterior. ¿Y qué es eso? Nada: una deuda más. Que teneis que recurrir á un empréstito. ¿Y qué eso? ¡Oh ánimas mezquinas! Nada: un empréstito más. Que hay cólera, en fin, en varias provincias..... ¿Y qué es eso últimamente? Una calamidad más.

Ya ves que tomadas las cosas de esa manera, maldito si hay por qué afligirse. A propósito de afligirse, ¿qué hay del ministerio del Interior? Despues de haber mudado los nombres á las cosas, supongo que habrá hecho mil otras reformas de primera importancia. Escríbeme largo en ese punto, si hay de qué.

¿Cómo va de Milicia Urbana? Ya inspirará confianza á todo el mundo; ya estará

toda organizada y armada; doilo por supuesto.

Háceme reir, por último, en tu carta lo que del miedo que á los liberales se tiene por ahí, me dices. En cuanto á eso, y en cuanto á los muchos que han andado de cárcel en cárcel, y de destierro en destierro por conspiradores, así como á los que andan sin colocacion todavía por anarquistas, concluiré esta misiva con recordarte el lema que un escribano ladino encontró en un pesado mamotreto, revolviendo el archivo de la chancillería de Valladolid. Decia así: «*Causa formada á las monjas del convento de Santa Clara de esta ciudad, por volar y otros excesos.*»

Así me parece á mí que son los excesos de esos pobres liberales de Castilla, como los vuelos de las madres: con lo cual quedo á tus órdenes, esperando noticias de esa nacion privilegiada, la cual se me figura que andando siglos podrá llegar algun dia á remontarse á la altura de Portugal.

*Ou senhor don Sebastian Garvalhao d'Alburquerque.*

# TERCERA CARTA

# DE UN LIBERAL DE ACA

## Á UN LIBERAL DE ALLÁ

---

Dos cartas he recibido tuyas, querido Silva, la una en letra de molde por el conducto de esta estafeta pública, y secreta la otra en que nos haces á los liberales de acá estupendos cargos. No tiene la primera contestacion, ó al menos á mí no me ocurre, lo cual es lo mismo, puesto que he de ser yo quien la ha de dar. Tiénela sí la segunda, y larga; tanto que pudiera ocupar con ella más pliegos que ocupó la memoria de marina presentada en las Córtes, más tiempo que dura una faccion y más terreno que el que reconoce cuando y como quiere Zumalacárregui, sin darte por eso más fruto ni más sustancia que el que pueden dar de sí todas esas cosas juntas.

¿Me preguntas si es Gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representacion de los trabajos y pasion de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luego, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algun quejoso. Hay, por otra parte, muchos que están representando á cada paso sobre lo mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida más de estas representaciones que de las teatrales; pero, ¿son ó no son representaciones? Cada español, por otra parte, representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra pátria misma está á dos dedos de representar el cuadro del hambre..... Todo es, pues, pura representacion; venirnos, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos ó no en un sistema representativo, es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle á un borracho si bebe vino. Desengáñate de una vez, y acaba de creer á piés juntillas, no sólo que vivimos bajo un régimen representativo aunque te engañen las apariencias, sino que todo esto no es más que una pura representacion, á la cual, para ser de todo punto igual á una del teatro, no le faltan más que los silbidos, los cuales, si se ha de creer en corazonadas y en síntomas y señales exteriores, no deben andar muy lejos ni de hacerse esperar

mucho, segun la marea sorda que se empieza ya á sentir.

Añades que no somos libres. Menos entiendo yo esto que lo otro. Gozamos de la más ámplia libertad posible; y en esto te juro que hemos llegado á tal altura de tolerancia y despreocupacion, que ninguna nacion culta ni inculta rayó jamás tan alto. Y voy á darte la prueba. Suponte por un momento, aunque te pese hasta el figurártelo, que eres español. No te aflijas, que esto no es más que una suposicion. Que eres español, y que dices para tu capote, por ejemplo: «*yo quiero ser carlista.*» Enhorabuena: coges tu fusil y tu canana, y ancha Castilla; nadie te lo estorba. Que te cansas de la faccion y que te vas á tu casa, nadie te dice una palabra, con tal que tantas cuantas veces lo hagas uses de la fórmula de decir que te acoges á algun indulto de los últimos que hayan salido, ó de los primeros que vayan á salir. Ya ves tú que esto no cuesta trabajo. Que te levantas un dia de mal humor, y que conspiras como carlista, ó que te defiendes en tu cuartel á balazos, ó con cualquiera otro medio inocente: vas á Filipinas y ves tierras, y siempre aprendes geografía.

Verdad es que si como te habia de dar por conspirar en favor de los diez años te da por conspirar en favor de los tres, hay una diferencia, y es que entónces no necesitas salir al campo ni tirar un tiro para que te prendan, sino que te vienen á

prender á tu misma casa, que es gran comodidad; pero amigo, no se cogen truchas á bragas enjutas, y algo le ha de costar á uno ser liberal. Y luego que eso te sucederá si eres tonto, porque nadie te manda ser liberal; tú puedes ser lo que te dé la gana. Añade á eso que libertad completa no la hay en el mundo, que eso es un disparate. Así es que cuando yo digo que somos libres, no quiero yo decir por eso que podemos ser liberales á banderas desplegadas y salir diciendo por las calles «*¡viva la libertad!*» ú otros despropósitos de esta especie; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino, lo cual tampoco sería justo, porque yo no creo que porque los haya empleado éste ó aquél dejen por eso de necesitar un sueldo. ¡Pobrecillos! Nada de eso: quiero decir, que podemos gritar en dias solemnes *¡viva el Estatuto!*; y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar á todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquela de convite; más, una esquela de muerte; más todavía, una tarjeta con todo tu nombre y tu apellido bien especificado: nadie te lo estorba. Ahí verás cuán equivocados vivís, y cuán peligroso es creerse de los informes que da cualquiera. Que eres poeta, y que

llega un dia de S. M. y haces una oda: allí puedes alabar todo lo que pasa, y puedes decir que todo va bien en buenos ó malos versos, que toda esa libertad te dejan. Y tambien puedes decirlo en prosa, y puedes no decirlo de ninguna manera, si eres hombre de sentido comun, y nadie se mete contigo. Que quieres publicar un periódico; nada más fácil. Vas, y ¿qué haces? Lo primero reunes seis mil reales de renta, que esto en España todos nacen con ellos; y si no, los encuentras á la vuelta de una esquina. Lo segundo, entregas veinte mil reales en depósito: que no los tienes, tambien los encuentras al momento. Aquí todo el mundo te convida con una talega á primera vista. Y estos veinte mil reales son sagrados, como todos los depósitos, como los de Gremios, etc., etc. El dia de mañana, ó al otro, por ejemplo, te los vuelven. Pides luego tu licencia; que te la niegan, ó que no tienes las cualidades necesarias..... no publicas tu periódico. Y está muy bien, porque si no eres empleado de nombramiento real, ó no eres mayorazgo de seis mil reales de renta, ó no eres abogado del colegio, que es lo que hay que ser en España, ¿qué has de publicar en tu periódico sino tonterías y oscurantismo? Pero que eres apto, no por tus luces ó tu patriotismo, sino por tus reales ó tus pedimentos del colegio (de otra parte no), y que te dan tu licencia; te ponen tu censor correspondiente, que te deja decir todo, por su-

puesto, y lluévete suscricion encima, porque eso sí, el país es amigo de leer, y es una viña para especulaciones, sobre todo literarias.

Rectifica, pues, amigo Silva, tus ideas con respecto á España, y cree no sólo que vivimos bajo un régimen representativo, sino que somos libres más que ninguna nacion del mundo, y que tenemos ámplia libertad de imprenta.

Una vez convencido de estas tres bases fundamentales, tratará de convencerte de esas otras menudísimas dudas que abrigas acerca de la prosperidad de la España, que no le va en zaga en nada á Portugal.—*El liberal de acá.*

*P. D.* La cuádruple alianza sigue produciendo saludables efectos.

# FIGARO DE VUELTA

## CARTAS Á UN SU AMIGO

### RESIDENTE EN PARÍS

#### PRIMERA

Se vuelve á España desde París, querido amigo: es cosa probada, y, lo que es más, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado á cabo tan árdua empresa. Loco estoy del gozo y del contento. Digan lo que quieran acerca de la superioridad de esos países, la pátria es para un español más necesaria que una iglesia; ya sabes que á la vuelta de cada esquina se encuentran todavía una ó dos en nuestro país; pues se tropiezan por las calles áun más gentes que han vuelto de París. Por lo que hace á mí, no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Despues de darme

por ello el parabien, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podias creer, eh? ¿A qué has de volver, decías? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿En qué? Despacio con tantas preguntas.

¿A qué he de volver? A mis antiguas mañas, amigo mio. Te confieso que no lo puedo remediar. ¡Diez meses sin murmurar! ¿Fígaro diez meses sin curiosear los enredos de su barrio, sin hacer la oposicion á nadie, sin criticar á cómico viviente sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícara de legítimo chocolate, ni ver el sol de Castilla? ¿Fígaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana, ni un solo pié andaluz? ¿Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta alguna, embozado en la *nube* (1), sin ir al café del Príncipe, sin asistir á una sesion del Estamento? ¿Diez meses, en fin, sin ver una real órden ni columbrar un prócer? Eso es morirse, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué á mí tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro y tanto camino de hierro? Hombres hay aquí que tienen ciencia, y la mayor por cierto, la ciencia del vivir, y la de hablar despues de vivir; hombres que no pudieron llegar á saber en todo un París ganar un real, y

---

(1) En gitano la capa.

que han hallado en Madrid á un dos por tres con que pasar una real vida. Y no te figures, no, sirviendo y adulando á los demás, sino mandándolos y haciéndose de ellos adular y servir. ¿Qué más ciencia, ni qué más industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde más cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada más parecido á un gobierno representativo que el que rige felizmente á España en nuestros dias? ¿Dónde hay telon que se parezca á un árbol, ni cómico que más se asemeje á un príncipe, más que lo que se parece un Estatuto á una Constitucion? Pues, Dios mediante han de parecerse aún más. En punto á caminos de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, á más no poder, venimos caminando desde que salimos há dos años de la Granja, que todo ese tiempo hemos necesitado para volver otra vez á doña María de Aragon? (1).

*¿Por qué* me habia de volver? Por la misma razon, amigo, mio, que de aquí me fuí, y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida á mudar de contino casa y domicilio, por la misma que me vió pasar en otros tiempos del *Hablador* á la *Revista*, de la *Revista* al *Observador*, de los periódicos á la escena, de las comedias á las

(1) Hoy local del Estamento de Próceres; en tiempo de la Constitucion de las Córtes.

novelas; por esta venturosa organizacion que para variar me dió naturaleza, y que en el número 94 de la *Rivista* me hacía escribir:

«La necesidad de viajar y de variar de objetos..... logró hacer de mí el sér más veleidoso que ha nacido..... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar á las gentes los quince primeros dias que se las conoce.... Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que, á fuerza de meditar, he venido á conocer que sólo viviendo podré seguir variando..... Nadie, pues, más feliz que yo; porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir á la Meca.»

*¿Para qué?* Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ¡Y qué proyecto! Tal y tan bueno, que acerca de él sólo he de escribirte una gran carta, por no caber en esta los muchos y francos encomios con que le pienso glosar y comentar. ¡Yo, que de Calomarde acá rabio por escribir con libertad, no habia de haber vuelto aunque no hubiera sido sino para echar del cuerpo lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho con que se quedaron los censores, que rejalgar se les vuelva! Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar, y volverme.

*¿Cómo*, me decias, *dor dónde, en qué?* A tales preguntas contestara sobradamente la relacion de mi viaje, si estuviera más despacio. No niego que el *por dónde* me apuraba. El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él *un faccioso más;* que aunque no es más que uno, como ha dicho muy bien alguien, debe de ser sin duda tan grande que lo ocupa todo. Bueno era no hace mucho en defecto de ese el de Cataluña; pero de poco tiempo á esta parte hay tambien en él algunos facciosos más y algunas diligencias menos. Bien me decian que el de Oleron era incómodo; pero, ¿qué remedio? Volver por Portugal, como habia ido, ni era lo más derecho, ni menos para mi carácter versátil; además de que hay países que no son para vistos dos veces; y aunque alguien me incitaba á tomar con el vapor del Mediterráneo la vía de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver á España por Argel, más lo tuve yo por pulla, y atrevida, que por consejo razonable.

Víneme, pues, por Oleron, adonde no creí llegar por entre tantos gendarmes como andan por la frontera defendiendo el paso á los carlistas para la faccion. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me parezco á D. Cárlos, ni á D. Sebastian; como no traia conmigo ni armamento, ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la cuádruple alianza, esas barreras que allanó para siempre entre Francia y España nuestro ministerio del justo-medio, se pasan, sin embargo, á caballo en un mulo, ó por mejor decir, en compañía de un mulo, á lo que llaman *diligencia de Zaragoza á Oleron*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominacion en dos largos dias que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo á él, y considerándome él á mí. Era tanto el hielo y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba á quién.

Posteriormente he oido hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un grau recurso para el Estado, y todos por aquí están creidos, hasta el gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfrang. Así debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habría salido á dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la vi, ni ella vió jamás mis baules. Lo que sí vi fué varios carabineros, con quienes contraje relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me vi á lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es presiso dar dos por ser la capital, y á casa luego con el contrabando. Yo no lo traia casualmente, que lo

sentí; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio París en la maleta, y no vayas á creer al pié de la letra, como yo, que todo está reformado, y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el dia que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso ó no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principios de Agosto remití á la *Revista* un artículo en que, presumiendo á fuer de Fígaro lo que iba á suceder, encomendaba á nuestro buen gobierno de entonces que se recogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en los conventos: imprimióse, en efecto, aunque mal parado por algun benigno censor. No habrás olvidado que á pocos dias, por una rara coincidencia sin duda, pareció nna real órden en la *Gaceta* dando providencias en el particular. Parece que se nombraron, efectivamente, comisionados por aquí y por allí, con sus dietas correspondientes, para la coleccion y resguardo de aquellos objetos. La cosa se ha llevado tan á punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo vi y toqué no muy lejos de Madrid objetos de esos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos, por ejemplo, manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas.

¿Para qué quiere el gobierno esas tonterías? ¡librotes de los frailes! *¡chucherías de las madres!*

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible; y pues viene á cuento, te he de contar otra cosa que debe influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta córte, me hallaba yo casualmente no há muchos dias cuando acertaron á pasar los quintos que venian de Extremadura. ¡Qué bien se trata á la tropa! ¡Qué bien á esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¡A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! ¡Yo mismo ví á un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo ví á un cabo medir á otro con su vara, insignia, por cierto, militar! Y esto á la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en dia de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta, irá al cepo; si deserta, al palo, y si pasa á la faccion, le llamaremos *caribe*. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pocos dias que se concedió el título de ilustrísimos señores á no sé qué individuos de no sé qué corporacion, consejo ó tribunal: esto es indiferente; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España; señorías, excelencias, etc., etc.; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los

hombres, que es á lo que vamos. Bien se te alcanza que difícilmente puede tener mérito un hombre, mientras todo advenedizo le puede llamar de *usted*. Esto está en el espíritu de la regeneracion que estamos llevando á cabo.

Todavía hay Estamento de próceres, y tienen sus sesiones corrientes: te lo digo porque me acuerdo de que cuando yo estaba en París habia llegado á olvidarlo.

En el de procuradores ya se ha contestado al discurso de la corona; se asegura que para dentro de un par de meses ya podrán reunirse las otras Córtes, quién dice *revisoras*, quién *constituyentes*. Lo primero es lo más general, lo segundo es lo más cierto; pero si en mes y medio sólo se ha votado uno de los proyectos, ¿cuántos más se habrán votado en Marzo? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque sólo el Sr. Pardiñas votó en contra. Por fin habló el Sr. Conde de Toreno por primera vez despues de su advenimiento á la oposicion: habló como si no hubiera sido Ministro. El Sr. Martinez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia y otras bagatelas. Este habló como si fuera Ministro todavía. Y no te digo más porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al Gobierno, te sabré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el Ministerio se cuen-

tan trespersonas distintas, pero queen realidad no componen más que un solo ministro verdadero: dicen sus enemigos que no le falta más que hablar; de todas suertes, no se le puede negar á este Ministerio que *promete*. ¡Así cumpla! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organizacion cupiera ser alguna vez ministerial, se me habia presentado una bonita ocasion; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de Gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo más á que podia extenderse mi ministerialismo siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen Ministerio, sería á alabar lo bueno que hiciera con la misma independencia con que siempre gusté de criticar lo malo.

A propósito, no quisiera que se me olvidase. ¿Querrás creer que á mi llegada á esta córte me encontré con personas que suponian que mi viaje habia sido costeado por el Gobierno? Todavía me estoy riendo de la idea. ¿Tú no la sabias? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno va á París, es claro que no puede ser sino con algun empleo ó con fondos del Gobierno. ¿Qué fondos particulares bastarian para llegar á París? Ni yo tengo cara tampoco de ir á París por mi gusto. Esto es claro como la luz del dia. ¡Qué penetracion! ¡Dios los bendiga!

Mas ya echo de ver que esto es un tanto

largo para carta, y un si es no es corto para folleto. A no contarte cosas que parecieran mejor secretas, habia de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas que llevado de mi comezon de escribir y de mi versatilidad, no bien hube llegado á Madrid, cuando me eché á buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que falta de invierno. Quería-le grande empero, y donde cupiese yo todo, que no cabia el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo habia imaginado mil veces para tanto como tengo aún que decir. Empezábame ya á desesperar, cuando hé aquí que de pronto surge de la calle de las Rejas *El Español*, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que á imitacion del borracho del cuento, aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: «*Este es*», exclamé en cuanto le ví

« extenderse, crecer, tocar al cielo, »

y metíme de rondon en él, donde quedo, para servirte, imaginando á toda prisa artículos de teatros, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente; mas sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no á los hombres, procurando hermanar con mi poca ó mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos á los otros, amigo de mis amigos, y por demás agradecido al público que sufre mis habladu-

rías. Hé aquí mi profesion de fé. — Tuyo siempre, *Fígaro.*

*P. D.* A la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores procuradores desde ayer el Sr. Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesion, si ha acabado.

---

## SEGUNDA

TITULADA

# BUENAS NOCHES

Con fecha del 3 te escribí mi primera carta, querido amigo, dándote aviso de mi llegada á esta córte, y ando no poco inquieto con la suerte de la tal carta (á que no he recibido contestacion), porque á la mañana siguiente del dia en que te la escribí, y cuando yo presumia que podria estar ya por lo menos en Ariza, ¿dónde dirás que me la encontré? la encontré ni más ni menos en *El Español*, mal que bien encajonada, entre las *sesiones* y los *cambios*, que entónces ambas cosas existian todavía; no habia hecho más camino que de la calle del Caballero de Gracia á la de las Rejas. Como andan las cosas tan trocadas, imaginé desde luego que habria participado ya mi naturaleza de esa atmósfera que

respiramos, y que habria enviado al *Español* mi carta en vez del primer artículo de teatros, que debia darle, y echado el original, destinado á la imprenta, en el buzon del correo, en vez de nuestra correspondencia. Poníame sólo en confusion el haber notado que la carta impresa no era precisamente la misma que yo te habia escrito, pues que en ella faltaban varios párrafos. Esto me hizo sentir tanto más la equivocacion, porque si no puede serme agradable que intercepten nuestra correspondencia, más duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor, sino á tí. Soy además un tanto tímido, y escribiéndote en confianza como te escribo, ni me cuido de pulir el estilo lo bastante, ni menos de paliar las verdades en un punto: dígote, por tanto, cosas que es vergüenza ¡por vida mia! que anden impresas, y más vergüenza aún que sean ciertas.

Como quiera que sea, aprovecho para hacer llegar ésta á tus manos otro conducto, que me parece más seguro, si en la publicidad está la seguridad. Quiero más bien escribir una carta que un artículo; y he de darlas razones. Cuando escribes una carta á una persona determinada, puedes estar seguro de tener un lector: si es cierto lo que dicen los franceses, que en todas las cosas *c'est le premier pas qui coûte*: no es poca ventaja la de asegurarse de ese modo un principio de público, y como el que es-

cribe la carta es dueño de escribir á quien mejor le parece, goza de otra ventaja no menor, de escogerse el publico á su gusto. Sácase de aquí la forzosa consecuencia de que cuando uno escribe una carta sabe con quién habla, y esto no es humo de pajas tampoco en estos tiempos que corren. Si reflexionas, en fin, que en el dia cuantos artículos podemos hacer han de reducirse á *artículos de fé ó de esperanza*, no extrañarás que me decida por las cartas. Aquí para entre los dos, quiero que me llamen partidario del Estatuto que nos rige, si sé hacer artículos de fé; porque aunque siempre se ha dicho que vivimos en país de ciegos (gran circunstancia para todo lo que es fé), dígote, francamente, que yo no veo el tuerto que ha de ser rey. «*Hazlos, pues*, me dirás, *de esperanza, que de eso los hacen los demás.*» Y yo tambien los haría, amigo mio. ¡Así la tuviera!

Agrega á las razones dadas en favor de las cartas, que es ramo tambien arreglado, que te da ganas de ponerte á escribirlas sólo porque te las lleven á cualquier parte, y sobre todo, desde la real órden de 8 de Enero, la cual está tan clara, que no parece sino que la han discutido en Córtes, y dice así, por ver si tú lo entiendes.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION DEL REINO

*Real órden.*

«Excmo. Sr.: Enterada S. M. la Reina Gobernadora del oficio de V. E. de 29 de Diciembre último, ha tenido á bien resolver que mediante haber cesado el riesgo que ofrecia en la carretera de Aragon á Barcelona, y no ser tampoco grande el que presenta la que va desde aquella ciudad á Valencia, se despache la correspondencia pública de Barcelona por ambas carreras, hasta que libre de todo peligro el camino de Aragon, sea éste el solo conducto de comunicacion entre Madrid y Barcelona; siendo la voluntad de S. M. cuide V. E. de que se anuncie esta disposicion temporal en la *Gaceta*. Dios, etc. Madrid, 8 de Enero de 1836.—Heros.—Excmo. Sr. Director general de Correos.»

Es decir, que mediante á que ya no hay riesgo de Aragon á Barcelona, se despache por ahí la correspondencia, hasta que no haya peligro. Más claro, señor, que ya no hay riesgo; ya no hay más que peligro. Luego llama *temporal* á esta disposicion, y efectivamente, no es mal chubasco; más que real órden parece granizada de palabras: á no ser que la llame así por no llamarla espiritual, y por responder más bien al cuerpo que al alma los asuntos de este carretera. Concluye la Real órden con

un *Dios*, etc., que no he podido dar en lo que significa, aunque presumo que el que la puso acabó diciendo: «*Dios me asista*, ó *Dios me entiende*, ó *Dios sobre todo*;» pues que sólo su Divina Majestad es capaz de dar cumplimiento á tan extraordinaria resolucion. Por donde se vé que es más digno de lástima de lo que parece el señor director de Correos, pues no sólo ha de dirigir sus cartas á cada uno, sino que ha de entender al Ministerio; á no ser que sus Excelencias se entiendan por bajo de cuerda de otra manera más explícita, y guarde sólo para el público ese lenguaje anfibológico.

Es lo peor que en 16 de Enero, ocho dias despues, no estábamos más adelantados en punto á estilo de reales órdenes, porque S. M., por Real decreto de dicho dia promueve á D. Francisco Javier Uriarte y Borja á la dignidad de capitan general de la Armada, *sin aumento alguno de goce, á que renuncia generosamente Uriarte, en atencion á las presentes circunstancias.* Convengo en que las presentes circunstancias no son para muchos goces; pero tambien es gran lástima que desde el 16 de Enero no pueda gozar el señor de Uriarte sino precisamente lo mismo que gozara hasta aquel dia, y que haya de tener tan en el fiel la balanza de sus penas y placeres. Es decir, que si al dia siguiente del Real decreto le hubieran dado al señor Uriarte una buena noticia, como por ejem-

plo, la disolucion del Estamento, deberia haberse mirado mucho en gozar de aquella satisfaccion que deberia, naturalmente, caberle, porque ese seria aumento de goce, supuesto que en su vida habrá tenido otro igual antes del 16 de Enero.

¿No seria bueno que para mejorar la suerte del señor Uriarte, y áun la del director de Correos, se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?

Pero estarás impaciente por saber el objeto de esta segunda carta; te habrá chocado el rótulo que en cabeza le he puesto. «*¡Buenas noches!* dirás, cuando »estoy yo esperando un nuevo dia y el »progreso y difusion de las luces en cada »noticia que de la pátria recibo!» Quiérote sacar de confusiones. Las *buenas noches* que te doy no son para tí; no es ahí, sino aquí, donde nos hemos quedado á oscuras. ¿Ves ahora claras las *buenas noches?* ¿Tampoco? Manos, pues, á la obra, y escucha, que hay que tomarlo de más arriba.

Hay entre nosotros unos pocos hombres que andan jugando á la gallina ciega con nuestra felicidad, y que tienen el raro tino de hacer siempre las cosas al revés. Estos tales habian leido ya el año 12 los escritos del siglo pasado, y se habian hecho ellos solos liberales, que no habia más que pedir. Oyeron el grito de independencia nacional, y dijeron para su sayo: «*¡Oiga! la España se ha ilustrado*;» con lo cual no

tuvieron duda en que se podia dar una Constitucion, y diéronse una especie de código, sagrado, respetable siempre como paladion que fué de nuestra independencia y cuna de nuestra libertad, pero cuya bondad no hubo de ser muy comprendida por los pueblos todos, realmente atrasados para tanta mejora, pues que en cuanto se presentó el amo de casa hubo dia de sábado, y quedó el suelo limpio de innovaciones. Los hombres de que te voy hablando dijeron: «*Esto ha sido una traicion, y otra vez sucederá mejor.*» Esperaron, y el año 20, hélos aquí que tornan á poner la mesa, y los mismos manjares sobre ella, porque el apetito, decian, era el mismo. Pero van y vienen dias, van y vienen franceses, viene y se va la Constitucion, y vienen y se van nuestros hombres otra vez. Ya en medio de los tres años entró en reflexion alguno de ellos, y dijo para sí empezando á escarmentar: «*Acaso no está la España bastante ilustrada y no tiene su estómago tanto apetito como yo le habia supuesto; no será malo sustituir las Cámaras á la Constitucion.*» Pero el tercero en discordia decidió la cuestion, y mientras que aquéllas y éstas se andaban representando la comedia de *¿Quién ha de mandar en casa?* se adjudicó él á sí mismo la parte del leon de la fábula. Nuestros hombres pasaron diez años en el extranjero, y aquellos de quienes te voy hablando, en lugar de decir esta vez como dijeron la primera: *Esto ha*

*sido traicion*, que entónces hubieran acertado, dijeron: *Está visto, la España no está ilustrada.* La cosa es clara; malograda la intentona dos veces, era preciso inferir una de dos cosas: *ó los gobernantes ó los gobernados no sirven para el caso.* Álguien que hubiera sido modesto hubiera dicho: *¿Si seremos unos torpes?* Pero nuestros hombres dijeron. *Ellos son unos sandios.* Y pusieron de nuevo la mesa. *Pero esta vez*, añadieron, *no os hemos de ahitar, porque si el año* 12 *no teníais apetito, si el año* 23 *dejásteis hundirse el banquete, ¿cómo podreis digerirle el* 34? Rara consecuencia: yo hubiera sacado precisamente la contraria; porque algo habiamos de haber adelantado del año 12 al 20, y del 23 al 34. De suerte que ellos, que habian andado demasiado cuando los demás estaban parados, comenzaron á pararse cuando los demás empezamos á andar.

Figúrate, amigo mio, que eres sastre, y que le haces á un niño de siete años un uniforme de consejero: ¡claro está que ha de venirle ancho! Tú, sastre, entónces, dices: *Vea usted, ¡qué niño tan torpe! le hago un uniforme de consejero, tan hermoso y tan bordado, y al muy nécio no le viene.*

Coges el uniforme, desprecias al niño y te vas. A los siete ú ocho años vuelves con el mismo uniforme, y el niño tiene quince. —*¿Ancho todavía?* exclamas; *esto no se puede aguantar; y si el uniforme está lo mismo, ¿cómo no le viene? Está visto que este*

*muchacho no sirve para consejero, es un sandio.* Vuélveste á tu taller, y escarmentado de las pasadas experiencias háceste una bonita envoltura, y vuelves con tu lío debajo del brazo á los diez años, y entónces el muchacho tiene ya veinte y cinco.— *¡Qué diantres*, gritas asombrado, *este muchacho es el diablo, tampoco le viene la envoltura! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! pues, señor, es investible*; y coges y le dejas en cueros.

¡Vive Dios, señor sastre, qué consecuencia y qué tijera!!

Hé aquí, amigo mio, la historia de España desde el año 12 hasta el 34, más clara que la del P. Duchesne, traducida por el P. Isla. Me parece que habrás entendido cuál es la envoltura, y excuso decirte quién es el sastre. Ahora que nos podíamos empezar á vestir, nos viene con la envoltura, y porque no nos asienta, dice que somos unos brutos.

Mal acomodada, en fin, esta vestimenta, que nos lia de piés y manos, y sin siquiera andadores, reúnense los Estamentos del siglo XV, arreglados á las necesidades del siglo XIX, esto es, la envoltura con faldones y corbata; y pasamos largos meses haciendo una comedia de capa y espada, que no ha sido otra cosa todo el año 35, segun lo mezclado de la intriga, lo enredado del embrollo, los velos que se han corrido y descorrido, las entradas y salidas, las mutaciones de escena, los encuentros por las calles, las tapadas que han implorado

nuestro favor, y lo exquisito de los conceptos, sin que puedan olvidarse las largas relaciones de dama y galan, que sólo para lucirse los actores se han estudiado y se han dicho.

Pero cansado el público de tan largos parlamentos, y de ver todavía tan oscuro el desenlace, ilumina una noche la Península con conventos; al resplandor de los sublimes flameros no ve cosa que le estorbe sino el Ministerio, y pide por junto su caida.

Un hombre nuevo es llamado á deshacer la faccion y á rehacer la nacion; se necesitan recursos por una parte, y el hombre nuevo encuentra recursos. Pero para rehacer la nacion es preciso empezar por deshacer lo que encuentra mal hecho. ¡Triste suerte, que hayamos de pasar un año en deshacer el error de un dia! Nueva Penélope, la España no hace sino tejer y destejer.

Júntanse en esto las Córtes. *¡Gracias á Dios*, dirás, *que tenemos quien ilustre la materia!* El trono habla á las Córtes, y las Córtes contestan al discurso del trono. Hasta aquí no hay cuestion de gabinete, es sólo cuestion de buena crianza. El uno dice: *Servidor de usted*; y el otro contesta: *Muy señor mio*. No es decir esto, sin embargo, que no haya trascurrido casi un mes en debatir y dilucidar si el uno podia decir á su riesgo y peligro el primer cumplimiento, y si podria el otro en consecuencia responder con el segundo. Pero al fin se con-

vino, se decidió que no habia peligro ni-por una ni otra parte en decirse los mencionados piropos.

En seguida el Ministerio abriga dudas acerca de si tiene ó no tiene la confianza de la nacion, que le acaba de confiar el poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nacion, cuyo apoderado conviene consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar resultado la expresion de la voluntad de la nacion: lo cual es tan cierto, que esa misma representacion nacional, que no es representacion nacional, va á hacer ella, en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra ley electoral que dé por resultado la expresion nacional. Pero has de saber que en estos gobiernos representativos queda destruido el antiguo refran que dice: *Que nadie da lo que no tiene*: más claro, con un ejemplo, en ellos una vela apagada puede encender otra vela. ¿Lo ves claro ahora? Pues, sin embargo, el Ministro puesto por la nacion le pregunta al tal apoderado de la nacion, si la nacion tiene confianza en él. Es decir, que yo mayordomo tuyo y puesto por tí, le pregunto á tu ayuda de cámara si me da licencia de que te siga sirviendo de mayordomo. Ya ves que el paso es natural. ¡Ventajas inmensas todas de haber hecho las cosas á medias, cuando hubo coyuntura de hacerlas por entero! ¡Suerte precisa de

un pueblo que se empeña en que le den lo que no se da, lo que sólo se toma! Porque el que da no puede menos de ser legal, y la legalidad repugna toda innovacion.

Felizmente, como le habia de haber dado al apoderado por decir que no, dióle por decir que sí, y tuvimos *voto de confianza*.

Dióse de paso otro empujon á la cosa pública, y púsose por fin el nombre de *Guardia Nacional* á lo que el año pasado no se podia llamar así sino con manifiesto peligro. Ya te lo he dicho, *tejer y destejer*. En unos cuantos meses no hemos hecho sino destruir nombres nuevos para llegar á los viejos: destejer; de *Fomento* á *Interior*, de *Interior* á *Gobernacion*, de *Subdelegado* á *Gobernador civil*—ya llegaremos á *Jefes políticos*—de *Estamentos* á *Córtes revisoras*, y ya llegaremos á *constituyentes* y á *constitucionales*. En unos cuantos meses han perdido las palabras *Guardia Nacional* todo el veneno que tenian; puestas en prensa, como han estado, lo han escurrido. Semejante en eso al vino, que nuevo hace daño, y embotellado y guardado se vuelve mejor. Por el contrario, las palabras *Milicia Urbana* perdieron su fuerza y se malearon, semejantes tambien al vino, que expuesto al aire libre se agria y se desvirtúa.

Despues de haber conseguido desandar ese trozo de camino, vamos á la ley electoral; que ya no sé con qué comparártela,

porque, sea dicho con respeto, no sé á qué se parece. En primer lugar, el Ministro, picado sin duda de la generosidad del Estamento que le acababa de conceder su voto de confianza, no quiere ser menos, y le da el suyo al Estamento con tres proyectos adjuntos, el suyo, el de la mayoría y el de la minoría de la comision, diciendo que no es cuestion de gabinete, y que adoptará lo que el Estamento decida. Confianza por confianza. Se adopta la totalidad. ¡Gran victoria, parecida á otra moderna que no quiero nombrar, y que tambien se volvió toda principio. *¿Qué importa?* dice la oposicion. En los artículos te aguardo. En el todo están de acuerdo; en lo que no están de acuerdo es en las partes que componen ese todo; pero por lo demás, ¡qué bobería! El encabezamiento, la fecha, el oficio de remision, todo está bien. Es decir: *Yo te regalo una capa hecha, sólo que no quiero que gastes de ella ni el paño, ni los embozos, ni el cuello, ni las hechuras.* Ahora, abrígate tú como puedas, que al fin yo te regalo la capa.

Contarte, querido amigo, los pasos de la discusion es obra superior á mis fuerzas, y decirte en quién estuvo la culpa y nombrarte al que por falta de práctica parlamentaria dejó que su enemigo se adelantase á tomar la mejor posicion, es superior á mi voluntad; por tanto te aconsejo que eches mano de las sesiones de Córtes, y te las leas de cabo á rabo, y si llegas á enten-

der claro en el asunto, te aconsejo tambien que te des la enhorabuena, y te tengas en lo sucesivo por hombre de talento.

¿Quieres que te diga lo que yo he sacado en limpio, por ende verás que soy un pobre hombre? Ya yo me lo presumia; pero nunca creí quedarme á oscuras con tantas luminarias, porque decia yo para mí: para que se entienda una cosa habrá de bastar, ó que el que trata de averiguarla no sea lerdo, ó que el que la explica sea muy avisado. Nada de eso, y juzga si el pobre Fígaro es lerdo, cuando no ha sacado en limpio sino:

Que la eleccion directa es la más liberal; que el Ministerio es liberal, y queria lo mismo que quisiese el Estamento, siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que él queria. Que ha habido una comision y dos proyectos en ella, y que el Ministro queria lo mismo que la comision, que queria dos cosas distintas, y que el Estamento no queria ni al Ministro ni á la comision. Que la oposicion en el Estamento era de hombres retrógrados que abogaban por el progreso, y que querian la eleccion directa como la más liberal, ellos que eran los menos liberales; que el Ministro, que hacía de Ministerio, y la comision, que hacía de las suyas, eran hombre progresivos que abogaban por el retroceso, y que querian la eleccion indirecta como la menos liberal, ellos que eran los más liberales; que los más liberales

querian que se efectuase la eleccion por provincias, y los menos liberales por partidos; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos y tantos partidos en España; que las provincias son más liberales, á pesar de que los más liberales son los partidos, etc., etc.; y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, ni ya nunca nos entenderemos.

¿Me has entendido, Andrés? Bueno. Pues ahora sabrás que de resultas amaneció un dia y se votó todo eso: abstuviéronse diez señores de votar, lo cual hace tal vez el elogio de su conciencia; sin duda no estaban todavía más ilustrados que yo, y se perdió la votacion, todo por cinco votos, que han venido á ser las cinco llagas, Andrés mio, de este pobre cuerpo crucificado: viniendo á ser tambien, por lo tanto, en sus partes cuestion de gabinete, la que en su todo no era sino cuestion de escalera abajo.

Con esto, amigo, y para que nos entendiéramos, se tomó la determinacion de hacer callar al Estamento, que si no estaria hablando todavía, quedándonos todos el 27 de Enero á oscuras de Estamento, y de Córtes, y de ley electoral, con la rara circunstancia de que la nacion estaba deseando que la disolvieran, y el pueblo es el primero que ha dado la enhorabuena al Gobierno por haberla enviado á pasear. Y sin embargo, ha hecho bien y ha tenido razon. ¡Ahí verás tú lo que son anomalías!

En efecto, el trono, usando de su prerogativa, dijo á cada cual en lengua castellana lo que mi tocayo dice en cierta parte: *Buona sera, D. Basilio, presto andate á riposar;* y ya á la hora esta deben de ir por esos caminos los señores procuradores á poner en claro para sus comitentes la ley electoral, que así acertarán los unos á entenderla como los otros á explicarla.

Pero al dia siguiente, querido amigo, y cuando creimos los amigos del ministerio que iba á dar un *golpe de estado*, sustituyendo á la ley provisional, agregada al Estatuto, otra ley provisional en la cual podia decir *ni quito ni pongo rey, pues no es aquella fundamental, y tan ministro soy yo como el padre mismo del Estatuto*; nos encontramos con una *Gaceta* extraordinaria, que dice que se reunirán nuevas Córtes el 22 de Marzo, mas no *revisoras* ni *constituyentes*, sino sólo para hacer dos meses despues lo que éstas debian haber hecho dos meses antes. A ver si lo entiendes: el ministro dijo, al llegar al artículo que levantó la polvareda: *No me le toqueis, porque de no ser la eleccion por provincias, habré de tardar dos meses más, y entónces no puedo cumplir mi promesa, porque estoy de prisa.* Respondieron las Córtes: *Abajo el artículo.* Parece natural creer que el ministro va á echar por el atajo y decir: *No me ahorreis los dos meses; pues en atencion á la urgencia, yo me los ahorro*; no señor, sino que dice: *Me embarazais dos*

*meses y os disuelvo para que dentro de esos dos meses veamos si otras Córtes mejores me los ayudan á saltar.* En ese caso, pues, ¿para qué disolverlas? Aguantar los dos meses, pues que por todos lados se presentan, y así no serán más que dos; porque si las otras Córtes vienen diciendo erre que erre, entónces serán cuatro en vez de dos.

De suerte que yo por el pronto sólo veo clara una cosa; y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Córtes, uno de cuyos Estamentos será elegido por los lectores que elijan los Ayuntamientos y mayores contribuyentes; que sus individuos deberán tener 12000 reales de renta, treinta años, y haber nacido ó estar arraigados en la provincia, segun el Estatuto. Que estas tales Córtes oirán otro discurso de la Corona, y volverán á contestarle; que se volverá á poner sobre la mesa la ley electoral, en atencion á que es preciso hacer una nueva, pues que la actual, por la cual van á ser elegidos esos mismos que harán la otra, no vale nada. Que para entónces es probable que empecemos á entendernos, porque es de suponer que Tarragona, Granada y Astúrias no han de reelegir exactamente á todos sus poderhabientes; que se discutirá luego el proyecto de libertad de imprenta, el de responsabilidad ministerial, *y demás objetos importantes que el bien público reclame*; que para entónces, seguramente, no

tendremos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, porque estará caido si no la cumple; que en eso se pasará la primavera y el verano; que para el otoño se pondrá en vigor la nueva ley electoral; y que mucho antes del dia del juicio veremos las Córtes *revisoras*, que engendrarán las *constituyentes*; y que..... y en fin, que se acabará el mundo, algun dia, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden hablando de eso, que nuestro Señor Jesucristo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos; de los muertos no digo nada, pero ¡vive Dios que si yo fuera quien hubiese de juzgar, ya los vivos estarian juzgados!

Y hé aquí, amigo mio (en tanto que descubrimos el del ministerio), descubierto el secreto de la oposicion, y explicada un tanto la anomalía de cómo querian los menos liberales el método más liberal, á saber, porque era el más largo, sin contar con el rodeo que nos hacen dar sus señorías, que por mucho tiempo reposen, ya que tan completa y oportunamente les damos todos las *buenas noches*.

Concluiré diciéndote que, hasta la presente estamos tan á buenas noches de ministros como de Estamentos (pues los señores próceres, sin comerlo ni beberlo, tambien han callado todos á un tiempo, que era como hablaban, sin que por eso dijesen entónces más que ahora).

El de la Guera está en su elemento: estos dias se andaba buscando uno para Estado, ó para Hacienda, como quieras entenderlo, pero vaya usted á saber dónde estará metido. Con respecto al de Marina, ya oirias que se trataba de hacer ministro de Marina al señor de Galiano, á causa de que habla muy bien; pero como el ministro ha cortado la conversacion, dudo mucho que insistan en eso: S. E. se quedaria hablando con las olas, y diciéndoles el *quos ego* de Virgilio, y por cierto que lo aprecio demasiado para desearle que le hagan ministro. De todas suertes, no debe de admirar en ese ramo la tardanza, porque así pueden andar buscando ministro para la marina, como marina para el ministro. Hay quien añadia si el de la Gobernacion ha de mudarse; pero te aseguro que lo tiemblo, porque si cada ministro ha de traer consigo, como ha sucedido hasta ahora, un hombre nuevo y un nuevo reglamento para ese dichoso ramo tan desgobernado, no ganaremos para memoria y para membretes impresos.

Sigilo y más sigilo, si he de seguirte escribiendo, no me suceda algun chasco; y en el ínterin que te vuelvo á escribir, que será pronto, recibe las *buenas noches* de tu amigo—*Fígaro*.

## TERCERA

TITULADA

# DIOS NOS ASISTA

Despues de mi segunda carta, fecha de 30 de Enero, esperé largo tiempo para escribirte, querido Andrés, que ocurriesen cosas dignas de contarse. Pensarás que han ocurrido, efectivamente: yo no sé si ha sucedido algo; paréceme que no. Pero si no ha sucedido, seguramente que va á suceder, y por si saliera falsa mi conjetura, no quiero fiar á la contingencia de los acontecimientos la continuacion de nuestra correspondencia. Allá va otra carta á buena cuenta.

Como te referí, cerráronse los Estamentos y quedamos á buenas noches. La primera novedad que dió que hablar en aquellos dias fué que, segun pareció despues, le quedaba algo que decir al señor Perpiñá. ¿Y qué dirás que hizo? va, coge, y cree que tenemos libertad de imprenta: el buen soñor es por lo visto incapaz de pensar mal de nadie; y como de cierto tiempo á esta parte no ha habido ministro que no se haya proclamado abogado de la libertad de imprenta, aunque por el estilo del marido que delante de gentes animaba á su mujer á comer de los pichones, y en que-

dando solos le decia enseñándole un garrote ¡*ay si los catas*!; hubo de imaginar que entre nosotros pensar y decir era todo uno; más breve: creyó que para hablar le bastaba tener licencia de Dios, y que por tanto no necesitaba la del gobernador civil. Al revés me las calcé. Excusable es el señor ex-procurador, porque hace tanto tiempo que nos están diciendo que somos libres, que á veces uno mismo se lo llega á creer. Echa mano de un folleto, desparrama en él sus ideas como quien siembra, y tiéndese á esperar la cosecha. ¿Pero qué dirás que cogió? Él, nada. La autoridad fué la que cogió los folletos.

Eso sí, al dia siguiente la autoridad nos probó en un artículo comunicado que los folletos se podian coger: ya lo sabíamos; y si no, se lo hubiéramos podido preguntar al autor. Seamos con todo imparciales. El gobierno añadió que nosotros *no ignoramos que para publicar un papel, sea cual fuere su tamaño, se necesita licencia.*

¡Y cómo si lo sabemos! Pluguiera al cielo que nos fuese dado ignorarlo. Es como si te pusieras en camino y te asaltasen ladrones, y te quejases, y te respondiese el ladron:—*¡Pues no sabe que hay ladrones?*—y repusieras tú:—*¡Como no debiera haberlos!*—y se tornase á replicar:—*¡Pero como los hay!* que sería el cuento de nunca acabar y de tener razon el ladron, es decir, el más fuerte.

Sólo en una cosa me divirtió el gobierno: en decir que sentia como el que más, que así sucediese; eso prueba que estaba de buen humor, señal de que la cosa iba bien. Es la del verdugo, que te pide perdon antes de ahorcarte; si fuese siquiera despues probara arrepentimiento. Yo le diria: ¿y quién le pone á V. S. un puñal al pecho para que sea verdugo, si el oficio no le agrada?

Lo peor del caso fué que el folleto no tenía más buena cosa que el ser corto; mas como tuvo los honores de la persecucion, vino á leerlo todo el mundo; perjuicio para el Gobierno, que lo habia recogido; más perjuicio aún para el autor, que lo habia escrito, y á quien la autoridad logró desacreditar, dando á su produccion la mejor especie de publicidad; y mayor que para nadie para el público, que tuvo que echárselo á pechos en aquellos dias en que no se hablaba de otra cosa.

Punto en el folleto que es cosa antigua. A pocos dias ocurrió otra friolera, si en estos tiempos es lícito llamar friolera á la cantidad de dos mil reales. Giró el lance sobre la misma libertad de imprenta, sobre si un párrafo del *Español* tenia al pié un garabato, ó si no lo tenía, sobre si se habia invertido el órden, y si lo habia leido el censor antes que el público, ó el público antes que el censor. Pareció no haberlo leido en su vida el censor; se consultó el libro de los oráculos, por apodo re-

glamento; y éste respondió en términos bastante claros:

> Y para casos tales
> Que pague el editor dos mil reales.

Figúrate qué golpe para el Gobierno, y más lloviendo sobre mojado. ¡Él que, como arriba dejamos dicho, siente tanto estas cosas! Estos son golpes, amigo, que acaban con un Gobierno sensible; así es que yo lo veo y no lo veo.

A mí me da que hacer la libertad de imprenta: yo soy el único á quien da que hacer, pero, en fin, me da. Habla la Reina, y se hace lenguas de la libertad de imprenta; hablan los Ministros, y para ellos no hay altar donde ponerla; hablan tambien (esto no es pulla) los próceres, y convienen en que es la base: abren la boca los procuradores, y procuran por ella como por las niñas de sus ojos; hablan los periódicos, y hártanla de piropos. Y hablo yo y digo, como D. Basilio en la ópera de mi tocayo: *¿á quién engañamos, pues, aquí?* ¿quién diantres impide que la establezcan? Alguno hay que habla de mala fé, y deben de ser el pueblo, los Estamentos y los periódicos, porque en cuanto al Gobierno, ¿cómo dudar de él, cáspita, siendo tan patriota?

Me podrás decir que á pesar de cuanto llevo escrito hay libertad de imprenta, sólo que está cara, como bocado delicado que es. Cierto: por dos mil reales te puedes dar

un hartazgo, por cuatro mil dos hartazgos, y así progresivamente hasta la cantidad de tres hartazgos, porque en llegando á ese número simbólico, como le llama Dupuis, mueres de un causon. Yo pienso usar de ese medio, y darme algun dia hasta dos: los primeros doscientos duros que yo vea reunidos, los tengo ya destinados á un dia de asueto. Es lo malo que si me recogen ántes de que me lean habré pagado caro el placer de un monólogo escrito; pero siempre me queda el recurso de aprenderlo ántes de coro, y de irlo diciendo á mis amigos, los cuales son tantos, que vendrá á ser como imprimirlo. Por fortuna no está previsto en el reglamento el caso de que uno se sirva de imprenta á sí mismo. Sólo me detendria el temor de causar una desazon al Gobierno, quien al tomar los ejemplares y los cuatrocientos, bien sé yo que se le habia de caer la lágrima tan gorda.

De lo que puedes vivir seguro es de que esas multas no se aplican á pago de censores: seis meses hace que están los pobrecitos echando rúbricas dia y noche como en barbecho en cuanto papel les cae debajo, sin ver la cara de un rey en una mala moneda: eso parte el corazon. Digo, si fuese gente interesada como muchos creen, vive Dios que no necesitan ellos que nadie les dé un maravedí por atajar el paso á la licencia. Hombre hay que con tan buen fin daria dinero encima de lo suyo, si censor

ó no censor hubiera aquí hombre que lo tuviera; áun harán más probablemente, que será dejar parte del sueldo, que no cobran, para el donativo voluntario, á que obligan ahora á todo el mundo, con cuyos auxilios va la guerra que vuela. Es lo que muchos dicen: ya quisieran ver á lo menos lo que dan, para formar una idea de lo que deberian tomar. Sueldo, Dios le dé, pero rúbricas no faltan. Censor conozco yo á quien le presentaron en un mismo dia la cuenta de su lavandera y el contrato matrimonial de su hija, y en la primera puso; *imprímase*; y en el segundo, *no puede correr, por ser contra las prerogativas del altar y del trono, y encerrar alusiones inmorales*. Y tenia razon, porque al matrimonio se sigue lo que tú sabes, cosa por cierto inmoral y hasta fea en cuanto á ornato.

Chanzas aparte, no es el mio, que es hombre, en verdad, racional, si los hay, y de él estoy tan contento que el dia que me lo quiten, como es de presumir, me arrancan un pedazo del alma y el cuerpo todo entero, que á fuerza de verdades alimento.

Dejemos á un lado esas boberías de la libertad de imprenta, que se parece al dinero en lo indispensable, y en lo filosóficamente que sin la una y sin el otro vamos trampeando.

Ya sabrás en París los asesinatos del santuario de Hort: hicieron eco en Barcelona, y hubo allí la de Dios es Cristo. Mu-

chos liberales se afligieron, y yo tambien me afligí; ¡vaya! Pero no precisamente en cuanto liberal, sino en cuanto hombre. Une estos que llaman atentados, y que realmente lo son, con los de los conventos, y remontándote más arriba con los del 17 de Julio, de triste recordacion para los frailes de Madrid, y te diré una cosa.

Cuando yo veo á los principales pueblos de una nacion alzarse tumultuosamente, y á pesar de las guarniciones y de la guardia nacional, y del poder del Gobierno, atropellar el órden y propasarse á excesos lamentables en distintos puntos, en épocas diversas, y á despecho de los sentimientales sermones de los periódicos; difícilmente me atrevo á juzgarlos con ligereza. Mientras mayores son los excesos, más increible el olvido de las leyes y más fuerte la insurrreccion; más me empeño en buscarles una causa. Ni en el órden físico ni en el moral comprendo que lo poco pueda más que lo mucho: no cemprendo que pueda suceder nada que no sea natural, y para mí natural y justo son sinónimos. De donde infiero que una insurreccion triunfante es cosa tan natural como la erupcion de un volcan, por perjudicial que parezca. Una causa no es una defensa, pero es una disculpa, desde el momento en que se me conceda que una causa dada ha de tener forzosamente un efecto.

Ahora bien. ¿En dónde ve el pueblo español su principal peligro, el más inmi-

nente? En el poder dejado por una tolerancia mal entendida, y, por muy largo espacio, al partido carlista; en la importancia que de resultas de la indulgencia y de un desprecio inoportuno ha tomado la guerra civil. ¿No veia en los conventos otros tantos focos de esa guerra, en cada fraile un enemigo, en cada carlista preso un reo de estado tolerado? ¿No procedia del poder de esos mismos enemigos, dominantes siglos enteros en España, la larga acumulacion de un antiguo rencor jamás desahogado? ¿Qué mucho, pues, que la sociedad acometida en masa, en masa se defienda? ¿Qué mucho que no pudiendo ahogar de una vez al enemigo entre sus brazos, se arroje sobre la fraccion más débil de él que tiene más cerca y á su disposicion? Sólo puede ser generoso el que es ya vencedor: si al Gobierno le es dado juzgar y condenar legalmente, es porque está fuera de combate, porque representa á la justicia imparcial. Pero se pretende que de dos atletas en la fuerza de la pelea, el uno continúe su victoria hasta acabar con su enemigo, y que éste se contente con decirle: «¡espérate, no me mates, que voy á dar parte á la justicia, que es de mi partido, para que ella te ahorque!»

El pueblo no es el Gobierno; es más fuerte que él, cuando éste no comprende y satisface sus necesidades; y prueba de ello es que lleva á cabo sus atentados sin que aquél los pueda prever ni impedir. No es

esto alabar los atentados, sino decir los inconvenientes de las revueltas, y que por malos que parezcan son naturales, como es malo, pero natural, que un rio atajado por diques, inferiores á él, se salga irritado de madre é inunde la campiña que debiera fertilizar mansamente.

Nota aquí una cosa. Quien pudo hace un año dar salida conveniente á ese rio no lo supo hacer, y cuando llega la avenida se queja del rio. Quéjese de su torpeza, que no calculó ántes de poner los diques la fuerza que el agua traeria. El Gobierno no supo á tiempo contentar á los pueblos y dar salida legal á su justo enojo, y su sucesor, que heredó la culpa, se queja ¿de qué? ¡de que los pueblos no son de carton, como uno y otro creyeron!

Recorre la historia: en ella aprenderás que un asesino nunca puede ser justo, pero cuando no es uno, cuando no es una faccion, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente. Que no fueron entre nosotros cuatro malévolos, mal pudiera negarlo el Gobierno mismo, pues á haberlo sido, ¿cómo no hubiera estado en su mano sujetarlos? De donde infiero que los desórdenes del pueblo, ó son naturales y justos cuando el Gobierno no los puede contener, ó son culpa del Gobierno cuando puede y no sabe o no quiere. Argumento sin contestacion.

Pero eso sí, vivimos en el tiempo de la legalidad. Los principales motores fueron

presos y trasladados á Canarias. Por supuesto, me dirás, prévia formacion de causa y la competente condenacion de los tribunales. Claro está. ¿Cómo quieres tú que un Gobierno que se queja de los excesos del pueblo vaya él á cometerlos? ¿Un Gobierno, que no puede como el pueblo disculparse con la seduccion y la irritacion de las pasiones, habia de atropellar las leyes, de que es guardian y ejecutor, con la misma facilidad que ese pueblo á quien castiga por haberlas atropellado? ¿Pues no ves que si el gobierno hubiera atropellado las leyes para castigar los atropellos de otros, deberia haber empezado por embarcarse él para Canarias, y decir: *marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda de presidio?* Vaya, Andrés, que eso ni suponerse puede, y si te cuentan que tal caso ha sucedido, puedes decir que el que lo cuente es un malévolo de esos que traen la anarquía en el bolsillo. Diria el Gobierno y diria bien: «yo no hice tal cosa, y si la hiciera, ¿qué diferencia habria entre los atentados del pueblo y los mios? Porque en fin, miéntras que la ley no le ha declarado reo, el condenado es asesinado: en ese caso no habria entre mi atentado y el del pueblo más que una diferencia, á saber: que el pueblo asesinó malamente carlistas, y yo asesino malamente liberales.»

Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo.

Puedes estar seguro de que hay causa; y

si no se les ha formado, es porque andamos de prisa, ó por mejor decir, lo que ha ido á Canarias no ha sido una cadena de culpables, sino una comision artística compuesta de liberales, que van á costa del Gobierno á acabar de descubrir aquellas islas, y escribir una memoria de las alturas del globo, y á dar testimonio al mundo, sobre todo, de la altura á que estamos, tomando el meridiano del pico de Tenerife.

Tambien te habrán contado posteriormente otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja, en virtud de un *cúmplase* de un héroe. ¡Dios nos libre de caer en manos héroes! Sólo te diré que á lo menos en Barcelona tuvieron que acometer una fortaleza y exponerse á ser rechazados. Bueno es remontarse á las causas de las cosas, al tronco, y no á las ramas. Es así que la primera causa de que existen facciosos fueron las madres que los parieron; ergo quitando de en medio á las madres, lo que queda. Los teólogos dicen: *sublata causa tollitur efectus*. Es lástima que no haya vivido el abuelo, porque miéntras más arriba, más seguro es el golpe. Pero hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que así como Sanson tenía la fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre, que viene á ser la hiel de ellos. En quitándosela se vuelven como malvas: así lo ha probado la experiencia, porque de resultas el otro no ha fusilado más que á treinta. ¿Quién

sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía? Luego las mujeres son las que están impidiendo la felicidad de España, y hasta que no acabemos con ellas no hay que pensar tener tranquilidad. En cuanto á las hermanas, como estaban casadas con guardias nacionales, les tocaba fusilar la mitad á los de allá, y la otra mitad á los de acá; pero nosotros, más desprendidos, no quisimos perdonar ni la mitad que nos tocaba, y lo fusilamos todo. ¡Bienaventurados en tiempos de héroes los incluseros, porque ellos no tienen padre ni madre que les fnsilen!

Pasadas estas etiquetas de recíproca cortesía, dieron en correr voces de que el ejército estaba descontento, y que la guerra de Navarra no iba lo ligera que debia. Felizmente para todos, algunos amigos tuyos y mios, que así saben mover la pluma como esgrimir la espada, enderezaron la opinion en artículos luminosos, probando lo que ninguno debia tener olvidado, que las guerras civiles son largas, á pesar de todos los programas del mundo: que estos son, por el contrario, los que tienen corta vida; que así las civiles como las demás se sostienen con dinero y con soldados: que un gobierno en lucha con una faccion pierde más cuando pierde una batalla que adelanta cuando la gana, y que una derrota nuestra nos quita más honra que gloria da á la faccion; que por lo tanto es fuerza no aventurarse sino á ciencia cier-

ta; que la guerra no se hace en el Ministerio, sino en Vizcaya; que de real órden se llevan y se traen jueces, se envian buques á Canarias y se conquistan votos, pero de real órden no se ganan batallas; que algunos descalabros nuestros han sido debidos á reales órdenes; que para hacer la guerra se necesita un plan; que para tener plan es preciso que el general sea sólo responsable, y que Córdova, en fin, sin que haya necesidad de llamarle héroe, tiene un plan, el cual es forzoso dejarle llevar á cabo, siquiera porque no ha habido hasta ahora otro mejor que el suyo.

Tales razones nos convencieron; fué bien acogida la representacion del ejército; y si bien ninguno de los que hablaban fué á dar su brazo en vez de su voto, al fin no se admitió la dimision, y sigue el general, y su plan, y la guerra de Navarra, en el mejor estado posible.

Mientras todo esto pasaba, echáronse encima las *próximas elecciones*, hoy ya pasadas, y porque digo se echaron encima no vayas á pensar alguna tontería. Dijeron muchos si habria amaños ó si no habria amaños; que se escribió largo y se intrigó más. Lo primero sólo prueba cultura en el país, lo segundo arguye talento. ¡Vaya usted á impedir que hablen las gentes! Para que no fuesen las elecciones muy populares, bastante amaño era ya la propia ley electoral, en virtud de la cual debian elegir los electores nombrados por los Ayun-

tamientos y los mayores contribuyentes. No hay cosa para elegir como las muchas talegas: una talega difícilmente se equivoca; dos talegas siempre aciertan, y muchas talegas juntas hacen maravillas. Ellas han podido decir á su Procurador por boca de los mayores contribuyentes la famosa fórmula aragonesa: «Nos, que cada una de nos valemos tanto como vos, y todas juntas mucho más que vos, os hacemos Procurador.»

Luego los elegidos habian de tener 12.000 reales de renta: gran garantía de acierto! por poco que valga un real en estos tiempos, no hay real que no valga una idea, sin contar con las muchas que hasta ahora hemos visto que no valian un real, y con los varios casos en que por menos de un real daria uno todas sus ideas: bueno es siempre que haya reales en el Estamento por si acaso no hubiese ideas. Tanto mejor si hay lo uno y lo otro.

No es menos importante lo de los treinta años; no es menos simbólico ni cabalístico el número de treinta que el de tres tan citado, y de que es décuplo; trenta dias tiene el mes, treinta minutos cada medio hora, por treinta dineros vendió Judas á un Dios, treinta años representa la vida de un jugador, y treinta años, en fin, la capacidad de un Procurador. Muchos filósofos han creido que cuando el hombre nace, el Sér Supremo, que está atisbando, le sopla dentro el alma por medio del mismo

procedimiento que usa un operario en una fábrica de cristales para dar forma á una vasija; pero eso es el alma, mas no la capacidad y la facultad de procurar; esta tal otra quisicosa se la infunde el Criador el dia que cumple treinta años, por la mañanita temprano, así como la aptitud legal y la mayoría se la comunica á los veinte y cinco. ¡Oh tú, Andrés, que no los has cumplido! está con cuidado el dia que los hayas de cumplir, y escríbeme para mi gobierno lo que sientas en ese dia: dime por dónde entra la capacidad, y hácia dónde se coloca en tu persona: prevenido de esa suerte de los síntomas que la anuncian, podré yo hacer á la mia, el dia que me baje, el recibimiento que se debe á tan ilustre huésped. ¿Cuándo tendremos treinta años? Aquel dia seremos ya unos hombrecitos.

Bien ha habido hombres que han discurrido ántes de los treinta años, pero esos son fenómenos portentosos, raros ejemplos de no vista precocidad; y en cuanto á Peel y otros de su especie, ministros ya mucho ántes, ni siquiera es posible considerarlos como mónstruos de la naturaleza; es fuerza inferir error de cálculo y mala fé en la de bautismo.

El haber nacido en la provincia ó tener en ella arraigo no es de menos importancia, si recordamos que las primeras impresiones se graban para siempre en la cabeza del niño, y deciden de lo que ha de ser despues cuando grande; ni es posible

que un hombre conozca su provincia y se interese por ella si no ha nacido por allí cerca. Puede suceder que una provincia tenga más confianza en la reputacion, en el saber de un forastero; pero páselo en paciencia la buena de la provincia, que más pasó Cristo por ella.

Dicen, sin embargo, que todos los electores no han tenido presentes todas esas verdades; así que unos Procuradores no han nacido: otros no tienen la renta, ¡qué sé yo! Esto tiene compostura habiendo comision de poderes, y en todo caso se aplica la renta de unos á otros, como hacen los buenos cristianos con los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, que valen mucho más que las rentas; y así poniendo de aquí y quitando de allí tengo para mí que se ha de remediar. Y áun yo diria más. Don Juan Alvarez Mendizábal fué elegido, por ejemplo, por Barcelona, siendo natural de Cádiz, y no habiendo residido en Cataluña. Decian: pero no tiene nada suyo en Cataluña, sino los electores; ¿pues eso no es tener? ¿No valen tanto, por lo menos, los electores como una casa, ó una tapia, ó unas cuantas fanegas de pan llevar? !Sino que poniéndose á hablar las gentes!....

Por lo demás es sabido que el Gobierno no ha influido absolutamente nada en las elecciones, y desde luego se dijo que eran á pedir de boca. Para que formes una idea, han salido elegidos los sujetos siguientes:

Por Barcelona, como llevo dicho, don Juan Alvarez Mendizábal.

Por Cádiz, D. Juan Álvarez Mendizábal.

Por Gerona, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Granada, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Madrid, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Málaga, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Pontevedra, D. Juan Alvarez Mendizábal, etc., etc., etc.

Que es el cuento de pasó una cabra, y volvió y pasó otra, y volvió á tornar y á pasar otra cabra, y así sucesivamente.

Si oyes decir que se abre el Estamento, dí que es broma, que quien se abre es don Juan Alvarez Meudizábal.

No habrás olvidado que los Ministros de Estado y de Hacienda y el Presidente del Consejo son D. Juan Alvarez Mendizábal. y que los otros Ministros no son sino una manera de ser, distinta, sólo en la apariencia, del D. Juan Alvarez Mendizábal. Ahora figúrate el dia que el Estamento don Juan Alvarez Mendizábal pida cuentas al ministro D. Juan Alvarez Mendizábal... aquí llaman esto un *gobierno representativo:* sin que sea murmuracion, confieso que yo llamo esto un *hombre representativo*.

Una vez conocida la buena índole de las elecciones y la idoneidad de esos diversos señores procuradores, ocurrió la duda de

si estas Córtes que iban á reunirse vendrian sólo para hacer una ley electoral mejor que las que les confiere su derecho; ó si podrian constituirse revisoras. Quiénes se agarraron á la legalidad, diciendo que esto último sería ilegal; quiénes intentaron probar que lo de menos era la legalidad, y que lo que importaba era la conveniencia. Por fin, salimos del atolladero, y parece que no tratarán de constituirse, por várias razones. Porque no han sido convocadas para eso. Porque siendo su objeto principal hacer una ley electoral en virtud de la cual puedan convocarse luego las revisoras, es claro que los demás asuntos que á ellas se sometan, por importantes que sean, habrán de ser subalternos al principal. La nacion tiene un cimiento, y necesita una casa: en estas Córtes va á decidir cuáles han de ser las circunstancias del arquitecto que se la puede hacer á su gusto. Por consiguiente, todo lo que sea proceder á construir el que sólo está comisionado para designar el constructor, es hacer la casa y dejar para despues el arquitecto: equivale á blanquear despues de pintar: es dejar al que venga detrás el derecho de poner en duda la validez de la construccion.

En estas disputas andábamos, cuando otro *run run* más terrible vino á poner nuevo espanto en nuestro corazon. Héaquí que una noche corre la voz de que se va á poner la Constitucion del año 12. ¡Bravo! dije yo: esto es lo qne se llama andar ca-

mino. Aquí no se sabe multiplicar; pero restar, á las mil maravillas. Vamos á quién puede más. El año 14 vino el Rey y dijo: quien de catorce quita seis, queda en ocho Vuelvan, pues, las cosas al ser y estado del año 8. El año 20 vienen los otros y dicen: quien de veinte quita seis, queda en catorce: vuelvan las cosas al ser y estado del año 14. El año 23 vuelve el de más arriba y dice: quien de veinte y tres quita tres, queda en veinte; vuelvan las cosas al ser y estado de Febrero del año 20. El año 1836 asoman los segundos, y éstos quieren restar más en grande: quien de treinta y seis quita veinte y cuatro, queda en doce; vuelva todo al año 12. Éstos han pujado, si se exceptúa el del Estatuto, que más picado que nadie cogió y lo restó todo, y nos plantó en el siglo xv.

¡Diantre! ¡si volveremos todavía á la venida de Tubal! Sepamos primero cómo se entiende nuestro progreso. ¿Hácia dónde vamos? ¿Hácia atrás ó hácia adelante? Tengamos el cuento del cochero, que montado al revés, arreaba al coche.

Ya te lo he dicho: tejedores, tejer y destejer. Nadie vende su tela, y nadie hace tela nueva.

Decian ellos que el volver atrás no era más que tomar carrera. ¡Dios los bendiga, y qué larga la toman!

Vamos claros. La Constitucion del año 12 era gran cosa en verdad, pero para el año 12: en el dia da la maldita casualidad

de que somos más liberales que entónces: si te he de hablar ingénuamente, á mí me parece poco.

Las circunstancias del año 12, la guerra que sosteníamos apoyada en el fanatismo popular y el mayor atraso de la época, exigieron concesiones en el dia no necesarias, ridículas.

En ellas hablan las Córtes en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Gran principio para una novena: buena es la devocion, pero á su tiempo: eso es adoptar, heredar de la monarquía el derecho divino: la sociedad puede servir á Dios en toda clase de gobiernos. El Supremo Hacedor no delega facultades temporales ningunas, ni en un soberano, ni en un congreso; la sociedad se hace ella misma por derecho propio, sus reyes y sus asambleas. Cristo vino al mundo á predicar, no á redactar codigos. A Dios daremos cuenta de nuestras crencias, no á los hombres; reflexion igualmente aplicable al capítulo 2.°, artículo 12; porque el Salvador quiso convencer, no obligar, porque no quiere más homenajes que los voluntarios.

Item más: en la Constitucion del año 12 no está consignada la libertad de imprenta, sino para las ideas políticas, y eso es decirle á un hombre: *ande usted, pero con una sola pierna.*

En cambio nos impone como ley fundamental el amor á la patria y la obligacion de ser justos y benéficos..... en cambio.....

Andrés mio, callemos, porque, repito, que la venero, y tengo por indigno de un liberal poner en ridículo el paladion de nuestra independencia nacional, y la cuna de nuestra libertad, por fácil que eso sea. Pero la respeto, como Cristo respetó el testamento viejo, fundado el nuevo. Veneremos el viejo código, y venga, no obstante, otro nuevo más adecuado á la época.

Parécense los hombres del año 12, amigo Andrés, al cura que no sabia leer más que en su breviario: ó mejor al gastrónomo en Vista-Alegre, que viendo su mesa puesta, pugna por sentarse á ella en cuanto le dejan un momento libre, en cuanto ve un resquicio por donde acercarse á la mesa. El caso es el mismo: todos po hacemos cumplimientos, pero no les dsjamos sentarse. Unas veces se lo impidió el poseedor don Pascual de la Rivera, otras los mozos de su fábrica..... Convengo en que es una desesperacion; pero culpen no á nosotros, sino á ellos mismos, que tantas veces se dejaron interrumpir ántes de llegar el bocado á la boca.

Aténgome á su artículo, que dice:

«La nacion española es libre é independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona.»

Esto digo yo: entre á gobernar, no éste ni aquél, sino todo el que se sienta con fuerzas; todo el que dé pruebas de idoneidad. Basta de ensayos. A eso nos responden ellos. ¿ Y dónde están esos hombres?—

¿Dónde han de estar? En la calle, esperando á que acaben de bailar los señores mayores, para entrar ellos en el baile.

¿Cómo no salen esos hombres? añaden. ¿Cómo han de salir? De Calomarde acá, ¿qué proteccion, qué ley electoral ha llamado á los hombres nuevos para darles entrada en la república? Cuenta, sin embargo, con ella, y llamelos la ley presto; ¡déjese entrar legalmente á los hombres del año 1836, ó se entrarán ellos de rondon!!!

En conclusion, hombres nuevos para cosas nuevas: en tiempos turbulentos hombres fuertes, sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria, y en quien arda una noble ambicion y arrojo constante contra el peligro.

¿Qué saben los jóvenes? exclaman. Lo que ustedes nos han enseñado, les responderemos, más lo que en ustedes hemos escarmentado, más lo que seguimos aprendiendo. ¡Y qué eran ustedes el año 12! Nosotros fundaremos nuestro orgullo en ser sus sucesores, en aprovechar sus lecciones, en coronar la obra que empezaron. Nosotros no rehusamos su mérito; no rehusen ellos nuestra idoneidad, que el árbol jóven es la esperanza del jardinero, si el viejo ya le da sombra.

Segun el miedo que tienen de que la juventud entre en los puestos, no parece sino que es posible hacerlo peor que ellos.

Para el año 1836 la única Constitucion posible es la Constitucion de 1836.

Una idea te diria, si no la hubieras de contar, y sólo á tí te la diria, porque ellos la tomaran á personalidad, si de ella hiciese un artículo, y sabe Dios que no lo digo por tal. Mucho venero á los hombres de otra época, Andrés mio; mucho saben, sobre todo, en no hablándose de gobernar, para lo cual ya nos han manifestado repetidas veces hasta dónde rayan; mucho saben, y tanto que no sólo no los lanzaria yo de la república, sino que los guardara muy guardados como guardaban los romanos los libros sibilinos, para consultarlos con el mayor respeto: de ellos armaria un biblioteca viva, donde vueltos de espaldas en muy pulidos estantes, leyese el estudioso encima: *Fulano, de Economía Política; Mengano de Reformas Constitucionales; Zutano de la Guerra de la Independencia; Perengano, de Metáforas y del Espíritu del Siglo*, etc., etc.; de suerte que no hubiese más que volverlos y hojearlos en un apuro, cuidando mucho de quitarles antes y despues el polvo, y de tornarlos á volver hasta otra duda, como pergaminos preciosos.

Ahí verás tú si los respeto y los tengo en estima.

Hasta aquí de la Constitucion y de los hombres del año 12. Pasó el susto, y la noticia, como habrás visto, no tuvo ronsecuencia. Sin duda el ruido que metió fué

el último cumplimiento de despedida que nos hizo.

No ganamos para sustos. Posteriormente se cruzaron de palabras el pueblo de Valencia y su capitan general. Este tomó una porcion de providencias, entre otras las de Villadiego; con cuyo ingenioso arbitrio no le pudieron haber los valencianos, que es decir, que ha podido más que ellos, que se ha burlado de ellos. Tiene mucho talento. Buen chasco se han llevado. Así, así; á los alborotadores hay que jugarles esa padas; con eso escarmientan. A buen seguro que si Basa hubiera hecho otro tanto, no le hubieran deshecho á él, y el pueblo de Barcelona se hubiera llevado el mismo chasco que el de Valencia. ¿No quereis capitan general? Pues tomad capitan general. ¿No te figuras tú al pueblo de Valencia buscando á su capitan general por todas partes, como quien busca una sanguijuela extraviada, y él trota que trota para Madrid? A mí me hace morir de risa. Es lo que él dice: ¿Pues qué, querian usteds que me mataran? ¿Qué habíamos de querer?

Con que ahora está aquí bueno, gordo y tranquilo; no ha sido poca fortuna el poderlo contar.

En Zaragoza fué por otro estilo: salieron unos carlistas sentenciados á qué sé yo qué bobería: se levantó el pueblo, sitió á los jueces y dieron en quererlos juzgar. Al maestro cuchillada. Pero no les da el naipe para esos pasajes á los jueces de Zara-

goza, como á los capitanes generales de Valencia.

Entre tanto el ministerio de Gracia y Justicia sigue siempre de mudanza, y hace bien, porque el juez que no da fruto en una tierra lo da en otra. El juez ha de ser como el zapato, hecho al pié; por eso el que no le viene bien al uno, le viene bien al otro.

Para eso el de la Gobernacion no se mete con nadie, ni habla mal de nadie Es un excelente señor; á su oficina y no más. Da lástima hacerle daño, y seria completo si se le volviese *C* la *H* de su apellido; pero llámalo *h*.

En cuanto al de la Guerra nadie sabe una palabra de él.

En mi última te pintaba en globo la confusion que en el Estamento y fuera de él habia causado la ley electoral, y te añadia:

«Yo, por el pronto, sólo veo clara una cosa, y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Córtes... que para entonces es probable que empecemos á entendernos... y que seguramente no tendremos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos Ministerio, si no la cumple, porque estará caido, etc.»

De todas estas profecías sólo en la primera acerté, porque en cuanto á entendernos da gusto. Unos dicen que Mendizábal es el primer hombre del mundo; otros que no

es tal, sino el último; que el primero es Isturiz y Galiano, te advierto que éste son dos; otros que ni Isturiz ni Mendizábal; no sé qué te diga: quién asegura que éste puede durar unos quince dias, quién defiende que durará más que un constipado mal curado: éste no ve más qne el prestigio que tiene todavía en las provincias, el cual no se destruye tan fácilmente, sobre todo cuando no deja de tener algun fundadamento; aquél no atiende más que al descrédito en que ha caido en sus corros y cafés, y cree que toda la nacion puede juzgarle con igual talento y tan de cerca como él. Estos disputan que no hay hombres aquí; aquéllos que sí hay hombres; los de la izquierda que hay dinero; los de la derecha que no hay un cuarto; estoy por éstos. Quién opina que la guerra es inacabable, quién la da por acabada, añadiendo que no falta más que tirar una línea: uno dice que el mal de España no tiene remedio; otro que esa es la mejor señal, que empieza la revolucion, y que en Francia sucedia lo mismo, á pesar de que todo era diferente; varios juzgan que el rigor es de justicia, y que el árbol de la libertad se riega con sangre; algunos creen que la humanidad repugna tales horrores; no falta quien piensa que es guerra de empleos, y sobra quien no piensa ni eso ni nada. Pero todos somos liberales y vamos á una: eso sí. Por lo cual esto se acabará pronto de un modo ó de otro: en prueba de ello te

puedo decir que se empiezan ya á acabar dos cosas: el dinero y la paciencia.

Pero son tantas las opiniones, en fin, y los hechos que se acumulan, y tantas las cosas que van á suceder, sin contar las que han sucedido desde la apertura de las Córtes, que me es indispensable reservarlas para otras cartas: me limito en ésta á ponerme al corriente, saliendo del atraso de noticias en que te tenía. En lo sucesivo aprovecharé todas las ocasiones posibles de escribirte, y al siguiente correo para Francia recibirás la inmediata, salvo extravío, golpe de mano airada ó caso fortuito.

Si en el ínterin, y en medio de ese conflicto de opiniones encontradas, me pides la mia, te contaré un caso que juzgo oportuno.

Sitiaban los franceses al mando del mariscal Moncey esa misma Valencia, que en distintas épocas han mandado el Cid y Carratalá. Reuniéronse en tan grave apuro el Ayuntamiento y las personas más ricas del pueblo, entre las cuales quedóse dormido de confusion y pesadumbre un confitero, que entendia más de ramilletes que de disturbios políticos. Iba diciendo cada uno en la asamblea su opinion como mejor lo entendia. Llegada que le fué su vez á nuestro hombre:—Y Vd., le dijo sacudiéndole del brazo el que á su lado tenia, ¿qué piensa?—Sí, ¿cuál es su opinion de Vd.? preguntaron todos á un tiempo;

á cuya pregunta contestó despertando y todo despavorido el confitero: «Mi opinion, sí, mi opinion, señores, es de que *Dios nos asista!*» En cuyo voto imitaba el confitero la rara discrecion del P. Froilan Diaz, confesor de Cárlos II.

Eso mismo opino yo, Andrés mio, por ahora, y mientras no vea levantarse en masa á la nacion para ahogar de una vez y para siempre el mónstruo que en el Norte nos devora, en vez de entretenerse en cuestiones secundarias y en rencillas personales, de las cuales debiera el país hacer justicia, como del orgullo mezquino y de la loca vanidad de sus dueños.—Tu amigo, FÍGARO.

FIN.

# INDICE


Páginas.

Modos de vivir que no dan de vivir. Oficios menudos..... 5
En este país..... 21
El hombre-globo..... 33
Un reo de muerte..... 45
Los barateros ó el desafío y la pena de muerte..... 57
La noche-Buena de 1836. Yo y mi criado (delirio filosófico)..... 67


## ARTÍCULOS POLÍTICOS.


Las circunstancias..... 83
Las palabras..... 91
Cartas de Fígaro á un bachiller su corresponsal. Primera..... 97
Segunda..... 104
Segunda carta de un liberal de acá á un liberal de allá..... 111
Primera contestacion de un liberal de allá á un liberal de acá.. 117

Páginas.

Tercera carta de un liberal de acá á un liberal de allá..... 123
Fígaro de vuelta. Cartas á un su amigo residente en París..... 129
Segunda, titulada «Buenas noches.»..... 140
Tercera titulada «Dios nos asista.» 159

575273

J+D 8/85